

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRAL DE BIBLIOTECA

CO

FRANCE

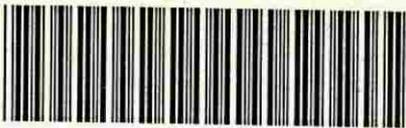
EL POZO

DE STA. CLAR.

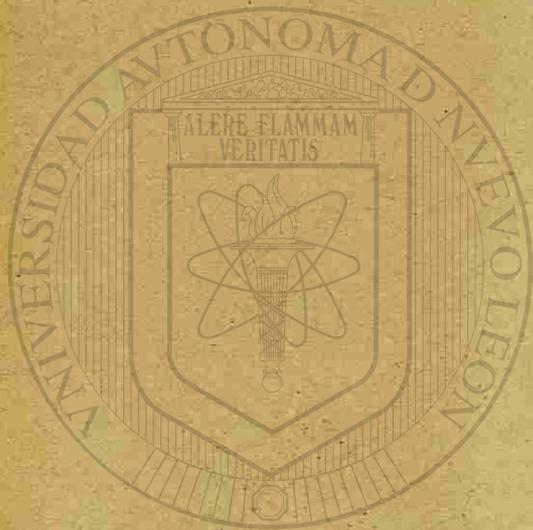
PQ2254

P88

ERAL DE



1020026501



UANIL

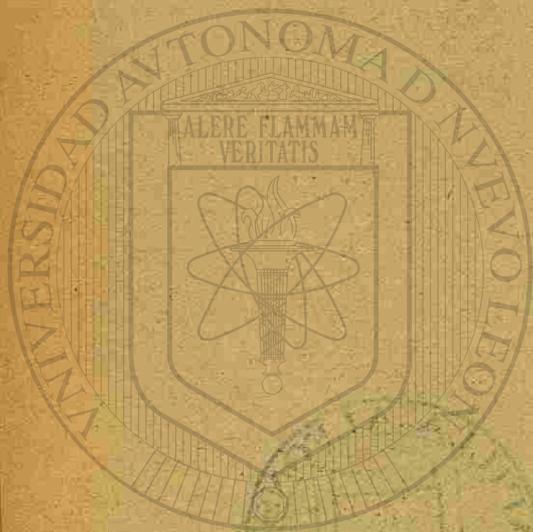
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RIGARDO COVARRUBIAS





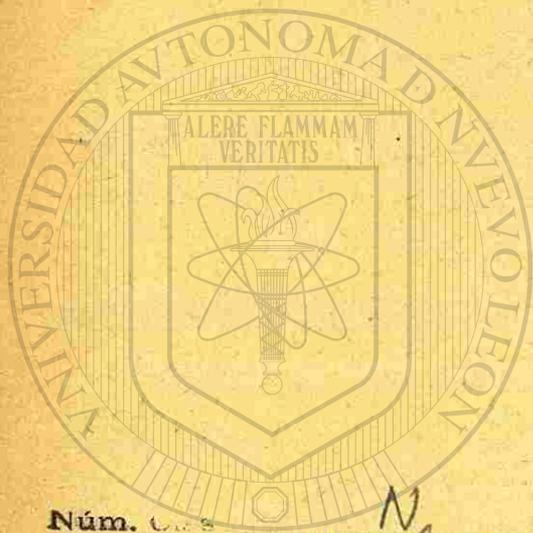
EL POZO DE SANTA CLARA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

80654
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





Núm. Cat. N
Núm. Autor F 815
Núm. Adg. 30208
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó CS
Catalogó _____

ANATOLE FRANCE

DE LA ACADEMIA FRANCESA

EL POZO DE SANTA CLARA

TRADUCCIÓN DE

M. CIGES APARICIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

30208



MADRID
«EDICIONES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS»

1906

098971

843
5.



PQ 2254

P88

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Propiedad exclusiva y registrada. Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado.—Teléfono núm. 1.977.

EL POZO DE SANTA CLARA

PRÓLOGO

EL R. P. ADONE DONI

Τὰ γὰρ φυσικὰ, καὶ τὰ ἠθικὰ,
ἀλλὰ καὶ τὰ μαθηματικὰ, καὶ τοὺς
ἐγκυκλίους λόγους, καὶ περὶ
τεχνῶν πᾶσαν εἶχεν ἐμπειρίαν.

(Laert. IX, 37)

Me encontraba en Siena, durante la primavera. Ocupado todo el día haciendo minuciosas investigaciones en los archivos de la ciudad, iba á pasearme por la tarde, después de comer, por el agreste camino del Monte Oliveto, donde á la hora del crepúsculo grandes bueyes blancos unidos arrastraban, como en tiempos del viejo Evandro, un rústico carro de plenas ruedas. Las campanas de la ciudad plañían la muerte tranquila del día; y la púrpura de la tarde descendía con majestad melancólica sobre la baja cadena de las colinas. Cuando ya los negros escuadrones

de las cornejas habían asaltado las murallas, un gavián, solitario en el cielo de ópalo, giraba con las alas inmóviles sobre una encina aislada.

Y proseguía adelante, circundado del silencio, de la soledad y de los dulces terrores que se agigantaban ante mí. La marea de la noche envolvía insensiblemente el campo. La mirada infinita de las estrellas parpadeaba en el cielo. Y en las sombras, las moscas de luz hacían palpar sobre los matorrales su luz amorosa.

Estas chispas animadas cubren por las noches de Mayo toda la campiña de Roma, de la Umbría y de la Toscana. Yo las había visto antaño sobre la vía Apia, en torno de la tumba de Cecilia Metela, donde hace dos mil años que vienen á danzar. Encontrábalas en la tierra de Santa Catalina y de la Pía, d'Tolomei, á las puertas de esta ciudad de Siena, dolorosa y amable. A todo lo largo de mi camino vibraban entre las hierbas y los arbustos, se rondaban, y en ocasiones, como respondiendo á la apelación del deseo, trazaban sobre el camino el arco inflamado de su vuelo.

Durante estas noches transparentes sólo encontraba en el blanco camino al R. P. Adone Doni, que, como yo, trabajaba todo el día en la antigua Academia *degli Intronati*. Desde el primer momento amé á este franciscano que, encañecido en el estudio, conservaba el humor risueño y jovial de un ignorante. Hablaba con espon-

taneidad. Yo gustaba su parla suave, su hermoso estilo, su pensar docto é ingenuo, su aire de viejo sileno purificado por las aguas bautismales, su instinto mimoso y delicado, el juego de sus pasiones vivas y sutiles, el genio encantador y extraño de que estaba poseído. Asiduo á la biblioteca, también concurría al mercado, deteniéndose con preferencia ante los «contadinos», que vendían manzanas como el oro, y prestando atento oído á los libres regateos. De ellos aprendía, según me dijo, la hermosa lengua toscana.

De su vida que celaba, sólo sabía yo que, nacido en Viterbo de noble y arruinada familia, estudió Humanidades y Teología en Roma; que ingresó joven entre los franciscanos de Asís, en cuyos archivos estudiaba, y que tuvo querellas por materias de fe con sus superiores eclesiásticos. Hasta me pareció observar, en efecto, que profesaba opiniones peregrinas. Poseía religión y ciencia, pero no sin algo de inaudito y chocante. Creía en Dios por testimonio de la Escritura y según la doctrina de la Iglesia, pero se burlaba de los meros filósofos que creían en Él por sí mismos, sin considerarse obligados. En esto no rebasaba la ortodoxia. Era sobre el diablo á propósito de quien profesaba raras opiniones. Creía que el diablo era malo sin serlo absolutamente, y que su imperfección natural le impediría por siempre llegar á la perfección de la maldad. También

creía presentir algunos signos de bondad en las acciones oscuras de Satán, y, sin atreverse á decirlo muy alto, auguraba la redención final del arcángel meditativo allende la consumación de los siglos.

Estas singularidades de pensamiento y de humor que le habían sustraído al mundo y lanzado en la soledad, eran para mí motivo de distracción. El R. P. Adone Doni poseía gran talento y gracia. Faltábale solamente el sentido de lo ordinario y común. Vivía entre las imágenes de lo pasado y los ensueños de lo porvenir. La noción del tiempo presente érale en absoluto extraña. Sus ideas políticas procedían á la vez de la antigua Santa María de los Angeles y de los conciliábulos revolucionarios de Londres. Eran las de un socialista cristiano; pero él no les era excesivamente adicto. Despreciaba en demasía á la razón humana para hacer mucho caso de sus concepciones. La gobernación de los Estados antojábasele una inmensa bufonada que le hacía reir sin estrépito, decentemente, como hombre de buen gusto. Algo le sorprendían los jueces civiles y criminales. A los militares contemplábalos con indulgencia filosófica. Pronto descubrí en él contradicciones flagrantes.

Con toda la caridad de su corazón invocaba la paz universal. Pero también le gustaba la guerra civil y tenía en alta estima á Farinata degli Uber-

ti, que amó con sobrada pasión á su ciudad de Florencia para inducirla, por la violencia y el engaño y aun ensangrentando el Arbia con sangre florentina, á querer y pensar lo mismo que él quería y pensaba. Sin embargo, el R. P. Adone Doni era un dulce ensoñador. Confiaba en la autoridad espiritual de la Santa Sede para establecer en este mundo el reino de Dios. Imaginaba que el Paráclito conducía á los papas por un camino de ellos mismos ignorado. Así, sólo tenía palabras respetuosas para el Cordero rugiente de Sinigaglia y para el Aguila concordataria de Carpineto. Así designaba comúnmente á Pío IX y á León XIII.

Aunque la charla del R. P. Adone Doni me era particularmente grata, por respeto á su libertad y á la mía propia tenía yo buen cuidado de no rendirle en la ciudad solicitudes muy asiduas. Por su parte, observaba conmigo discreción exquisita. Pero cuando íbamos de paseo sabíamos encontrarnos como por casualidad. A una media legua de la Puerta Romana el camino se bifurca entre dos sombríos oteros erizados de tristes malezas. Al pie de la vertiente arcillosa de la colina septentrional, y al lado del camino, un pozo enjuto erige su ligero pabellón de hierro. Allí es donde casi todas las tardes encontraba al R. P. Adone Doni. Sentado en el brocal, ocultas las manos en las anchas mangas de su hábito, contemplaba con apa-

cible admiración las cosas que pueblan la noche. Y la sombra que le circundaba aún permitía adivinar en sus claros ojos y en su roma faz la expresión de audaz timidez y gracia mofadora que se le había profundamente impreso. Al principio cambiábamos frases solemnes de bienvenida, de paz y de contento. Yo me acomodaba junto á él sentándome en el viejo brocal de piedra, que aún conservaba algunos vestigios escultóricos. A plena luz se distinguía una figura con cabeza más voluminosa que el cuerpo, representando un ángel, á inferir de sus alas.

El R. P. Adone Doni nunca dejaba de saludarme:

—*Signore*, sea bienvenido al pozo de Santa Clara.

Una tarde le pregunté por qué razón este pozo ostentaba el nombre de la preferida de San Francisco. El me dijo que á causa de un milagrillo graciosísimo que, desgraciadamente, no lo habían admitido en la colección de las *Fioretti*. Yo le rogué que me lo contase. Lo hizo en estos términos:

—Por los tiempos en que el siervo de Jesucristo, Francisco, hijo de Bernardone, iba por los pueblos enseñando la santa simplicidad y el amor, visitó á Siena, acompañado del hermano León, que tanto amaba. Pero los sieneses, avaros y crueles, verdaderos hijos de la Loba, cuya leche se

enorgullecían de haber mamado, no dispensaron propicia acogida al santo, que les recomendaba dar asilo en su casa á dos damas admirablemente bellas, la Pobreza y la Obediencia. Cubriéndole de ultrajes é irrisiones, le expulsaron de la ciudad. Salió de noche por la Puerta Romana. El hermano León, que marchaba á su vera, le dijo:

»—Los sieneses han escrito sobre las puertas de la ciudad: «Siena os abre su corazón, más grande que sus puertas.» Sin embargo, hermano Francisco, esos hombres nos han cerrado su corazón.

»Y Francisco, hijo de Bernardone, respondió:

»—La culpa es mía, no lo dudes, hermano León, corderillo de Dios. No he sabido llamar á la puerta de esos corazones con bastante habilidad y fuerza. Yo soy muy inferior á aquellos hombres que hacen bailar á un oso en la plaza de la ciudad. Ellos atraen abundante concurso exhibiendo al pesado animal, y yo, que mostraba señoras de celeste hermosura, no he podido atraer á nadie. Hermano León, yo te ordeno por la santa obediencia, que me digas: «Hermano Francisco, eres un pobre hombre sin pizca de mérito, desmañado y verdaderamente pernicioso.»

»Y mientras que el hermano León difería de obedecer, el santo hombre se acongojaba interiormente. A lo largo del negro camino representábasele á la dulce Asís, donde había dejado á

sus hijos, según el espíritu, y á Clara, la hija de su alma. Sabía que Clara estaba expuesta á grandes tribulaciones por el amor de la santa pobreza. Y dudaba si su hija bienamada no estaría enferma del cuerpo y del alma y desviada de las buenas intenciones en la casa de San Damián.

»Estas dudas le abrumaban con tal peso que, llegado al punto en que el camino se bifurca entre las dos colinas, perecía que á cada paso sus piernas se abismaban en la tierra. Dirigióse á este pozo que entonces estaba reciente y hermosamente hecho, lleno de límpida agua, y cayó sin fuerzas en el brocal, donde ahora mismo nos vemos sentados. El hombre de Dios permaneció largo trecho inclinado sobre la boca del pozo. Luego elevó la cabeza, y dijo gozosamente al hermano León:

»—¿Qué crees, hermano León, cordero de Dios, que he visto en este pozo?

»El hermano León, respondió:

»—Hermano Francisco, has visto en ese pozo á la luna que se refleja.

»—Hermano mío, replicó el santo de Dios, no he visto en el pozo á nuestra hermana la luna; por la gracia adorable del Señor, he visto el verdadero rostro de la hermana Clara, y tan puro y tan resplandeciente de santa alegría, que todas mis dudas se han desvanecido fugaces. Y se me ha hecho manifiesto que nuestra hermana goza

en esta hora del pleno contento que Dios otorga á sus preferidas, colmándolas con los tesoros de la pobreza.

»Habiendo así hablado, el buen San Francisco bebió en el cuenco de su mano algunas gotas de agua, y se irguió fortalecido.

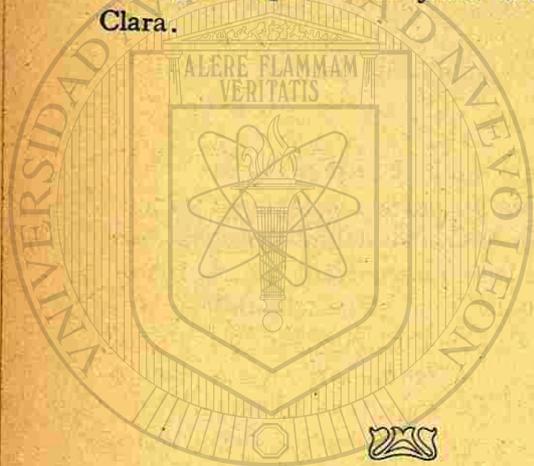
»Por eso se ha dado á este pozo el nombre de Santa Clara.»

Tal fué el relato del R. P. Adone Doni.

Todas las tardes encontraba al amable franciscano sentado en el brocal del místico pozo. Yo me colocaba á su lado y me narraba alguna historia de él sólo sabida. Y las sabía admirables. Mejor que nadie conocía las antigüedades de su país, que se reanimaban y remozaban en su cerebro como en una interna y espiritual Juvencia. Frescas imágenes fluían abundantemente de sus labios sutiles. Mientras decía, la luz de la luna se filtraba por su barba como argénteos arroyuelos. El grillo acompañaba con la resonancia de sus élitros la voz del narrador, y á los sonos de esta boca, que emitía los más suaves del habla humana, respondía á veces la queja aflautada del sapo que, al otro lado del camino, escuchaba amistoso y tímido.

Al comedar Junio abandoné á Siena. Desde entonces no he vuelto á ver al R. P. Adone Doni, que persiste en mi memoria como una figura de ensueño. Yo he puesto por escrito los cuentos que

me narró en el camino de Monte Oliveto. En el presente libro podrán encontrarse. Redactándolos, desearía conservar algunos vislumbres de la gracia que tenían junto al Pozo de Santa Clara.



A Alfonso Daudet.

I

SAN SATIRO

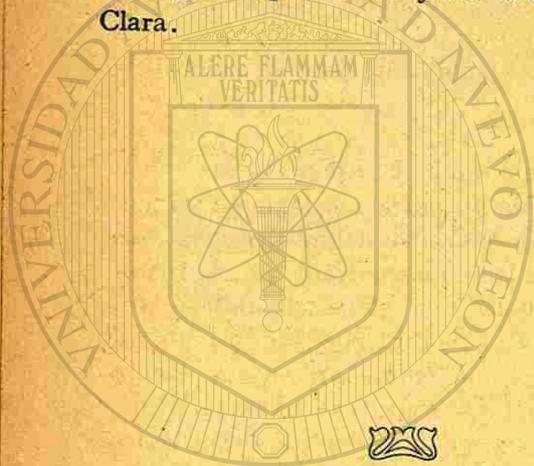
*Consors paterni luminis,
Lux ipse lucis et dies,
Noctem canendo rumpimus:
Assiste postulantiibus.*

*Aufer tenebras mentium;
Fuga catervas daemonum;
Expelle somnolentiam,
Ne pigritantes obruat.*

*(Breviarium romanum.
Feria tertia; ad matutinum.)*

Por su humildad habíase elevado fra Mino sobre sus hermanos; y, todavía joven, gobernaba sabiamente el monasterio de Santa-Fiora. Era piadoso. Complaciase en prolongar sus rezos y meditaciones; á veces caía en éxtasis. A ejemplo de San Francisco, su padre espiritual, componía canciones en lengua vulgar sobre el amor perfecto, que es el amor de Dios. Y estas obras no pecaban por la medida ni por el sentido, pues había estudiado las siete artes liberales en la Universidad de Bolonia.

me narró en el camino de Monte Oliveto. En el presente libro podrán encontrarse. Redactándolos, desearía conservar algunos vislumbres de la gracia que tenían junto al Pozo de Santa Clara.



A Alfonso Daudet.

I

SAN SATIRO

*Consors paterni luminis,
Lux ipse lucis et dies,
Noctem canendo rumpimus:
Assiste postulantiibus.*

*Aufer tenebras mentium;
Fuga catervas daemonum;
Expelle somnolentiam,
Ne pigritantes obruat.*

*(Breviarium romanum.
Feria tertia; ad matutinum.)*

Por su humildad habíase elevado fra Mino sobre sus hermanos; y, todavía joven, gobernaba sabiamente el monasterio de Santa-Fiora. Era piadoso. Complaciase en prolongar sus rezos y meditaciones; á veces caía en éxtasis. A ejemplo de San Francisco, su padre espiritual, componía canciones en lengua vulgar sobre el amor perfecto, que es el amor de Dios. Y estas obras no pecaban por la medida ni por el sentido, pues había estudiado las siete artes liberales en la Universidad de Bolonia.

Pues bien; mientras se paseaba una tarde so las arcadas del claustro, sintió su corazón henchirse de turbación y tristeza al recuerdo de una dama florentina que había amado cuando aún estaba en la primera flor de la juventud, y porque el hábito de San Francisco no protegía suficientemente su carne. A Dios rogó que alejara esta imagen. Pero su corazón persistió triste.

—Las campanas—pensó—dicen como los ángeles: AVE MARÍA; pero su voz se extingue en la bruma del cielo. El maestro de que se honra Perusa ha pintado maravillosamente en el muro de este claustro á las Marías, contemplando con indecible amor el cuerpo del Salvador. Pero la noche ha velado las lágrimas de sus ojos y los mudos sollozos de sus bocas, y yo no puedo llorar con ellas. Hace un momento que este pozo, en el centro del patio, estaba cubierto de palomas que acudían á beber; pero han volado sin encontrar agua en lo hueco del brocal. Y he aquí, Señor, que mi alma enmudece como las campanas, se vela como las Marías, se deseca como el pozo. ¿Por qué, Jesús, Dios mío, mi corazón está árido, tenebroso y mudo, si eres para él la aurora, el canto de los pájaros y el manantial que baja de las colinas?

Temió volver á su celda, y pensando que la oración disiparía su tristeza y calmaría su inquietud, entró por la puerta del claustro en la iglesia

conventual. Mudas tinieblas henchían el edificio, erigido hacía más de ciento cincuenta años sobre las ruinas de un templo romano por el gran Margaritone. Fra Mino recorrió la nave y fué á arrodillarse en la capilla dedicada á San Miguel, cuya historia estaba pintada en el muro. Pero la luz sombría de la lámpara suspensa de la bóveda no consentía ver al arcángel sojuzgando al demonio y pesando las almas. Solamente la luna enviaba por la ventana un pálido rayo sobre la tumba de San Sátiro, establecida en una arcada á la derecha del altar. Esta tumba, en forma de cubo, era más antigua que la iglesia y muy semejante á los sarcófagos paganos, sólo que el signo de la cruz se veía por tres veces trazado sobre el mármol.

Fra Mino permaneció largo espacio prosternado ante el altar; pero la oración le fué imposible, y hacia la media noche sintió invadirle esa torpeza que había caído sobre los discípulos de Jesús en el Huerto de las Olivas. Y mientras permanecía tendido, sin valor ni prudencia, vió algo como una blanca nube elevarse sobre la tumba de San Sátiro, reconociendo en seguida que aquella nube estaba formada por una multitud de nubes, cada una de las cuales era una mujer. Flotaban en el aire obscuro: al través de sus ligeras túnicas brillaban los cuerpos ligeros. Y fra Mino vió que entre ellas había hombres jóvenes con pesuñas de macho cabrío que las perseguían. Su

desnudez dejaba entrever el ardor espantable de sus deseos. Las ninfas huían, y bajo sus rápidos pasos surgían prados floridos y frescos arroyuelos. Y tantas veces como un caprípedo alargaba la mano hacia alguna creyendo cogerla, un sauce brotaba de improviso para ocultar á la ninfa en su tronco, hueco cual una caverna, y el blcndo follaje se poblaba de murmullos ligeros y de risas burlonas.

Cuando todas las mujeres se hubieron oculto en los sauces, los caprípedos, sentados sobre los céspedes súbitos, soplaron en sus flautas de caña y les arrancaron sonos que á cualquier criatura hubiesen turbado. Encantadas las ninfas, insinuaban sus cabezas entre las ramas, y muy poco á poco, abandonando sus sombreros retiros, iban acercándose atraídas por las flautas irresistibles. Los hombres-caprípedos se lanzaron entonces sobre ellas con sacro furor. En brazos de los insolentes agresores, las ninfas aún intentaron un momento de reír y hacer mofa. Luego ya no rieron. Rendida la cabeza, anegados los ojos de horror y alegría, invocaban á su madre, exclamaban: «¡Me muero!», ú observaban un silencio siniestro.

Fra Mino intentó volver la cabeza; pero le fué imposible, y sus ojos continuaron abiertos, muy á pesar suyo.

Entre tanto, habiendo las ninfas alheñado sus brazos á los riñones de los caprípedos, mordían,

acariciaban, irritaban á sus peludos amantes y, amalgamándose con ellos, los envolvían, los bañaban con su carne, más ondulante y más viva que el agua del arroyuelo que á su mismo lado se deslizaba entre los sauces.

Ante tal espectáculo, fra Mino cayó por el espíritu y por la intención, en el pecado. Quiso ser uno de aquellos demonios, mitad hombres y mitad bestias, y tener en su pecho, al modo de ellos, á la dama de Florencia que en la flor de su edad había amado, y que á la sazón era muerta.

Pero ya los hombres-machos se dispersaban por el campo. Estos recogían miel en el tronco de las encinas, aquéllos tajaban cañas en forma de flautas, ó saltando uno contra otro, entrecocaban sus frentes cornudas. Y los cuerpos inertes de las ninfas, despojos encantadores del amor, poblaban la pradera. Fra Mino gemía sobre el pavimento; pues el deseo del pecado había sido tan vivo, que ahora sufría toda la magnitud de la vergüenza.

De pronto exclamó una de las ninfas tendidas, que al azar había dirigido sus miradas hacia él:

—¡Un hombre! ¡Un hombre!

E indicándolo con el dedo á sus compañeras:

—Miradle, hermanas mías, no es un cabrero. No se le ve la flauta de caña. Tampoco le reconozco por el dueño de uno de estos rústicos dominios, cuyo diminuto jardín adjunto está prote-

gido por un priapo tallado en un trozo de haya. ¿Qué hace entre nosotras, si no es cabrero, ni boyero, ni jardinero? Tiene aire sombrío y rudo, y no leo en su mirada el amor de los dioses y de las diosas que pueblan el almo cielo, los bosques y las montañas. Lleva vestiduras bárbaras. Quizás sea un escita. Acerquémonos á este extranjeró, hermanas mías, y sepamos de él si ha venido en calidad de enemigo para enturbiar nuestras fuentes, abatir nuestros árboles, hendir nuestras montañas y revelar á los hombres crueles el misterio de nuestros asilos felices. Ven conmigo, Mnais; venid vosotras, Eglé, Nerea y Melibea.

—¡Vamos!—respondió Mnais—. ¡Vamos con nuestras armas!

—¡Vamos!—exclamaron todas simultáneamente.

Y fra Mino vió que, irguiéndose, cogían rosas á manos llenas y se le acercaban, formando larga fila, armadas de rosas y de espinas. Pero la distancia que de ellas le separaba, si al principio le pareció insignificante, pues se le antojaba casi tocarlas y sentir su soplo rozándole la carne, ahora le parecía aumentar y las veía acercarse como una floresta lejana. Impacientes de alcanzarle, las ninfas corrían amenazándole con sus flores crueles. También brotaban amenazas de sus labios floridos. Y he aquí que al compás que se acercaban, un metamorfosis se producía en ellas: á cada paso perdían algo de su gracia y

magnificencia, y la flor de su juventud se marchitaba al mismo tiempo que sus ramilletes de rosas. Primero se les abismaron los ojos y la boca se les hundió. El cuello, poco ha tan blanco y puro, se entrecruzó de profundos pliegues; luego, grises mechones descendieron sobre la frente arrugada. Y avanzaban: sus ojos se circundaban de escarlata; sus labios se sumían entre las encías. Y avanzaban: portadoras de rosas secas entre sus brazos negros y retorcidos como el sarmiento que los campesinos de Chianti queman durante las noches del invierno. Y avanzaban, bamboleando la cabeza y vacilando sobre las piernas secas.

Cuando llegaron al sitio donde fra Mino estaba clavado de miedo, sólo eran horribles brujas calvas y barbudas, la nariz ganchuda, vacío y colgante el vientre. Agolpábanse á su alrededor:

—¡Oh, el lindo mozo!—dijo una—. Es blanco como un lienzo, y el corazón le late como á una liebre mordida por los perros. Eglé, hermana mía, ¿qué haremos de él?

—Nerea mía—respondió Eglé—, es preciso abrirle el pecho, extraerle el corazón y ponerle en su lugar una esponja.

—¡De ningún modo!—exclamó Melibea—. Sería hacerle pagar hartó cara su curiosidad y el placer de sorprendernos. Basta por esta vez con infligirle un castigo ligero. Démosle una buena fricción.

En seguida rodearon al monje, y echándole el hábito por la cabeza, le flagelaron con los haces de espinas que les quedaban en las manos.

La sangre comenzó á fluir cuando Nerea les hizo signo de cesar:

—¡Bastante—dijo—, es mi galán! Acabo de ver que me miraba con ternura, y quiero calmar sus deseos ofreciéndome á él sin más espera.

Sonrió; un diente largo y negro que salía de su boca le hurgó en la nariz. Y le dijo:

—¡Ven, Adonis mío!

Súbitamente añadió luego, furiosa:

—¡Fi, fi!... Sus órganos están lacios. Su frialdad ofende á mi belleza. ¡Me desdeña; compañeras, vengadme! ¡Mnais, Eglé, Melibea, vengad á vuestra hermana!

A este requerimiento, todas, alzando su látigo espinoso, flagelaron tan rudamente al desventurado fra Mino, que su cuerpo era al poco tiempo una llaga. A cada momento se detenían para toser y escupir, y recomenzaban con más ahinco el azote. Sólo cesaron cuando se agotó su fuerza.

—Espero—dijo entonces Nerea—que la próxima vez no me causará la inmerecida afrenta de que aún enrojezco. Concedámosle la vida. Pero si traiciona el secreto de nuestros juegos y placeres, le haremos morir. ¡Hasta la vista, lindo mozo!

Dijo, y la vieja se acomodó sobre el religioso,

inundándole de infectas aguas. Cada hermana hizo por turno lo mismo: luego retornaron á la tumba de San Sático, entrando por una tenue fisura de la tapa, dejando á su víctima tendida en un charco de insuperable pestilencia.

Cuando la última hubo desaparecido, cantó el gallo. Fra Mino pudo al fin levantarse del suelo. Quebrantado de fatiga y dolor, yerto de frío, tembloroso de fiebre, semisofocado por las exhalaciones de un líquido pestífero, ordenó sus hábitos y se arrastró hasta la celda, cuando alboraba el día.

Desde esta noche ya no encontró reposo fra Mino. El recuerdo de lo que había visto en la capilla de San Miguel, sobre la tumba de San Sático, le turbaba durante los oficios y prácticas piadosas. Temblando acompañaba á sus hermanos á la iglesia. Cuando, según la regla, debía besar el suelo del coro, sus labios encontraban con espanto el rastro de las ninfas, y murmuraba: «Salvador mío, ¿no me oís decir lo que vos mismo decíais á vuestro Padre? No me dejéis caer en la tentación.» Al principio quiso enviar al señor obispo el relato de lo que había visto. Pero, habiendo reflexionado maduramente, se persuadió de que era preferible meditar despacio sobre estos acontecimientos extraordinarios y no divulgarlos hasta haber hecho de ellos un preciso estudio. Por otra parte, se encontraba con que el

señor obispo, aliado á los güelfos de Pisa contra los gibelinos de Florencia, guerreaba á la sazón con tanto ahinco que, desde hacía un mes, no se había quitado la coraza. Por este motivo, y sin dar parte á nadie, fra Mino hizo profundas investigaciones sobre el sepulcro de San Sático y sobre la capilla en que estaba encerrado. Versado en el conocimiento de los libros, hojeaba los antiguos y los modernos, pero sin dar con ninguna luz. Y los tratados de Magia que estudió sólo sirvieran para redoblar su incertidumbre.

Tras haber trabajado como siempre toda la noche, una mañana quiso alegrar su corazón dando un paseo por el campo. Tomó por la senda bravía, que, ondulando entre viñas hermanadas con olmos enanos, se endereza hacia un bosque de mirtos y olivos que para los romanos fué antaño sagrado. Los pies sobre la hierba húmeda, la frente refrescada por el rocío que destilaban las puntas de los sauquillos, fra Mino caminaba hacía tiempo entre la fronda, cuando percibió un manantial sobre el que los tamarindos balanceaban muellemente su ligero follaje y el plumón de sus racimos color rosa. Más abajo, entre los sauces, hacia el confin del manantial prolongado, se veían garzas inmóviles. Los pajarillos cantaban en las ramas de los mirtos. El perfume de la menta mojada surgía de la tierra, y en la hierba brillaban florecillas, de las que Nues-

tro Señor ha dicho que el rey Salomón con toda su gloria no estaba vestido como cualquiera de ellas. Fra Mino tomó asiento en una piedra, y alabando á Dios que hizo el cielo y el rocío, meditó sobre los ocultos misterios de la Naturaleza.

Como el recuerdo de lo que había visto en la capilla no le dejaba nunca, permaneció con la frente entre las manos, inquirendo por milésima vez lo que significase aquel sueño: «Porque tal aparición—se decía—debe de tener un sentido: hasta es posible que tenga varios, que importa descubrir, sea por súbita iluminación, sea haciendo exacta aplicación de las reglas de la escolástica. Estimo que en este caso particular, los poetas que he estudiado en Bolonia, tales como Horacio el satírico y Estacio, podrán servirme también de gran ayuda, pues muchas verdades andan entreveradas con las fábulas.

Habiendo largo tiempo devaneado en sus adentros estos pensamientos y otros aún más sutiles, elevó los ojos y advirtió que no estaba solo. Adosado al tronco cavernoso de una vieja carrasca, un anciano contemplaba risueño el cielo al través del follaje. En su frente canosa apuntaban dos cornezuelos embotados. De su roma cara dependía una barba blanca, entre la cual se percibían las glándulas del cuello. Rudo vello se erizaba en su pecho. Densa lana le cubría las piernas, colgándole hasta los pies ahorquillados. Acercan-

do á sus labios una flauta de caña, le hizo exhalar débiles sonidos. Luego cantó con voz apenas distinta:

Ella huía riente
mordiéndole las uvas de oro.
Pero yo supe alcanzarla,
y mis dientes estrujaron
el racimo en su boca.

Viendo y oyendo estas cosas, fra Mino hizo el signo de la Cruz. Pero el viejo no se turbó, y dirigió al monje una mirada ingenua. Entre las arrugas profundas de su rostro, los ojos límpidos y azules brillaban como el agua de un manantial entre la corteza de las encinas.

—Hombre ó bestia—exclamó Mino—en el nombre del Señor te ordenó que me digas quién eres.

—¡Hijo mío—respondió el viejo—, yo soy San Sático! Habla más bajo, no sea que espantes á los pájaros.

Fra Mino replicó en voz menos alta:

—Anciano, puesto que no has huído ante el signo invencible de la Cruz, no puedo pensar que seas un demonio ó cualquier otro espíritu impuro escapado del infierno. Pero si verdaderamente eres como dices, un hombre, ó mejor dicho, el alma de un hombre, santificada por los trabajos de una buena vida y por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, explícame, yo te lo imploro, la

maravilla de tus cuernos de macho cabrío y de tus piernas lanosas terminadas por unos pies negros y ahorquillados.

Al oír esta pregunta el anciano elevó los brazos al cielo, y dijo:

—Hijo mío: la naturaleza de los hombres, de los animales, de las plantas y de las piedras, es el secreto de los dioses inmortales, y yo ignoro lo mismo que tú, la razón de estos cuernos que exornan mi frente, y sobre los cuales las ninfas colocaban antaño guirnaldas de flores. Ignoro para lo que sirven estas glándulas suspensas de mi cuello, ni por qué tengo pies de intrépido macho cabrío. Sólo puedo decirte, hijo mío, que hace tiempo había en este bosque mujeres de frente cornuda y piernas lanosas como las mías. Pero sus pechos eran redondos y blancos. Sus vientres, sus costados pulidos, relucían. Joven entonces, el sol gustaba, bajo la verde fronda, de acribillarlas con sus rayos de oro. Eran bellas, hijo mío. ¡Ay, hasta la última ha desaparecido de los bosques! Mis semejantes han desaparecido como ellas, y sólo yo quedo de mi raza. Soy muy viejo.

—Anciano, dime cuál es tu edad, tu sangre, tu patria.

—Hijo mío, nací de la Tierra mucho antes de que Júpiter destronase á Saturno, y mis ojos han contemplado la juventud florida del mundo. La

raza humana aún no era salida del barro. Solas conmigo, las satiresas danzaban haciendo trepidar el suelo al choque rítmico de sus dobles pesuñas. Eran más altas, más robustas y más hermosas que las ninfas y las mujeres; y sus caderas, más amplias, recibían abundantemente el germen fecundo de los primeros nacidos en la Tierra.

»Bajo el reinado de Júpiter las ninfas comenzaron a poblar las fuentes, los bosques y las montañas. Los faunos, confundidos con las ninfas, formaron coros ligeros en el fondo de los bosques. Entonces yo vivía feliz, mordiendo á placer en los racimos de las viñas bravías y en los labios de las rientes faunesas. Y yo gustaba del dormir apacible en las hierbas tupidas. Y celebraba con mi rústica flauta á Júpiter tras Saturno, porque me es permitido loar á los dioses, señores del mundo.

»¡Ay! Siento que he envejecido, porque ahora sólo soy un dios, y los siglos han encanecido las crines de mi cabeza y de mi pecho: ellos han apagado el ardor de mis riñones. Ya estaba abrumado por la edad cuando el gran Pan murió, y Júpiter, sufriendo la suerte que infligió á Saturno, fué destronado por el Galileo. Desde entonces he arrastrado una vida tan lánguida que hasta me ha ocurrido morir y ser enterrado en una tumba. Y en verdad que sólo soy mi propia sombra. Si aún existo un poco, es porque nada se pierde,

y porque no es permitido á nadie morir completamente. La muerte no sería más perfecta que la vida. Los seres perdidos en el Océano de las cosas son como las olas que ves, ¡oh, hijo mío! elevarse y abatirse en la mar Hadria. No tienen principio ni fin: nacen y sucumben insensiblemente. Insensiblemente como ellas, circula mi alma. Un pálido recuerdo de las satiresas de la edad de oro anima todavía mis ojos, y sobre mis labios vuelan sin ruido los himnos antiguos.

Dijo y cayó. Fra Mino miró al anciano convencido de que sólo era un fantasma.

—Que seas—le dijo— un caprípedo sin ser un demonio, no es increíble. Las criaturas que Dios formó para no participar en la herencia de Adán, no pueden ser condenadas ni pueden ser salvadas. No puedo creer que el centauro Chirón, siendo más sabio que un hombre, sufra en la gola de Leviatán las penas eternas. Un viajero que llegó á los limbos, dijo que lo había visto sentado en la hierba departiendo con Rifeo, el más justo de los troyanos. Pero otros aseguran que el santo Paraíso se abrió para recibir á Rifeo el de Troya. Y es lícito dudar sobre este punto. Pero tú mentías, anciano, al decirme que eras un santo, tú, que apenas eres hombre.

El caprípedo respondió:

—Hijo mío, cuando yo era joven, apenas mentía más que las ovejas cuya leche mamaba, y que

los machos cabríos con quienes topaba mi frente en el regocijo de mi belleza. Nada en aquel tiempo mentía, y el vellón de los carneros aún no había aprendido á revestirse de engañosos colores: mi alma en nada ha cambiado desde entonces. Mirame; desnudo estoy como en los días dorados de Saturno. Y mi espíritu no se vela más que mi cuerpo. Jamás miento. ¿Y qué hallas de extraordinario, hijo mío, en que yo sea un santo ante el Galileo, sin haber nacido de esa madre que unos llaman Eva y otros Pirra, digna de venerarse bajo ambos nombres? Tampoco San Miguel nació de mujer. Le conozco y juntos departimos algunas veces. El me habla del tiempo en que era boyero en el monte Gargano...

Fra Mino interrumpió al sátiro:

—No puedo tolerar que se diga de San Miguel que fué boyero por haber apacentado los bueyes de un hombre llamado Gargano como la montaña. Pero revélame, anciano, cómo fuiste santificado.

—Escucha—respondió el caprípedo—y tu curiosidad será satisfecha.

»Cuando los hombres venidos del Oriente anunciaron en el dulce valle del Arno que el Galileo había destronado á Júpiter, descuajaron las encinas donde los campesinos suspendían menudos dioses de barro y tabletas votivas; también erigieron cruces en las fuentes sagradas y prohi-

bieron á los pastores que llevasen á las grutas de las ninfas vino, leche, tortas ofrendarias. La muchedumbre de los faunos, panes y silvanos, se ofendieron justamente. Coléricos atacaron á los nuncios del nuevo dios. Cuando los apóstoles dormían de noche, á sus lechos de hojas secas venían las ninfas para tirarles de las barbas, y los faunos juveniles se filtraban en el establo de los santos hombres para arrancar cerdas á la cola de sus asnos. En vano pretendí desarmar su malicia ingenua y exhortarlos á la sumisión. «Hijos míos—les decía—el tiempo de los fáciles juegos y de las risas burlescas, ha pasado.» Los imprudentes jamás me escucharon. ¡Desgraciados de ellos!

»Pero yo, que había visto fenecer el reinado de Saturno, yo estimaba natural y justo que Júpiter pereciese á su vez. Como me había resignado á presenciar la caída de los grandes dioses, no resistí á los mensajeros del Galileo. Hasta les presté algunos pequeños servicios. Conociendo mejor que ellos las sendas del bosque, recogía moras y ciruelas que depositaba sobre frescas hojas en el dintel de sus grutas. También les ofrecía huevos de aves. Y si construían alguna choza, yo les transportaba sobre mis hombros ramas y piedras. En cambio, ellos derramaban agua sobre mi frente y me deseaban la paz en Jesucristo.

»Yo vivía con ellos y como ellos. Los que les amaban, me amaban. Como á ellos les honraban,

me honraban á mí, y mi santidad parecía semejante á la suya.

»Te he dicho, hijo mío, que ya entonces era yo muy viejo. El sol acaloraba con harta pena mis miembros ateridos. Yo sólo era un árbol seco que se ha despojado de su corona fresca y cantante. Cada retorno del otoño aceleraba mi ruina. Una mañana de invierno me encontraron yacente y sin movimiento al borde del camino.

»El obispo, seguido de sus sacerdotes y del pueblo en masa, celebró mis funerales. Luego me colocaron en un sepulcro de mármol blanco, marcado tres veces con el signo de la Cruz é inscrito en el testero el nombre de San Sátiro, entre una giralda de uvas.

»En aquel tiempo, hijo mío, las tumbas bordeaban las vías. La mía se erigió á dos millas de la ciudad, en el camino de Florencia. Un plátano joven medraba al lado y la cubría con su sombra acribillada de luz, poblada de murmullos, de canciones de los pájaros, de frescor y de alegría. Una fuente próxima corría por un lecho de berros; mozos y muchachas acudían riendo para bañarse juntos. Este paraje adorable era un lugar santo. Las madres jovencitas traían á sus hijuelos y les hacían tocar el mármol del monumento para que sus miembros se tornasen fuertes y bien formados. Era común creencia en el país que los recién nacidos llevados ante mi sepultura superarían con

el tiempo á los demás en vigor y energía. Por eso me visitaba la flor de la gentil raza toscana. También los campesinos me traían sus asnas en la esperanza de que se las haría fecundas. Mi memoria era venerada. Cada año, cuando la primavera retornaba, el obispo llegaba con su clerecía á orar sobre mi cuerpo, y yo veía asomar remotamente entre las altas hierbas de la pradera, la procesión de cruces y cirios, el palio de escarlata, el canto de los salmos. Tal sucedía, hijo mío, en los tiempos del buen rey Berenguer.

»Entre tanto, los sátiros y las satiresas, los faunos y las ninfas arrastraban una existencia errante y miserable. Para ellos ya no había altares de césped, ni guirnalda de flores, ni ofrendas de leche, de harina y de miel. Apenas si algún cabrero colocaba furtivamente y de tarde en tarde un queso en el dintel de la gruta sagrada, cuya oscuridad desaparecía bajo las zarzas y los espinos. Los conejos y las ardillas aún acudían para devorar estas indigentes ofrendas. Las ninfas, pobladoras de florestas y antros sombríos, habían sido expulsadas de sus moradas por los apóstoles llegados de Oriente. Y, para que no pudiesen volver, los sacerdotes del Dios galileo vertían sobre árboles y piedras un agua encantada, pronunciando palabras mágicas y erigiendo cruces en las avenidas de los bosques; pues has de saber, hijo mío, que el Galileo es sabio en el arte de los encantamien-

tos. Mejor aún que Saturno y que Júpiter conoce la virtud de las fórmulas y de los signos. Así, pues, las pobres divinidades rústicas ya no encontraron asilo en sus bosques sagrados. El coro de los peludos capripedos que herían antaño con sus patas sonoras la tierra materna, sólo era ya una nube de sombras pálidas, mudas, deslizándose á la vera de los ribazos, cual la bruma de la mañana que el sol desvanece.

»Arrastrados como de un viento furioso por la ira divina, estos espectros giraban todo el día entre el polvo de los caminos. La noche les era menos enemiga. La noche no pertenece íntegramente al Dios galileo. Compártela con los demonios. Cuando las sombras descendían de las colinas, faunos y faunesas, ninfas y panes, venían á agazaparse en las tumbas, y allí, bajo el dulce imperio de las potestades infernales, gustaban un poco de reposo. Sobre todas las tumbas preferían á la mía, como de un antepasado venerable. Pronto se congregaron todos bajo la parte de la cornisa que, orientada hacia el Mediodía, no era musgosa y estaba siempre seca. Aquella muchedumbre ligera acudía fielmente cada noche, como palomas que buscan su palomar. Con facilidad se acomodaban, pues habían amenguado tanto de tamaño que eran semejantes á la pelota fugaz que escapa del harnero. Yo mismo, saliendo de mi muda cámara, sentábame á veces en medio de

ellos, al abrigo de las losas marmóreas, y les cantaba con flébil soplo de voz los días de Saturno y de Júpiter; y ellos recordaban la dicha pasada. Bajo la mirada de Diana abandonábanse entre sí, á imagen de sus juegos antiguos, y el caminante rezagado creía ver que los vapores de las praderas imitaban á la luz de la luna los cuerpos abrazados de algunos amantes. Frecuentemente, apenas eran leve bruma. El frío les hacía mucho daño. Cierta noche la nieve había cubierto el campo, y las ninfas Eglé, Nerea, Mnais y Melibea se filtraron por los resquicios del mármol en la estrecha y sombría cámara que yo habitaba. Sus cortejos las siguieron en tropel, y los faunos, lanzándose en su persecución, las alcanzaron pronto. Mi morada fué su morada. Sólo salíamos para ir al bosque cuando la noche era bella. Al primer canto del gallo, dábanse buena prisa en volver. Pues has de saber, hijo mío, que sólo yo entre la raza cornuda tengo licencia de aparecer en la tierra á la luz del día. Es un privilegio anejo á mi estado de santidad.

»Mi sepultura inspiraba más veneración que nunca á los habitantes del campo, y las madres jóvenes me presentaban cotidianamente sus pequeñuelos, alzándolos desnudos entre sus brazos. Cuando los hijos de San Francisco vinieron á establecerse en la comarca y erigieron un monasterio en la falda de la montaña, solicitaron del se-

ñor obispo que les permitiese transportar y guardar mi tumba en la iglesia conventual. Otorgóseles el favor, y fuí trasladado con gran pompa á la capilla de San Miguel, donde aún reposo. Conmigo vino mi rústica familia. Era mucho honor; pero he de confesar que eché de menos el ancho camino por donde veía pasar, cuando el alba apuntaba, á las campesinas llevando sobre la cabeza cestas de uva, de higos ó de berenjenas. El tiempo no ha dulcificado mi pesadumbre, y yo preferiría continuar bajo el plátano de la Vía Sacra.

»Tal es mi vida, añadió el viejo caprípedo. Ella corre riente, dulce y secreta al través de todas las edades de la tierra. Si alguna tristeza se mezcla á la alegría, los dioses lo han querido. ¡Oh, hijo mío; loemos á los dioses, señores del mundo!

Fra Mino permaneció algún tiempo ensimismado. Luego:

—Ahora comprendo—dijo—el sentido de lo que vi durante la mala noche en la capilla de San Miguel. Sin embargo, un punto queda obscuro en mi espíritu. Dime, anciano, ¿por qué esas ninfas que viven contigo y se ofrecen á los faunos, se han metamorfoseado en viejas y repulsivas mujeres cuando han venido en mi busca?

—¡Ah, hijo mío!—respondió San Sático—. El tiempo no perdona á hombres ni á dioses. Estos sólo son inmortales en la imaginación de los hombres efímeros. En puridad, sienten el contacto de

la edad y tienden con los siglos hacia su declinar irreparable. Las ninfas envejecen como las mujeres. No hay rosa que no se deshoje. No hay ninfa que no se trueque en hechicera. Puesto que has contemplado los pasatiempos de mi menuda familia, ocasión has tenido de ver que el recuerdo de su juventud pasada orna todavía á las ninfas y los faunos en el momento de amar, y que su ardor reanimado, reanima su belleza. Pero las ruinas de los siglos reaparecen al instante. ¡Ay, ay! La raza de las ninfas es vieja y decrepita.

Fra Mino preguntó todavía:

—Anciano, si es verdad que has alcanzado la beatitud por vías misteriosas; si es cierto, aunque parezca absurdo, que eres un santo, ¿cómo perseveras en la tumba con esas sombras que no saben alabar á Dios y que manchan con su imprudencia la casa del Señor? Responde, ¡oh, anciano!

Pero el santo caprípedo, sin responder, se desvaneció dulcemente en el aire. Sentado en la piedra musgosa, al lado de la fuente, fra Mino meditaba el discurso que acababa de oír, y, entre densas tinieblas empezó á percibir claridades maravillosas.

Este santo Sático, pensaba, es semejante á la Sibila que, en el templo de los falsos dioses, anunciaba el Salvador á las naciones. El barro de las mentiras antiguas aún está adherido á sus pesuñas; pero su frente se eleva hacia la luz, y sus labios confiesan la verdad.

Como la sombra de las encinas se alargaba sobre la hierba del ribazo, el monje abandonó la piedra y descendió por la estrecha senda que conducía al convento de los hijos de San Francisco. Pero no osaba mirar á las flores que dormían sobre las aguas creyendo encontrar las imágenes de las ninfas. Cuando las campanas tocaban el *Ave Maria* entró en su celda. Era ésta pequeña y blanca y solamente amueblada con un lecho, un escabel y uno de esos altos pupitres que usan los escritores. En el muro había pintado en otro tiempo un fraile mendicante, al modo de Giotto, las Marías al pie de la cruz. Bajo esta pintura, una tabla de madera, oscura y luciente, como las de los lagares, sustentaba libros, sagrados unos y profanos otros, pues fra Mino estudiaba á los poetas antiguos para alabar á Dios en todas las obras de los hombres, y bendecía á Virgilio por haber profetizado el nacimiento del Salvador, cuando el mantuano dijo á las naciones: *Jam redit et Virgo.*

En el alféizar de la ventana un brote de lirio medraba en un vaso de tosca loza. Fra Mino se complacía en leer el nombre de la santa Virgen escrito con áureo polvillo en este vaso de lirios. La ventana, practicada muy alto, era estrecha; pero se veía el cielo por encima de las colinas violáceas.

Habiéndose encerrado en estas dos tumbas de

su vida y de sus deseos, fra Mino tomó asiento ante el estrecho pupitre, coronado de una doble tablilla, donde tenía costumbre de entregarse al estudio. Luego, mojando su caña en el tintero puesto al costado del casillero que contenía las hojas de pergamino, los pinceles, los tubos de colores y el polvo de oro, suplicó á las moscas, en nombre del Señor, que no le importunasen, y empezó á escribir la relación de lo que había visto y oído en la capilla de San Miguel durante la noche maldita, y en este mismo día, en el bosque, á la vera de la fuente. Primero trazó estas líneas en el pergamino:

He aquí lo que fra Mino, de la orden de los Hermanos menores, ha visto y oído, y que relata para instrucción de los fieles. En alabanza de Jesucristo y á la gloria del bienaventurado pobrecito de Cristo, San Francisco. Amén.

Luego transcribió, sin omitir nada, lo que había observado de las ninfas trocadas en brujas y del anciano cornudo, cuya voz murmuraba entre la fronda como un postrer suspiro de la flauta antigua y como un preludeo del arpa sagrada. Mientras él escribía, cantaban los pájaros; y la noche vino lentamente á borrar los bellos colores del día. El monje encendió su lámpara y continuó escribiendo. A medida que narraba las maravillas de que había tenido noticia, explicaba el sentido literal y el sentido espiritual, según las reglas de

la escolástica. Y, como se circunda de murallas y torres á las ciudades para hacerlas fuertes, sustentaba sus argumentos con máximas sacadas de la Escritura. De las extrañas revelaciones que había recibido, concluyó fra Mino que Jesucristo es Señor de todas las criaturas y que es Dios de los Sátiros y de los Panes, así como de los hombres. Por esto San Jerónimo vió en el desierto centauros que proclamaban á Jesucristo; segundo, que Dios comunicó á los paganos algunas luces de la verdad, para que pudiesen salvarse. Así algunas sibilas, como la Cumana, la Egipcia y la Délfica, han ostentado en las tinieblas de la gentilidad el Pesebre, las Disciplinas, el Cetro de caña, la Corona de espinas y la Cruz. Y, por esta razón, San Agustín ha admitido á la sibila Eritrea en la ciudad de Dios. Fra Mino dió gracias al Señor por haberle enseñado estas cosas. Gran contento inundó su corazón pensando que Virgilio estaría entre los elegidos. Y escribió con alegría al pie de la última hoja:

Este es el apocalipsis del hermano Mino, el pobre de Jesucristo. Yo he visto la aureola de los santos sobre la frente cornuda del Sátiro, en señal de que Jesucristo ha sacado del limbo á los sabios y á los poetas de la antigüedad.

La noche iba bien corrida, cuando rematada su tarea, fra Mino se acostó en el lecho para reposar un poco. En el momento de empezar á dormir,

una vieja entró por la ventana en un rayo de luna. Él reconoció á la más horrible de las hechiceras que había visto en la capilla de San Miguel.

—Pequeño mío—le dijo ella—, ¿qué has hecho hoy? Yo y mis dulces hermanas te habíamos advertido que no revelases nuestros secretos; pues si nos traicionabas, te haríamos perecer. Esto me afligiría mucho, porque yo te amo tiernamente.

La bruja le abrazó, llamóle su Adonis celeste, su pequeño asno blanco, y le hizo ardientes caricias.

Como él la rechazase disgustado:

—Hijo—exclamó ella—, me desdeñas porque mis ojos están punteados de rojo, mis narices roídas por el acre y pestífero humor que destilan, y mis encías guarnecidas de un solo diente, negro y desmesurado. Verdad que tal es hoy tu Nerea. Pero si tú me amas, yo me volveré por ti y para ti, como era en los tiempos dorados de Saturno, cuando mi juventud florecía entre la juventud florida del mundo. Es el amor ¡oh, mi joven Dios! quien hace la belleza de las cosas. Para tornarme bella, sólo necesitas un poco de entusiasmo. ¡Vamos, Mino, valor!

Al oír estas frases acompañadas de gestos, fra Mino, transido de espanto y horror, sintióse desfallecer y se deslizó lecho abajo hasta el suelo de la celda. Al caer le pareció ver á una ninfa de

30208

forma perfecta, cuyo cuerpo desnudo le inundaba como leche que se derrama.

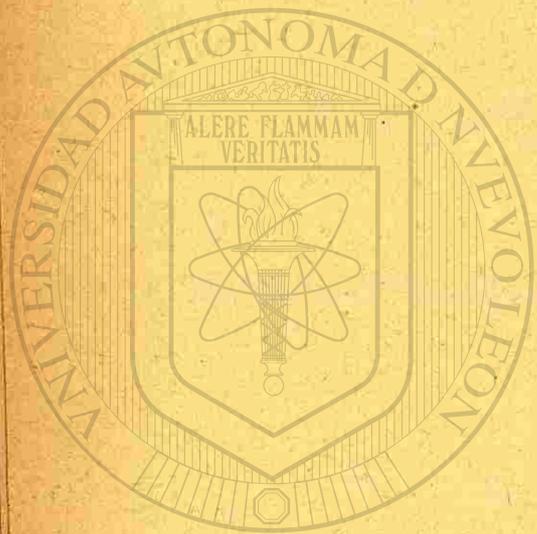
Fra Mino despertó bien entrado el día, con dolor de la caída. Las hojas de pergamino que había borrajado la víspera, cubrían el pupitre. Las relejó, las dobló y las selló con su sello; púsolas bajo su hábito, y sin miedo á las amenazas que las brujas le habían formulado por dos veces, llevó sus revelaciones al señor obispo, cuyo palacio erigía sus almenas en el centro de la población. Encontróle calzando sus espuelas en la sala de recepciones, rodeado de sus hombres. Pues el Pontífice estaba á la sazón en guerra con los gibelinos de Florencia. Preguntó al monje qué objeto le traía, y cuando estuvo enterado, le invitó á leerle inmediatamente su relato. Fra Mino obedeció.

El señor obispo escuchó la lectura hasta el cabo. No estaba muy instruído en materia de apariciones; pero le animaba un celo ardiente en defensa de la fe. Sin demorar un día ni dejarse distraer por los cuidados de la guerra, comisionó á doce ilustres doctores en Teología y Derecho canónico para que estudiaran el asunto, y les dió prisa en redactar sus conclusiones. Tras maduro examen, y no sin haber interrogado varias veces á fra Mino, los doctores convinieron en que era preciso abrir el sepulcro de San Sático, en la capilla de San Miguel, y lanzar extraordinarios

exorcismos. Cuanto á los puntos doctrinales suscitados por fra Mino, nada resolvieron formalmente, inclinándose, sin embargo, á juzgar temerarios, frívolos é innovadores los argumentos del franciscano.

Conforme á la recomendación de los doctores, y según orden del señor obispo, fué abierta la tumba de San Sático. Sólo contenía un puñado de cenizas, sobre las cuales vertieron los sacerdotes agua bendita. Entonces salió un vapor blanco del que brotaban débiles gemidos.

La noche que siguió á esta piadosa ceremonia, soñó fra Mino que las hechiceras, inclinadas sobre su lecho, le arrancaban el corazón. Al amanecer se levantó, atormentado de agudos dolores y devorado de sed ardiente. Poco á poco llegó hasta el pozo del claustro, donde bebían las palomas. Pero, apenas hubo aspirado algunas gotas del agua que llenaba una pila, sintió que su corazón se hinchaba como una esponja, y murmurando: «¡Dios mío!» murió ahogado.



A Julio Lemaitre.

II

MESSER GUIDO CAVALCANTI

Guido, di Messer Cavalcante de' Cavalcanti fu un de' migliori loici che avese il mondo, et ottimo filosofo naturale... E perciò che egli alquanto tenea della opinione degli Epicuri si diceva tra la gente volgare che queste sue speculazioni eran solo in cercare se trovar si potesse che Iddio non fosse.

(Il Decamerón di Messer Giovanni Boccaccio, giornata sesta, novella IX.)

DIM
NON. FVI. ME
MINI. NON. SVM
NON. CYRO. DO
NNIA. ITALIA. AN
NORUM. XX. HIC
QVIESCO

(Cippe de Donna Italia, según la lectura de M. Juan-Francisco Bladé.)

Messer Guido Cavalcanti era á sus veinte años el más hermoso y apuesto de todos los gentiles hombres florentinos. Bajo sus largos cabellos negros que escapándose de su gorra caían en bucles azulados por la frente, sus pupilas de oro lanzaban rayos de luz deslumbradora.

Tenía brazos de Hércules y manos de ninfa.

Sus espaldas eran anchas y su cintura fina y delicada. Sobresalía montando caballos indómitos, así como en esgrimir armas pesadas, y no tenía rival en el juego de la sortija. Cuando recorría las calles de la ciudad para oír misa en San Juan ó en San Miguel, ó se paseaba á orillas del Arno, por las praderas matizadas de flores como una hermosa pintura, si las damas de alguna alcurnia le encontraban en su camino, no dejaban de murmurarse ruborosas: «Por ahí viene messer Guido, el hijo del señor Cavalcanti de' Cavalcanti. En verdad que es un hermoso San Jorge.» Y se cuenta que Madonna Gemma, mujer de Sandro Bujamonte, le envió un día á su nodriza para comunicarle que lo amaba con toda su alma, y que pensaba morir amándole. Igualmente era solicitado en los grupos, que entonces formaban los jóvenes señores de Florencia que se festejaban mutuamente, comían, jugaban, cazaban juntos, y en ocasiones se querían hasta el extremo de llevar todos trajes idénticos. Pero él evitaba por igual la sociedad de las damas y las reuniones de los jóvenes, y su humor arrogante y salvaje sólo se complacía en la soledad.

Frecuentemente permanecía encerrado todo el día en su habitación é iba á pasearse sólo bajo las encinas del camino de Ema, á la hora en que las primeras estrellas temblaban en el pálido cielo. Si encontraba por casualidad á caballeros de

sus años, jamás reía, y apenas si pronunciaba algunas palabras. Y aun éstas solían ser poco inteligibles. Aquel aire extraño y aquellos discursos ambiguos afligían á sus compañeros. Messer Betto Bruneschi era el más contristado, porque amaba caramente á messer Guido, y su más ardiente deseo era atraerle al grupo en que se reunían los más ricos y más hermosos gentileshombres de Florencia, del que era el mismo Betto honor y alegría. Porque se reputaba á messer Betto Bruneschi como la fina flor de la caballería y como el más hábil caballero de toda la Toscana, después de messer Guido.

Un día en que éste entraba bajo el pórtico de Santa María Novella, donde los frailes de la orden de Santo Domingo guardaban abundantes libros llevados por los griegos, messer Betto, que pasaba á la sazón por la plaza, llamó vivamente á su amigo:

—¡Eh, Guido! ¿Adónde camináis en este claro día que, según mi entender, os invita á cazar pájaros en los montes, mejor que á esconderos en la sombra de ese claustro? Hacedme el obsequio de venir á mi casa de Arezzo, donde os tañeré la flauta por el gusto de veros sonreír.

—¡Infinitas gracias!—respondió messer Guido sin dignarse volver la cabeza—. Voy en busca de mi dama.

Y entró en la iglesia, que recorrió con paso rá-

pido, tan poco respetuoso del Santo Sacramento expuesto en el altar, como de messer Betto, montado afuera en su caballo y alelado con lo que acababa de oír. Por una puerta baja penetró en el claustro, pasó á lo largo del muro y llegó á la librería donde fra Sixto pintaba figuras de ángeles. Habiendo saludado al buen hermano, sacó de un gran cofre uno de los libros recién llegados de Constantinopla; lo puso en un pupitre, y empezó á hojearlo. Era un tratado del Amor, compuesto en lengua griega por el divino Platón. Suspiró; sus manos temblaron; sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Ay!—murmuró—¡Bajo estos signos oscuros está la luz y yo no la veo!

Hablábase así, porque el conocimiento de la lengua griega se había perdido en Occidente. Luego de haber gemido buen espacio, tomó el libro, y una vez besado, lo puso en el cofre de hierro, como una bella muerta en su ataúd. Después pidió al buen fra Sixto el manuscrito de las arengas de Cicerón, que estuvo leyendo hasta que las sombras de la noche envolviendo á los cipreses del jardín extendieron sobre las páginas del libro sus alas de murciélago. Pues conviene saber que messer Guido Cavalcanti buscaba la verdad en los escritos de los antiguos é inquiría los arduos caminos por donde el hombre llega á la inmortalidad. Devorado por el noble anhelo de sa-

ber, ponía en *canzones* las doctrinas de los sabios antiguos sobre el Amor, que conduce á la Virtud.

Algunos días después, messer Betto Bruneleschi vino á su casa, en el paseo de los Adimari, á la hora temprana en que la alondra canta en los trigos. Le encontró todavía en el lecho. Luego de abrazarle, le dijo tímidamente:

—Mi Guido, Guido mío, sacadme de dudas. Me dijisteis la semana pasada que ibais á visitar á vuestra dama en la iglesia y claustro de Santa María-Novella. Desde entonces, doy vueltas en mi cabeza á estas palabras, sin que pueda penetrar su sentido. No descansaré hasta que no me las hayáis explicado. Os suplico que me las aclareis, en tanto que la discreción os lo consienta, ya que se trata de una dama.

Messer Guido empezó á reír. Reclinado en la almohada, miró fijamente á messer Betto.

—Amigo—le dijo—, la dama de que os he hablado tiene más de una morada. El día en que me visteis, la encontré en la librería de Santa María Novella. Desgraciadamente, sólo pude oír la mitad de su discurso, pues me habló en las dos lenguas que fluyen como miel de sus labios adorables: primero me recitó un discurso en la lengua de los griegos, que no pude comprender; luego me arengó en el habla de los latinos, con sabiduría maravillosa. Tan satisfecho quedé de su coloquio, que pretendo desposarme con ella.

—Debe de ser cuando menos—dijo messer Betto—, una sobrina del emperador de Constantinopla, ó su hija natural... ¿Cómo la llamaréis?

—Si es necesario—respondió messer Guido— darle un nombre de amor, como cualquier poeta se lo da á su amada, yo la llamaría Diótima, en memoria de Diótima de Megara, que señaló el camino á los amantes de la Virtud. Pero públicamente se llama la Filosofía, y es la más excelente esposa que puede encontrarse. No deseo á otra, y juro por los dioses que le seré fiel hasta la muerte, que pone término al conocimiento.

Al oír esto, messer Betto se golpeó la frente.

—¡Por Bacó—dijo—, no había adivinado el enigma! Amigo Guido, sois el más sutil espíritu que brilló jamás bajo el lirio rojo de Florencia. Os alabo de tomar por esposa á tan alta dama. Seguramente que de esta unión nacerá larga descendencia de *canzones*, sonetos y baladas. Os prometo bautizar á esos lindos nenes al son de mi flauta, con numerosas grageas y divisas galantes. Me placen tanto más esas nupcias espirituales, porque no os impedirán, andando el tiempo, de casáos con alguna honesta dama de la ciudad.

—No lo creáis—respondió messer Guido—. Los que celebran las nupcias de la inteligencia deben dejar el casamiento para el vulgo profano, en el que están incluidos los grandes señores, los mercaderes y los artesanos. Si hubieseis cultiva-

do como yo el trato de mi Diótima, sabrías, amigo Betto, que reconoce dos clases de hombres: unos que, formados sólo por el cuerpo, nada más aspiran á la grosera inmortalidad que procura la generación de los hijos; otros, cuya alma concibe y engendra lo que al alma conviene producir, esto es, la Belleza y el Bien. Mi Diótima ha querido que yo fuese de éstos, y yo no imitaré contra su voluntad á los brutos prolíficos.

Messer Betto Bruneleschi no aprobó esta resolución. Dijo á su amigo que era preciso observar en la vida estados diversos, apropiados á las diversas edades; que á la época del placer sucedía la de la ambición, y que, al declinar la juventud convenía establecer alianza con una noble y rica familia, mediante la cual se tuviese acceso á los altos cargos de la República, como abogado de las artes y de la libertad, capitán del pueblo ó gonfalonero de la justicia.

Pero, viendo que su amigo acogía estos consejos torciendo el gesto como al contacto de una acerba medicina, calló sobre este punto por miedo de disgustarle, y juzgando prudente fiarlo todo al tiempo, en que la fuerza transforma al corazón y da al traste con las más firmes resoluciones:

—Gentil Guido—dijo alegremente—, ¿te permitirá al menos tu dama que te diviertas con alegres mozas, y te asocies á nuestras diversiones?

—De eso—respondió messer Guido—se pre-

ocupa tanto como de los encuentros que pueda tener en la calle este perrillo que duerme al pie de mi lecho. En puridad, son estas cosas indiferentes, á condición de no someterse á ellas por ningún precio.

Messer Betto se alejó algo mortificado de tales desdenes. Guardó á su amigo vivísima simpatía, pero no le pareció oportuno rogarle con insistencia que acudiese á las fiestas y juegos que dió durante todo el invierno con maravillosa liberalidad. Sin embargo, los gentileshombres de su cortejo resentíanse mucho de la injuria que les infería el hijo del señor Cavalcante de Cavalcanti no queriendo congeniar con ellos. Empezaron burlándose de sus estudios y lecturas, diciendo que á fuerza de nutrirse con pergaminos, como los monjes y las ratas, acabaría por parecerse á unos y á otras, no viéndosele más que un hocico puntiagudo y tres grandes mechones en la barba, bajo un capuchón negro, y que hasta la misma Madonna Gemma exclamaría, contemplándole: «¡Oh Venus, patrona mía! ¡En qué estado han puesto los libros á mi hermoso San Jorge! En verdad que no es preferible tener, en lugar de la lanza, una caña para escribir.» Llamábanle contemplador de señoritas cubiertas de telarañas, y pequeño remangafaldas de la señora Filosofía. Y aún no les bastaba estas ligeras burlas. Sugerían la idea de que era demasiado sabio para ser buen

cristiano, y que se daba á las ciencias mágicas y departía con los demonios.

—Sólo se esconde convenientemente—decían— para celebrar asamblea con diablos y diablasas y obtener oro á cambio de impudicias repugnantes.

En fin, acusábanle de haber caído en aquella cábala de Epicuro, que poco antes había seducido en Nápoles á un emperador y á un papa en Roma, y que amenazaba con transformar á los pueblos de la cristiandad en una piara de cerdos indiferentes á Dios y al alma inmortal. «Habrá adelantado bastante—concluían—cuando á fuerza de estudiar, ya no crea ni en la Santísima Trinidad.» Este rumor que iban difundiendo era el más peligroso de todos y podía acarrear alguna desgracia á messer Guido.

Messer Guido Cavalcanti sabía perfectamente que se burlaban de su adhesión á las cosas eternas. Por esta razón huía de los vivos y buscaba á los muertos.

Por aquel tiempo estaba la iglesia de San Juan rodeada de tumbas romanas. Messer Guido acudía frecuentemente á ellas, al *Avemaria*, y meditaba largo rato en el silencio de la noche. Creía, según el decir de las crónicas, que este hermoso San Juan había sido un templo pagano antes que iglesia cristiana, y esta creencia era grata á su alma, enamorada de los misterios antiguos. Encantábase sobre todo la presencia de estas tumbas, sobre

las que no se había trazado el signo de la cruz; pero que ostentaban inscripciones latinas y ornaban figuras de hombres y dioses. Eran grandes cubos de mármol y en los lados de estos cubos reconocíanse banquetes, escenas de caza, la muerte de Adonis, el combate de los Lapitas y los Centauros, la castidad de Hipólito, las amazonas. Messer Guido leía curiosamente las inscripciones é inquiría el sentido de aquellas fábulas. Una tumba le preocupaba sobre todas, pues en ella veía á dos Amores sosteniendo cada cual una antorcha, y era interesante conocer la naturaleza de ambos Amores. Pues bien, cierta noche que pensaba en ellos más obstinadamente que de costumbre, una sombra se elevó sobre la tumba, y la sombra era luminosa; diríase la luna, que se ve ó cree verse al través de una nube. Pero á poco adoptó la forma de una bella virgen, y habló con voz más dulce que el canto de las cañas agitadas por el viento:

—Yo, la que duermo en esta tumba—dijo—, me llamo Julia Læta. Perdí la luz durante el festín de mis nupcias, á la edad de diez y seis años, tres meses y nueve días. Desde entonces, ¿soy ó no soy? Lo ignoro. No interrogues á los muertos, extranjero, porque nada ven, y una densa noche los envuelve. Dicese que quienes conocieron las alegrías crueles de Venus van errantes por un tupido bosque de mirtos. Yo, que he muerto virgen,

yo duermo un sueño sin ensueños. Dos Amores han esculpido sobre mi piedra tumbal. Uno ofrece á los humanos la luz del día; otro, la extingue por siempre en sus tiernos ojos. Idénticos rostro y sonrisa tienen ambos, porque el nacer y el morir son dos hermanos gemelos, y todo es alegría en los dioses inmortales. He dicho.

La voz enmudeció como el murmullo de las hojas cuando cesa el viento. La clara sombra se desvaneció á las primeras luces del alba que blanqueaban las colinas; las tumbas de San Juan se tornaron silenciosas y pálidas en el aire matutino. Y messer Guido pensó:

—La verdad que presentía se me ha revelado. ¿No está escrito en los libros de que se sirven los sacerdotes: «Los muertos no te loarán, Señor?» Los muertos carecen de conocimiento, y el divino Epicuro fué sabio libertando á los vivos de los vanos terrores de la vida futura.

Un tropel de caballeros que á la sazón pasaba por la plaza interrumpió bruscamente la paz de sus meditaciones. Eran messer Betto Brueleschi y sus amigos que iban á cazar grullas en el río de Peretola.

—¡Eh!—prorrumpió uno de ellos, que se llamaba Bocca—. Mirad á messer Guido el filósofo que nos desprecia por nuestra honradez, por nuestra gentileza y por nuestra vida alegre. Tiene aire de cansancio.

—No le falta razón—replicó messer Doro, que pasaba por alambicado—. Su dama la luna, á la que besa tiernamente durante la noche, se ha marchado á dormir allende las colinas con algún pastor. Y el pobre se muere de celos. ¡Ved qué amarillo está!

Acercaron los caballos á las tumbas y formaron círculo en torno de messer Guido.

—Amigo Doro—replicó messer Bocca—, la señora luna es demasiado redonda y clara para tan negro galán. Si deseáis conocer á sus damas, aquí las tenéis. El viene á buscarlas en sus lechos, donde corre menos riesgo de ser picado por las pulgas que por los escorpiones.

—¡Fi, fi!... ¡El miserable necrómano!—dijo persignándose messer Giordano—. ¡Mirad á dónde conduce el saber! Se reniega de Dios y se fornicaba en los cementerios paganos.

Apoyado en el muro de la iglesia, messer Guido dejaba hablar á los caballeros. Cuando consideró que habían vaciado todas las tonterías de sus cerebros ligeros:

—Señores caballeros—les dijo sonriendo—, estáis en vuestra casa. Soy vuestro huésped y la cortesía me obliga á recibir las ofensas sin replicar.

Dijo, y brincando sobre las tumbas, se retiró tranquilamente. Los otros se miraron estupefactos. Luego rompieron á reír é hincaron las es-

puelas á sus caballos. Mientras galopaban por el camino de Peretola, messer Bocca dijo á messer Betto:

—No dudaréis ya de que este Guido se ha vuelto loco. Nos ha dicho en el cementerio que estábamos en nuestra casa. Y para hablar de tal guisa es necesario haber perdido la razón.

—La verdad es—respondió messer Betto—que no me explico lo que haya querido decirnos al hablar así. Pero él tiene costumbre de expresarse obscuramente, por medio de sutiles parábolas. Acaba de echarnos un hueso que sería necesario partir para dar con el meollo.

—¡Vive Dios!—exclamó messer Giordano—. Yo ofrezco á mi perro ese hueso y al pagano que nos lo ha dado.

Poco después llegaron al arroyo de Peretola, de donde se ve á las grullas elevarse en bandadas al comienzo del día. Durante la caza, que fué abundante, messer Betto Bruneleschi no cesó de recordar las palabras de Guido. Y á fuerza de pensar en ellas, penetró su sentido. Con grandes voces llamó á messer Bocca:

—¡Messer Bocca, venid acá! Ya adivino lo que messer Guido intentaba decirnos. Nos ha dicho que estábamos en nuestra casa, un cementerio, porque los ignorantes son semejantes á los muertos, quienes según la doctrina epicúrea, carecen de conocimiento.

Messer Bocca respondió encogiéndose de hombros, que era capaz como nadie de gastar un buen talego, esgrimir un puñal contra sus enemigos y reducir á una doncella, y que éstos eran bastantes conocimientos para un hombre de su linaje.

Messer Guido Cavalcanti aún continuó durante algunos años estudiando la ciencia del amor. Sus pensamientos fuélos sintetizando en *canzones*, que no á todos es lícito comprender, y con ellas hizo un libro, que circuló triunfalmente entre aplausos y laureles. Luego, como las más puras almas no se ven libres de pasiones, y como la vida nos arrastra á unos tras otros en su corriente sinuosa y revuelta, ocurrió que al declinar de su juventud, messer Guido fué seducido por las grandezas de la carne y por los poderes de este mundo. Con ambicioso designio se unió á la hija del señor Farinata degli Uberti, aquel que antaño tiñó el Arbia con sangre florentina. Con la ardiente fiereza de su alma lanzóse en las luchas de los ciudadanos. Por damas tomó á la señora Mandetta y á la señora Giovanna, que representaban á los albigenses una y á los gibelinos otra. Era el tiempo en que messer Dante Alighieri era orador de las artes y de la libertad. La ciudad se compartía en dos campos enemigos, el de los blancos y el de los negros. Un día en que los principales ciudadanos estaban reunidos en la

plaza de Fressabaldi, los blancos de un lado, los negros de otro, para asistir á las exequias de una noble dama, los doctores y los caballeros se instalaron, según costumbre, en los bancos elevados, y ante ellos tomaron asiento los jóvenes, sobre esteras de junco. Habiéndose levantado uno de aquéllos para ajustarse la capa, los que se encontraban en frente creyeron que los amenazaba. Alzándose inmediatamente pusieron mano á la espada. Todo el mundo desenvainó, y á los deudos de la muerta les costó gran trabajo separar á los adversarios.

Florenia ya no fué desde entonces una ciudad alegre con el trabajo de sus artesanos, sino un bosque poblado de lobos que se devoraban entre sí. Messer Guido participó de estos furores. Volvióse sombrío, inquieto y agresivo. Diariamente cambiaba estocadas con los negros en las mismas calles de Florenia, donde antaño meditó sobre la naturaleza del alma. Tras haber sentido más de una vez en su carne el puñal de los asesinos, fué desterrado con su facción y confinado en la ciudad apestada de Sarzana. Seis meses languideció de fiebre y de rabia. Y cuando los blancos fueron llamados, volvió moribundo á su patria.

En el año 1300, el tercer día siguiente á la Asunción de la Bienaventurada Virgen María, tuvo la fuerza de arrastrarse hasta su hermoso San Juan. Transido de fatiga y dolor se acostó sobre

la tumba de Julia Lœta, que en otra ocasión le había revelado los misterios ignorados de los profanos. Era la hora en que las campanas repican en el aire tembloroso sus adioses al sol. Messer Betto Bruneschi, que volvía de su casa de campo, pasó por la plaza y vió entre las tumbas dos ojos encendidos de gerifalte en un rostro descarnado, y, reconociendo á su amigo de la juventud, se sintió sobrecogido de sorpresa y piedad.

Acercándose á él, le abrazó como en los días pasados, y le dijo entre suspiros:

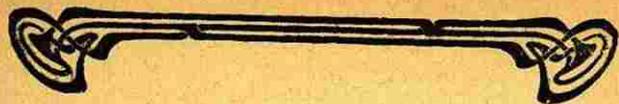
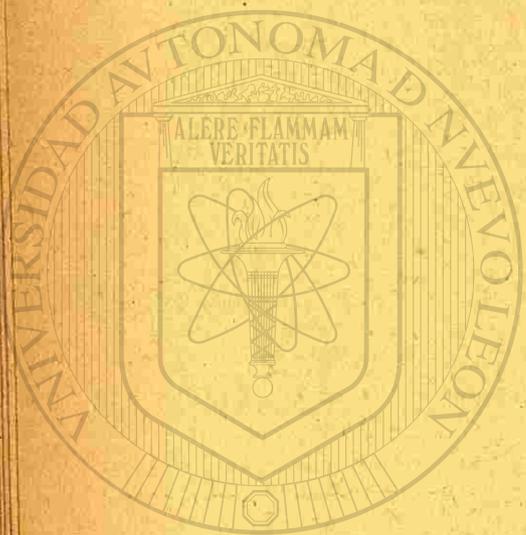
—¡Guido mío, Guido mío! ¿Qué fuego te ha consumido? Primero abrasaste tu vida en la ciencia, y luego en los negocios públicos. Te ruego que amortigües un poco de ardor en tu alma: amigo, cuidémonos un poco, y, como dice Ricardo el herrero, encendamos un fuego que dure sin abrasar.

Pero Guido Cavalcanti se llevó la mano á los labios.

—¡Chist, chist! No hables, amigo Betto. Espero á mi dama, la que va á consolarme de tantos vanos amores como en este mundo me han traicionado y yo he traicionado. Igualmente vano y cruel es el pensar y el obrar. Lo sé. El mal no consiste en vivir, pues veo que te encuentras bien, amigo Betto, y que otros muchos no se encuentran peor. El mal no consiste en vivir, sino en saber que se vive. El mal consiste en conocer

y en querer. Felizmente hay un remedio. No hablemos más; espero á la dama que nunca me ha engañado, pues nunca dudé de que fuese dulce y fiel, y he conocido por la meditación cuánto el dormir en su seno es tranquilo y seguro. Se han contado muchas fábulas sobre su lecho y sus mansiones. Pero yo jamás he creído las patrañas de los ignorantes. Tal viene ella á mí como la amiga al amigo, la frente coronada de flores, los labios risueños.

Dijo; enmudeció, y cayó muerto sobre la tumba antigua. Su cuerpo fué inhumado sin grandes honores en el claustro de Santa María-Novella.



A Luis Ganderax.

III

LUCIFER

*E si compiacque tanto Spinello di farlo orribile e contrafatto, che si dice (tanto può alcuna fiata l'immaginazione) che la detta figura da lui dipinta gli apparve in sogno, domandandolo dove egli l'avesse veduta si bruta...
(Vite de' più eccellenti pittori, da M. Giorgio Vassari.—Vita di Spinello.)*

El Tafi, pintor y mosaísta florentino, tenía gran miedo á los diablos, singularmente á esas horas de la noche en que es permitido á las potestades del mal imperar en las tinieblas. Y los temores del Tafi no eran infundados, pues los demonios tenían entonces motivos para odiar á los pintores, que les arrancaban más almas con un solo cuadro que cualquier buen frailecito en treinta sermones. En efecto; para inspirar á los fieles un temor saludable, el fraile les describía lo mejor posible el día de la cólera, que ha de reducir á polvo los siglos, según los testimonios de David y de la Sibila. Y para imitar la trompeta del ángel, ahue-

caba la voz y soplabla en sus manos, formando bocina para imitar la trompeta del ángel. Pero todo esto se lo llevaba el viento. Mientras que una pintura colgada en el muro de cualquier capilla ó claustro representando á Jesucristo sentado para juzgar á los vivos y á los muertos, hablaba sin cesar á la vista de los pecadores y corregía por los ojos á los que habían pecado por los ojos ó de otra manera. Era el tiempo en que algunos hábiles maestros representaban en la Santa-Croce de Florencia y en el Camposanto de Pisa los misterios de la justicia divina. Estas obras estaban trazadas, según el relato en rima que Dante Alighieri, hombre sapientísimo en Teología y Derecho canónico, hizo de su viaje al Infierno, al Purgatorio y al Paraíso, donde por los méritos extraordinarios de su dama pudo penetrar en vida. Todo, pues, en estas pinturas era instructivo y verdadero, y puede afirmarse que se obtiene menos provecho leyendo una extensa crónica, que contemplando tales cuadros. Y los maestros florentinos se complacían en pintar á la sombra de los bosques de naranjos, sobre la hierba esmaltada de flores, damas y caballeros á quienes la muerte acechaba con su guadaña, mientras que ellos platicaban de amor al son de laúdes y violas. Nada era tan adecuado para convertir á estos pecadores carnales, que bebían el olvido de Dios en los labios de las mujeres. Para escar-

miento de avaros, el pintor representaba al natural á los demonios, derramando oro derretido en la boca del obispo ó de la abadesa que le había encargado algún trabajo y pagádoselo mal. Por esto los demonios eran entonces enemigos de los pintores, y especialmente de los pintores florentinos, que superaban á los demás por la sutileza del espíritu. Recriminábanles, sobre todo, que los representasen en forma horrorosa, con cabezas de pájaro ó pez, cuerpos de serpiente y alas de murciélago. Su rencor quedará manifiesto en la historia de Spinello.

Spinello Spinelli, de Arezzo, procedía de una noble familia de florentinos desterrados. La gentileza de su ingenio igualaba á la de su nacimiento, pues fué el más hábil pintor de su tiempo. En Florencia ejecutó grandes trabajos. Los pisanos, á la muerte de Giotto, le suplicaron que ornamentase los muros de aquel santo claustro en que los muertos reposaban bajo rosas florecidas en tierra transportada de Jerusalén. Pues bien; habiendo trabajado mucho tiempo por las ciudades y ganado bastante dinero, quiso tornar á ver la buena ciudad de Arezzo, su madre. Los aretinos no habían olvidado que Spinello, inscrito durante su juventud en la cofradía de Santa María de la Misericordia, había visitado á los enfermos y enterrado á los muertos mientras duró la peste de 1383. También le estaban agradecidos de haber difun-

dido con sus obras la gloria de Arezzo en toda Toscana. Por esta razón le recibieron con grandes honores. Pletórico de fuerzas en su edad madura, se encargó de ejecutar grandes trabajos para la ciudad. Su mujer le decía:

—Eres rico. Descansa, y deja que los jóvenes trabajen en tu lugar. El reposar es prudente cuando declinan los años. Conviene rematar la vida en una calma dulce y piadosa. Es tentar á Dios erigir sin tregua obras profanas como nuevas Babels. Spinello, si te obstinas en tus ingredientes y colores, perderás la paz del espíritu.

Así habló esta buena mujer. Pero no la escuchó. El sólo pensaba en acrecentar sus bienes y su renombre. Lejos de tomar reposo, ajustó con los mayordomos de Sant'Agnolo una historia de San Miguel, que debía cubrir el coro de la iglesia y contener un sinnúmero de personajes. Con maravilloso ardor se lanzó en esta empresa. Releyendo los pasajes de la Escritura en que debía de inspirarse, estudiaba profundamente cada línea y cada palabra. No satisfecho con dibujar todo el día en su estudio, trabajaba también en el lecho y en la mesa. Y por la tarde, mientras paseaba al pie de la colina donde está erigida Arezzo, orgullosa de sus murallas y de sus torres, seguía meditando. Y puede afirmarse que la historia entera del Arcángel estaba pintada en su

cerebro cuando empezó á esbozar los motivos principales, al lápiz rojo, sobre el revoco de la pared. Poco tiempo necesitó para trazar los contornos; luego se puso á pintar sobre el altar mayor la escena que había de ofrecer más esplendor que las otras. Pues era necesario glorificar en ella al jefe de las milicias celestiales por la victoria que obtuvo antes del comienzo de los tiempos. Spinello representó, pues, á San Miguel combatiendo en los aires á la serpiente de siete cabezas y diez cuernos, y tuvo el capricho de pintar en la parte inferior del cuadro al príncipe de los demonios, Lucifer, con la apariencia de un monstruo espantoso. Las figuras brotaban espontáneamente bajo su mano. Y llegó más allá de lo que esperaba: el rostro de Lucifer era tan horrible, que nadie podía sustraerse á la fuerza de su fealdad. Este rostro persiguió al pintor por la calle y le acompañó hasta su casa.

Llegada la noche, Spinello se acostó en su lecho, al lado de su esposa, y durmió. Durante el sueño vió á un ángel tan hermoso como San Miguel, pero negro. Este ángel le dijo:

—Spinello, soy Lucifer. ¿Dónde me has visto para pintarme como lo has hecho, con aspecto tan ignominioso?

El viejo pintor le respondió temblando que nunca le había visto con sus propios ojos, no habiendo ido vivo al infierno como Dante Alighieri;

pero que al representarle cual lo hizo quería significar con rasgos sensibles la fealdad del pecado.

Lucifer se encogió de hombros, y hubiérase dicho que la colina entera de San Geminiano se conmovió súbitamente.

—Spinello—dijo—; ¿quieres hacerme el obsequio de discutir un poco conmigo? Yo soy bastante buen lógico, y Aquel á quien rezas lo sabe perfectamente.

No obteniendo contestación, Lucifer prosiguió en estos términos:

—Spinello; has leído los libros que me dan á conocer. Sabes mi aventura y cómo salí del cielo para convertirme en el príncipe del mundo. Ilustre empresa, que sería única si los gigantes no hubiesen atacado de igual suerte á Júpiter, como has tenido ocasión de ver, Spinello, en una tumba antigua, donde esa guerra está esculpida en mármol.

—Es cierto—dijo Spinello—; he visto esa tumba en forma de cubo en Santa Reparata de Florencia. Es un hermoso trabajo de los romanos.

—Y, sin embargo—replicó Lucifer sonriendo—, los gigantes no están representados en esa obra al modo de ranas ni camaleones.

—Tampoco—dijo el pintor—habían atacado al verdadero Dios, sino á un ídolo de los paganos. Esto es muy de tenerse en cuenta. El hecho cierto, Lucifer, es que habéis tremolado el estandar-

te de la rebeldía contra el Rey verdadero de cielo y tierra.

—No lo niego—respondió Lucifer—. ¿De cuántas clases de pecados me cargas por ese delito?

—Se os puede cargar muy bien con siete—respondió el pintor—y todos capitales.

—¡Siete!—dijo el Angel de las Tinieblas—. El número es teológico. Todo va por siete en mi historia, que está estrechamente relacionada con la del Otro. Spinello, tú me tienes por orgulloso, colérico y envidioso. Yo consiento en serlo, á condición de que reconozcas que sólo la gloria me causa envidia. ¿Me tienes por avaro? También lo tolero. La avaricia es una virtud en los príncipes. Cuanto á la gula y á la lujuria, si de ellas me tachas, no por eso me ofenderé. Queda la pereza.

Al pronunciar esta palabra, Lucifer cruzó los brazos sobre su coraza, y sacudiendo la cabeza sombría, agitó su cabellera inflamada.

—Spinello, ¿crees sinceramente que soy perezoso? ¿Me crees muelle, Spinello? ¿Juzgas que en mi rebelión me faltó valor? No. Era, pues, justo que me pintases con los rasgos de un audaz, con enérgico semblante. No se debe hacer agravio á nadie, ni siquiera al diablo. ¿No ves que ofendes Al que rezas cuando le das por adversario á un sapo monstruoso? Spinello, eres demasiado ignorante para tus años. Tentaciones sienten de darte

un buen tirón de orejas como á cualquier mal escolar.

Al oír esta amenaza, y viendo ya el brazo de Lucifer extendido hacia él, Spinello se llevó la mano á la cabeza y empezó á dar alaridos de espanto.

Su buena mujer despertó sobresaltada, y le preguntó qué le sucedía. Castañeteando los dientes, le respondió que acababa de ver á Lucifer y que había temblado por sus orejas.

—Ya te había dicho yo—le respondió la buena persona—que todas esas figuras que te obtenabas en pintar sobre los muros acabarían por volverte loco.

—No estoy loco—dijo el pintor—. Le he visto, y por cierto que es hermoso, aunque triste y hosco. Mañana borraré la figura horrible que he pintado, y pondré en su lugar la que he visto soñando. Pues conviene no hacer agravio ni siquiera al diablo.

—Procura dormir—replicó la mujer—. Hablas de un modo insensato y poco cristiano.

Spinello intentó levantarse; pero faltándole las fuerzas, recayó sobre la almohada sin conocimiento. Durante algunos días languideció, víctima de la fiebre, y luego murió.



A Mademoiselle Maria Finaly.

IV

LOS PANES NEGROS

*Tu tibi divitias stolidissime congeris amplas.
Negasque micam pauperi.
Advenit ecce dies qua saevis ignibus ardens
Rogabis aquae guttulam.
(Navis stultiferae 1507, fº xix.)*

En aquella época Nicolás Nerli era banquero en la noble ciudad de Florencia. Cuando sonaba la tercia estaba sentado ante su pupitre, y cuando sonaba la nona, aún seguía sentado, trazando durante todo el día cifras en sus tabletas. Prestaba dinero al Emperador y al Papa. Y si no prestaba al diablo, es porque temía hacer malos negocios con el llamado maligno, que abunda en picardías. Nicolás Nerli era audaz y desconfiado. Había adquirido grandes riquezas y despojado á mucha gente. Vivía en un palacio donde la luz que Dios creó sólo entraba por estrechas ventanas; y esto era prudencia, pues la morada del

un buen tirón de orejas como á cualquier mal escolar.

Al oír esta amenaza, y viendo ya el brazo de Lucifer extendido hacia él, Spinello se llevó la mano á la cabeza y empezó á dar alaridos de espanto.

Su buena mujer despertó sobresaltada, y le preguntó qué le sucedía. Castañeteando los dientes, le respondió que acababa de ver á Lucifer y que había temblado por sus orejas.

—Ya te había dicho yo—le respondió la buena persona—que todas esas figuras que te obtenabas en pintar sobre los muros acabarían por volverte loco.

—No estoy loco—dijo el pintor—. Le he visto, y por cierto que es hermoso, aunque triste y hosco. Mañana borraré la figura horrible que he pintado, y pondré en su lugar la que he visto soñando. Pues conviene no hacer agravio ni siquiera al diablo.

—Procura dormir—replicó la mujer—. Hablas de un modo insensato y poco cristiano.

Spinello intentó levantarse; pero faltándole las fuerzas, recayó sobre la almohada sin conocimiento. Durante algunos días languideció, víctima de la fiebre, y luego murió.



A Mademoiselle Maria Finaly.

IV

LOS PANES NEGROS

*Tu tibi divitias stolidissime congeris amplas.
Negasque micam pauperi.
Advenit ecce dies qua saevius ignibus ardens
Rogabis aquae guttulam.*

(Navis stultifera 1507, f.º xix.)

En aquella época Nicolás Nerli era banquero en la noble ciudad de Florencia. Cuando sonaba la tercia estaba sentado ante su pupitre, y cuando sonaba la nona, aún seguía sentado, trazando durante todo el día cifras en sus tabletas. Prestaba dinero al Emperador y al Papa. Y si no prestaba al diablo, es porque temía hacer malos negocios con el llamado maligno, que abunda en picardías. Nicolás Nerli era audaz y desconfiado. Había adquirido grandes riquezas y despojado á mucha gente. Vivía en un palacio donde la luz que Dios creó sólo entraba por estrechas ventanas; y esto era prudencia, pues la morada del

rico debe de ser como una ciudadela, y los que poseen grandes bienes hacen bien en defender por la fuerza lo que ganaron por el engaño.

Pues bien; el palacio de Nicolás Nerli estaba provisto de cerrojos y cadenas. En el interior, los muros estaban pintados por hábiles obreros, que habían representado á las Virtudes bajo la apariencia de mujeres, á los patriarcas, á los profetas y á los reyes de Israel. Los tapices tendidos en las habitaciones ofrecían á los ojos las historias de Alejandro y de Tristán, tales como se cuentan en las novelas. Nicolás Nerli hacía resplandecer su riqueza en la ciudad por medio de fundaciones piadosas. Había erigido extramuros un hospital, cuyo friso, esculpido y pintado, representaba las acciones más honrosas de su vida. En reconocimiento de las cantidades que había ofrecido para terminar las obras de Santa María-Novella, su retrato destacaba en el coro de esta iglesia. En él se le veía arrodillado, cruzando las manos al pie de la Santísima Virgen. Y se le reconocía por su gorra de lana roja, por su rostro envuelto en grasa amarilla, por sus ojillos vivaces. Su buena esposa, Mona Bismantova, de aire honesto y triste, tal que nadie podría decir haber recibido de ella alguna merced, estaba al otro lado de la Virgen, en la humilde actitud de quien ora. Este hombre era uno de los primeros ciudadanos de la República: como nunca había hablado

mal de las leyes, y no se preocupaba absolutamente de los pobres ni de los que las autoridades del día condenaban á multa ó á destierro, nada había disminuído en la opinión de los magistrados la estima que ante sus ojos había adquirido por su gran riqueza.

Al volver á su palacio una noche de invierno, más tarde que de costumbre, fué rodeado en el dintel de la puerta por una turba de mendigos medio desnudos, que le tendían la mano.

Los rechazó con duras frases. Pero el hambre los hacía huraños y atrevidos como lobos. Formando círculo á su alrededor, pedíanle pan con voz ronca y plañidera. Ya se inclinaba para coger piedras y arrojarlas á la turba, cuando vió á un criado que traía en la cabeza un cesto de panes negros, destinados á los mozos de la cuadra, de la cocina y de los jardines.

Haciendo un signo para que se le acercase el criado, metió las manos en el cesto y arrojó puñados de panes á los miserables. Luego entró en su casa, se acostó y durmió. Durante el sueño fué atacado de apoplejía, y murió tan súbitamente, que aún se creía en su lecho, cuando vió en un lugar «mudo de luz» á San Miguel, iluminado con un resplandor que brotaba de su cuerpo.

El Arcángel, con las balanzas en la mano, cargaba los platillos. Reconociendo en el lado más pesado las joyas de las viudas que conservaba en

calidad de préstamo, la muchedumbre de escudos que indebidamente había retenido, y ciertas monedas de oro muy hermosas que él solo poseía, logradas por usura ó por fraude, Nicolás Nerli advirtió que era su propia vida lo que San Miguel pesaba en este momento ante sus ojos. Inmediatamente se volvió atento y meticulado:

—Messer San Miguel—dijo—, si en un lado ponéis todas las ganancias de mi vida, hacedme el favor (si os parece bien) de colocar en el otro las hermosas fundaciones con que he traducido magníficamente mi piedad. No olvidéis ni la cúpula de Santa María Novella, para la que he contribuído con más de un tercio, ni mi hospital extramuros que he construído sólo con mis dineros.

—No tengáis cuidado, Nicolás Nerli—respondió el Arcángel—. No olvidaré nada.

Y con sus manos gloriosas puso en el platillo más ligero la cúpula de Santa María y el hospital con su friso esculpido y pintado. Pero el platillo no descendía.

El banquero concibió viva inquietud.

—Messer San Miguel—replicó—, buscad bien todavía. Aún no habéis puesto en este lado de la balanza ni la pila del agua bendita de San Juan, ni el púlpito de San Andrés, donde está representado al natural el bautismo de Nuestro Señor Jesucristo. Es una obra que me ha costado muy cara.

El Arcángel puso la pila y el púlpito encima del hospital y la cúpula, pero el platillo no descendió. Nicolás Nerli comenzó á sentir su frente inundada de frío sudor.

—Messer Arcángel—preguntó—, ¿estáis seguro de que vuestras balanzas están justas?

San Miguel respondió sonriendo que, para no parecerse en nada al modelo de balanzas usado por los lombardos de París y los cambistas de Venecia, ni siquiera carecían de fiel.

—¡Pues cómo—suspiró Nicolás Nerli, sin color—cómo esa cúpula, ese púlpito, ese cubo, ese hospital con todos sus lechos no pesan más que una arista de paja ó una pluma de pájaro!

—Ya lo estáis viendo, Nicolás—dijo el Arcángel—; hasta aquí el peso de vuestras iniquidades supera en mucho á la carga ligera de vuestras buenas obras.

—Entonces voy á ir al infierno—dijo el florentino.

Y sus dientes entrechocaron de espanto.

—¡Paciencia, Nicolás Nerli!—replicó el pesador celeste—. ¡Paciencia, que aún no hemos concluído! Queda esto.

Y el bienaventurado Miguel tomó los panes negros que el rico había arrojado durante la víspera á los pobres. Los colocó en el platillo de las buenas acciones, que descendió en seguida, mientras que el otro ascendía, y los dos platillos que

daron al fiel. El balancín no se inclinaba á derecha ni á izquierda y la aguja marcaba el fiel perfecto entre ambos pesos.

El banquero no daba crédito á sus propios ojos.

El glorioso Arcángel le dijo:

—Ya lo ves, Nicolás Nerli; no vales para el cielo ni para el infierno. ¡Anda, vuelve á Florencia! Multiplica los panes que diste con tu propia mano, de noche, sin que nadie te viera, y serás salvo. Pues no basta con que el cielo se abra ante el ladrón que se arrepintió y la prostituta que lloró. La misericordia de Dios es infinita: salvará hasta un rico. Sé tú ese. Multiplica los panes, cuyo peso puedes apreciar en mis balanzas. Vete.

Nicolás Nerli despertó en su lecho, y resolvió seguir el consejo del Arcángel y multiplicar el pan de los pobres para entrar en el reino de los cielos.

Durante los tres años que pasó en la tierra después de su primera muerte, fué piadoso con los desgraciados y gran limosnero.



A Eugenio Muniz.

V

EL ALEGRE BUFFALMACCO

Buonamico di Cristofano detto Buffalmacco pittore Fiorentino, il qual fu discepolo d' Andrea Tafi, e come uomo burlesco celebrato da Messer Giovanni Boccaccio nel suo Decamerone, fu come si sa carissimo compagno di Bruno e di Calendrino pittori ancor essi faceti e piacevoli, e come si può vedere nell'opere sue sparse per tutta Toscana, di assai buon giudizio nell'arte sua del dipingere.

(Vite de' più eccellenti pittori, da M. Giorgio Vasari.—Vita di Buonamico Buffalmacco.)

I

LAS CUCARACHAS

Durante su primera juventud, Buonamico Cristofani, florentino, apodado Buffalmacco por su alegre humor, hizo su aprendizaje en el estudio de Andrea Tafi, pintor y mosaísta. Pues bien, el Tafi era un hábil maestro. Habiendo ido á Venecia cuando Apolonio revestía de mosaicos los muros de San Marcos, sorprendió con astucia al-

daron al fiel. El balancín no se inclinaba á derecha ni á izquierda y la aguja marcaba el fiel perfecto entre ambos pesos.

El banquero no daba crédito á sus propios ojos.

El glorioso Arcángel le dijo:

—Ya lo ves, Nicolás Nerli; no vales para el cielo ni para el infierno. ¡Anda, vuelve á Florencia! Multiplica los panes que diste con tu propia mano, de noche, sin que nadie te viera, y serás salvo. Pues no basta con que el cielo se abra ante el ladrón que se arrepintió y la prostituta que lloró. La misericordia de Dios es infinita: salvará hasta un rico. Sé tú ese. Multiplica los panes, cuyo peso puedes apreciar en mis balanzas. Vete.

Nicolás Nerli despertó en su lecho, y resolvió seguir el consejo del Arcángel y multiplicar el pan de los pobres para entrar en el reino de los cielos.

Durante los tres años que pasó en la tierra después de su primera muerte, fué piadoso con los desgraciados y gran limosnero.



A Eugenio Muñiz.

V

EL ALEGRE BUFFALMACCO

Buonamico di Cristofano detto Buffalmacco pittore Fiorentino, il qual fu discepolo d' Andrea Tafi, e come uomo burlesco celebrato da Messer Giovanni Boccaccio nel suo Decamerone, fu come si sa carissimo compagno di Bruno e di Calendrino pittori ancor essi faceti e piacevoli, e come si può vedere nell'opere sue sparse per tutta Toscana, di assai buon giudizio nell'arte sua del dipingere.

(Vite de' più eccellenti pittori, da M. Giorgio Vasari.—Vita di Buonamico Buffalmacco.)

I

LAS CUCARACHAS

Durante su primera juventud, Buonamico Cristofani, florentino, apodado Buffalmacco por su alegre humor, hizo su aprendizaje en el estudio de Andrea Tafi, pintor y mosaísta. Pues bien, el Tafi era un hábil maestro. Habiendo ido á Venecia cuando Apolonio revestía de mosaicos los muros de San Marcos, sorprendió con astucia al-

gunos secretos que los griegos guardaban celosamente. De vuelta á su ciudad, se hizo tan famoso en el arte de componer cuadros mediante el ensamblaje de una infinidad de pedacitos de vidrio diversamente coloreados, que no podía satisfacer todas las demandas que se le hacían de este linaje de trabajos, y todo el día, desde mañitines hasta vísperas, estaba ocupado en alguna iglesia, sobre un andamio, representando á Cristo muerto ó á Cristo en su gloria, á los patriarcas, á los profetas, ó la historia de Job ó la de Noé. Y como estaba igualmente interesado en pintar frescos con colores molidos, á la manera de los griegos, que era entonces la única conocida, jamás descansaba ni dejaba descansar á sus aprendices. Tenía costumbre de decirles:

—Los que como yo poseen hermosos secretos y sobresalen en su arte, deben de tener constantemente ocupado su espíritu y su brazo en los trabajos que ejecutan, para ganar mucho dinero y dejar perdurable memoria. Y si yo no me escatimo ningún afán, viejo y quebrantado como estoy, vosotros debéis de trabajar en mi servicio con todas vuestras fuerzas, que son nuevas, plenas é integras.

Y para que sus colores, sus pastas de vidrio y demás materias estuviesen preparadas desde primera hora, hacía que sus jóvenes aprendices se levantasen á media noche. Nada era tan penoso

como esto para Buffalmacco, que tenía costumbre de cenar abundantemente, y se complacía en correr las calles á la hora en que todos los gatos son negros. Acostábase tarde y dormía á pierna suelta, pues, sobre todo, tenía la conciencia tranquila. Así, cuando la voz agria del Tafi le despertaba en el primer sueño, volvíase del otro lado y se hacía el sordo. Pero el maestro no cesaba de llamarle. Forzado de la necesidad, entraba en el cuarto del aprendiz, le quitaba la ropa y echaba un jarro de agua por la cabeza del durmiente.

Rechinando los dientes y á medio vestir, Buffalmacco se marchaba á moler los colores al estudio negro y frío, y mientras molía y renegaba, iba pensando la manera de evitar en lo porvenir desgracia tan cruel. Durante mucho tiempo buscó sin encontrar nada de útil ni bueno; pero su ingenio no era estéril: una mañana muy temprano sintió germinar cierta idea provechosa.

Para ponerla en práctica esperó Buffalmacco que el maestro se marchase. Cuando vino el día, el Tafi, según costumbre, se metió en el bolsillo un frasco de vino de Chianti y los tres huevos duros que constituían su ordinario almuerzo, y, habiendo advertido á los discípulos que tuviesen mucho cuidado en fundir el vidrio, según las reglas, se fué á trabajar en la iglesia de San Juan, que es maravillosamente bella y construída por un admirable artífice á la manera antigua. Allí

disponía los mosaicos representando Angeles, Arcángeles, Querubines, Serafines, Potestades, Tronos y Dominaciones; las principales obras de Dios, desde la creación de la luz hasta el diluvio; la historia de José y de sus doce hermanos; la historia de Jesucristo, desde el momento en que fué concebido en el vientre de su madre hasta su ascensión al cielo, y, en fin, la vida de San Juan Bautista. Como ponía gran cuidado al incrustar las masillas de vidrio en el cemento y en ensamblarlas artísticamente, esperaba de esta gran obra y de esta multitud de figuras, provecho y gloria. Pues bien, tan pronto como el maestro hubo salido, Buffalmacco se dió prisa en preparar la treta que había concebido. Bajó á la cueva que, comunicando con la de un panadero, estaba llena de cucarachas atraídas por el olor de los sacos de harina. Es bien sabido que cucarachas y escarabajos pululan en las panaderías, posadas y molinos. Son éstos, bichos aplastados y malolientes que arrastran con torpeza sobre largas patas peludas su caparazón (1) amarillenta.

En tiempo de las guerras que ensangrentaron el Arbia y abonaron los olivos con sangre de gentileshombres, estos repugnantes animales tenían dos nombres en Toscana: Los florentinos

(1) Mejor fuera decir sus élitros. Caparazón es un término impropio, demasiado impropio. Trátase aquí de la eucaracha oriental difundida por Europa entera.

llamábanlos sieneses, y los sieneses los llamaban florentinos (1).

El buen Buffalmacco sonrió viéndolos avanzar como los minúsculos escudos de un tropel de caballeros enanos en una justa encantada.

—¡Oh! ¡oh! —exclamó—. Estos son unos tristes trasnochadores. No aman á la primavera y Júpiter les ha castigado por su apatía. Les ha condenado á rampar en la sombra, bajo el peso de sus alas inútiles, enseñando de este modo á los hombres que deben gozar de la vida en la estación de los amores.

Así soliloqueaba Buffalmacco, pues, como el resto de los humanos, se inclinaba á encontrar en la Naturaleza el símbolo de sus pasiones y de sus sentimientos, que consistían en beber, divertirse con hembras de bien y dormir su contento en una cama, caliente en invierno y fría en estío.

Pero como no había bajado á la cueva para meditar sobre divisas y emblemas, satisfizo en seguida sus deseos. Recogió hasta dos docenas de cucarachas, sin hacer distinción de edad ni sexo, y las echó en un saco que apostó trajo. Luego escondió el saco bajo su cama y entró en el taller donde sus compañeros Bruno y Calandrino pintaban, observando el dibujo del maestro, al buen

(1) En Rusia se les llama prusianos. En Prusia, rusos. En Francia, gazmoños (*cafards*).

San Francisco recibiendo las llagas, al mismo tiempo que discurrían sobre el modo de aquietar los celos de Memmi, el zapatero, cuya mujer era hermosa y complaciente.

Buffalmacco, que no era menos hábil que sus dos camaradas, subió á la escalera y se puso á pintar las alas del crucifijo seráfico que descendía del cielo para imprimir al Bienaventurado las cinco amorosas llagas. Puso gran cuidado en matizar el celeste plumaje con las más delicadas tintas del arco iris. Este trabajo le llevó todo el día, y cuando el viejo Tafi volvió de San Juan, se vió obligado á felicitar á su discípulo. Algún esfuerzo hubo de hacer, pues la edad y las riquezas le habían tornado hosco y desdenoso.

—Hijos míos—dijo á sus aprendices—, estas alas están coloreadas con verdadero primor. Y Buffalmacco llegaría muy lejos en el arte de la pintura, si á ella se aplicase con más ahinco. Pero es un perdido que nada más piensa en el libertinaje, y sólo pueden realizarse grandes empresas con un trabajo obstinado. Y Calandrino, aquí presente, llegaría á ser por su aplicación maestro de todos vosotros, si no fuese un imbécil.

De esta suerte enseñaba el Tafi á sus discípulos, con justa severidad. Habiendo hablado con toda franqueza, fuése á la cocina para cenar un pescadillo salado; luego subió á su cuarto, metióse en el lecho y no tardó en roncar. Entre tanto,

Buffalmacco dió su acostumbrada vuelta por la ciudad en busca del vino barato y de las muchachas más baratas todavía. Luego volvió á su casa media hora antes del momento en que el Tafi tenía costumbre de despertar. Cogió el saco que había escondido bajo la cama y sacando las cucarachas una á una, con ayuda de agujas cortas y finas fueles clavando candelillas de cera. A medida que iba encendiendo las candelas, dejábalas en el cuarto. Estos bichos son demasiado estúpidos para sentir el dolor, ó al menos para admirarse. Empezaron, pues, á moverse por el piso, con un paso que la sorpresa y un vago estupor hacía algo más rápido que de costumbre. En seguida empezaron á describir círculos, no porque esta figura sea perfecta, como dice Platón, sino por efecto del instinto que obliga á los insectos á girar en redondo para escapar á cualquier peligro desconocido. Buffalmacco observaba desde su lecho las evoluciones de las cucarachas, y celebraba su treta. Y en verdad que nada era tan maravilloso como estos fuegos imitando en pequeño la armonía de las esferas, tal como la han representado Aristóteles y sus comentaristas. No se veía á las cucarachas, sino á las luces que sustentaban y que parecían luces vivientes. En el momento de formar estas luces en la obscuridad del cuarto más ciclos y epiciclos que Ptolomeo y los árabes observaron siguiendo la marcha de los

planetas, la voz del Tafi se elevó agriada por la flema y por la cólera:

—¡Buffalmacco! ¡Buffalmacco!—gritó el buen hombre, tosiendo y esputando—. ¡Levántate, Buffalmacco! ¡Arriba, mala persona! Antes de una hora será día claro. Es necesario que las pulgas de tu cama sean Venus para que tardes tanto en dejarlas ¡Arriba, haragán! Si no te levantas corriendo, voy ahí y te arranco de los pelos y de las orejas.

Así es como el maestro llamaba cada noche á su discípulo, movido del gran interés que sentía por la pintura y el mosaico. No obteniendo contestación, se puso sus bragas sin perder tiempo en alargarlas más arriba de las rodillas, y se dirigió tropezando y cayendo al cuarto del aprendiz. Es lo que deseaba el buen Buffalmacco. Al ruido que promovían en la escalera los pasos del viejo maestro, el aprendiz convirtió la nariz hacia la pared y simuló dormir profundamente. Y el Tafi gritaba desde arriba:

—¡Muy bien, muy bien, señor dormilón! Ya sabré yo sacarle de su sueño, así esté ensoñando á toda prisa que las once mil Vírgenes se han metido en el lecho para rogarle que las eduque.

Diciendo esto, el Tafi empujó rudamente la puerta del cuarto.

Pero al ver los fuegos que circulaban por todo el suelo, se quedó inmóvil en el rellano de la es-

calera y todos sus miembros empezaron á temblar.

—No hay duda, son los diablos, pensó. Son diablos y espíritus malignos. Marchan con cierta noción de las matemáticas, en las cuales tengo entendido que son grandes autoridades. Los demonios tienen tendencia á odiar á los pintores, que los representan bajo formas horribles, al contrario de los ángeles, que los pintamos en la gloria, aureolados, abiertas sus alas resplandecientes. Este infeliz muchacho está rodeado de diablos, y yo cuento mil por lo menos alrededor de su camastró. Sin duda ha espantado al mismo Lucifer, del que hizo algún horroroso retrato. Es demasiado probable que estos diez mil diablillos salten sobre él y se lo lleven vivo al infierno. Tal es, indudablemente, el fin que le espera. ¡Ay! también yo he representado, en mosaicos ó de otra manera, á los diablos bajo villanas apariencias, y es muy posible que pretendan cargar conmigo.

Este pensamiento redobló su miedo y, levantándose las bragas, no osó afrontar á los cien mil duendes que había visto circulando con cuerpos de fuego, y descendió la escalera con toda la prisa de sus viejas piernas. Buffalmacco rió bajo sus ropas. Esta vez durmió hasta llegar el día, y desde entonces ya no osó el maestro en ir á despertarle.

II

LA ASCENSIÓN DEL TAFI

Andrea Tafi, florentino, que había sido escogido para decorar con mosaicos la cúpula de San Juan, estaba consumando á la perfección esta gran obra. Todas las figuras estaban tratadas á la manera griega, en la que fué instruído el Tafi durante su residencia en Venecia, donde había visto á algunos obreros ocupados en decorar los muros de San Marcos. Él mismo había llevado de esta ciudad á Florencia un griego llamado Apolonio, que poseía excelentes secretos para pintar con piedras. Este Apolonio era un hombre muy hábil y un espíritu muy sutil. Conocía las medidas que había de darse á las varias partes del cuerpo humano y los materiales que era necesario emplear para componer el mejor cemento.

Temiendo que el griego aportase su saber y destreza á cualquier otro pintor de la ciudad, Andrea Tafi no le abandonaba de día ni de noche.

Todas las mañanas le llevaba á San Juan, y le acompañaba todas las noches hasta su casa, frente á San Miguel, haciéndole acostarse á la vez que sus aprendices, Bruno y Buffalmacco, en un cuarto solo separado por un tabique del cuarto donde él mismo dormía. Y como faltaba medio pie para que el tabique llegase hasta las vigas del techo, oíase en cada pieza lo que en la otra se decía.

Pues bien; el Tafi era hombre piadoso y de buenas costumbres. No se parecía en nada á esos pintores que, al salir de las iglesias donde han representado á Dios creando el mundo y á Jesús en brazos de su bienaventurada Madre, van á las casas de escándalo para jugar á los dados, sonar la trompa, beber vino y acariciar á las muchachas. Tafi se había contentado siempre con su buena mujer, por más de que el Creador no la hubiera hecho ni adornado con todas aquellas cosas necesarias para alegrar grandemente á los hombres. Era una persona muy seca y áspera. Y luego que Dios la hubo sacado de este mundo para recibirla en su seno, según su misericordia, Andrea Tafi no escogió otra mujer para esposa ni para nada. Observó, pues la continencia que convenía á su mucha edad, le escatimó desgastes y cuidados, y halagó al Señor que recompensa en el otro mundo las privaciones que se sufren en éste. Andrea Tafi era casto, sobrio y de buenos propósitos.

Recitaba exactamente sus oraciones, y, acosta-

do en el lecho, no se dormía jamás sin haber invocado á la Santa Virgen, de la manera siguiente:

—Virgen Santa, madre de Dios, que por vuestros méritos habéis sido transportada viva al cielo, tendedme vuestra mano llena de gracias, para elevarme hasta el santo paraíso donde estáis sentada en silla de oro.

El Tafi no barboteaba esta invocación entre los pocos dientes que le quedaban. La pronunciaba con voz bien fuerte y distinta, creyendo, según el común decir, que el tono hace á la canción, y que es preciso gritar para ser escuchado. Y lo cierto es, que la oración del maestro Andrea Tafi era oída todas las noches del griego Apolonio y de los dos jóvenes florentinos, que se acostaban en la pieza próxima. Pues bien; se dió el caso de que Apolonio era de humor chistoso, semejante en esto á Bruno y á Buffalmacco. Los tres sentían fuertes comezones de hacerle una picardía al maestro, que aparentaba ser hombre justo y temeroso de Dios; pero que en el fondo era avaro y duro. Por esta razón aconteció una noche que, habiendo oído al pobre hombre dirigir su habitual oración á la Santa Virgen, los tres compañeros empezaron á reir bajo las cubiertas de la cama y á mofarse grandemente. Y, cuando le oyeron roncar, preguntáronse en voz baja qué burla podrían hacerle. Conociendo el gran miedo que el viejo sentía por el diablo, Apolonio propuso ir vestidos

de rojo, cornudos y enmascarados, á sacarle del lecho, tirándole de los pies. Pero el buen Buffalmacco le habló como sigue:

—Tengamos cuidado de preveniros mañana con una cuerda y una polea, y os prometo para la noche inmediata una agradable diversión.

Apolonio y Bruno estaban intrigados por saber de qué servirían la garrucha y la cuerda; pero Buffalmacco no quiso decirles nada. No obstante, prometieron procurarle lo que deseaba; pues sabían que era el ingenio más travieso del mundo y el más fértil en alegres invenciones, por lo cual le llamaban Buffalmacco. Y, en verdad, ideaba tales disparates, que de ellos se han hecho luego cuentos.

No teniendo ya motivo que les mantuviese en vela, los tres amigos se durmieron bajo la luna, que mirando por la claraboya, volvía la fina punta de sus cuernos hacia el lado del viejo Tafi. El sueño no les abandonó hasta el amanecer, cuando el maestro golpeó rudamente con el puño en el tabique y gritó, tosiendo y esputando, como era su costumbre:

—¡Arriba, maestro Apolonio! ¡Arriba los dos aprendices! Ya es de día. ¡Febo ha soplado en la hoguera celeste! ¡De prisa! El tiempo es corto y el trabajo largo.

En seguida amenazaba á Bruno y Buffalmacco de ir á despertarlos con un jarro de agua fría. Y les decía burlescamente:

—Me parece que os gusta mucho la cama. ¿Se ha metido en ella la dama de Barbanique, cuando tanto sentís el dejarla?

Luego se puso sus bragas y su viejo jubón. Al salir del cuarto se encontró en el rellano á los compañeros completamente vestidos y cargados con los menesteres del oficio.

En el hermoso San Juan, sobre el andamio que se elevaba hasta la cornisa, se trabajó aquella mañana con toda el alma. Desde hacía ocho días, el maestro se esforzaba en significar á los ojos, según las reglas del arte, el bautismo de Jesucristo. Había empezado poniendo peces en las aguas del Jordán. Apolonio preparaba el cemento con betún y paja picada, pronunciando palabras de él sólo sabidas; Bruno y Buffalmacco escogían las piedras que convenía emplear y el Tafi las colocaba conforme al modelo trazado en una pizarra que tenía delante. Pero, cuando el maestro más ocupado estaba en esta obra, los tres compañeros descendieron listamente de la escalera y salieron de la iglesia. Bruno fué extramuros, á casa de Calandrino, en busca de una polea que servía para subir el trigo al granero. Apolonio se marchó á Ripoli, á casa de la vieja esposa de un juez, á la que había ofrecido un filtro para atraer enamorados, y como le hiciese creer que el cáñamo era necesario para componer el filtro, ella cogió la cuerda del pozo y se la entregó.

Los dos amigos se dirigieron en seguida á casa del Tafi, donde encontraron á Buffalmacco, que se dispuso en seguida á fijar sólidamente la polea en la viga maestra del techo, por encima del tabique que separaba ambos cuartos, el del maestro y el de los aprendices. Luego, habiendo pasado por la polea la cuerda del pozo, dejó colgar un cabo en su cuarto, y fué al del Tafi para atar la cama por las cuatro esquinas. Tuvo buen cuidado de esconder la cuerda entre las ropas, de modo que no pudiera sospecharse nada. Cuando esto estuvo hecho, los tres compañeros regresaron á San Juan.

El maestro, que en el ardor del trabajo apenas había notado su ausencia, les dijo gozoso:

—Reparad en que estos peces brillan de diversos colores, y particularmente de oro, de púrpura y de azul, cual conviene á la raza de los monstruos que pueblan el Océano y los ríos, y cuyo brillo es tan maravilloso porque fueron sumergidos los primeros en el imperio de la diosa Venus, según dice la fábula.

El maestro discurría en esta materia lleno de gentileza y de buena doctrina; pues era hombre de saber é ingenio, aunque de humor negro y asperísimo, sobre todo cuando su pensamiento se ejercitaba en cuestiones de lucro. Y seguía diciendo:

—¿No es un arte hermoso y digno de alaban-

zas el del pintor, con el cual se adquieren riquezas en este mundo y la felicidad en el otro? Porque es muy cierto que Nuestro Señor Jesucristo recibirá con reconocimiento en su santo paraíso á los obreros que, como yo, hiciesen su verdadero retrato.

Y el Tafi se congratulaba de ejecutar esta gran obra en mosaicos, de la que aún pueden verse hoy algunos restos. Y cuando la noche vino á borrar en la iglesia formas y colores, abandonó con sentimiento el río Jordán y tomó el camino de su casa. Cenó en la cocina dos tomates y un poco de queso, subió á su cuarto y desnudándose sin luz se metió en la cama.

Apenas acostado, dirigió á la Virgen su oración habitual:

—¡Virgen santa, madre de Dios, que por vuestros méritos habéis sido transportada viva al cielo, tendedme vuestras manos llenas de gracias, á fin de elevarme hasta el santo paraíso!

Es el momento que estaban esperando en el cuarto próximo los tres compañeros.

Cogiendo el cáñamo que colgaba de la polea á lo largo del tabique, apenas hubo el pobre hombre rematado su oración, cuando á un signo de Buffalmacco tiraron de la cuerda tan vigorosamente, que el lecho empezó á elevarse. El maestro Andrea, sintiéndose izado sin saber por qué medio, se le metió en la cabeza que la Santa Vir-

gen había escuchado su ruego y le llamaba al cielo. Su miedo fué tanto, que empezó á exclamar con voz temblorosa:

—¡Quieta, quieta, Señora! Yo no he pedido que fuese tan pronto.

Y como el lecho seguía subiendo á consecuencia de la cuerda que se deslizaba por la garrucha, el viejo suplicó lamentablemente á la Virgen María:

—¡Buena señora, no tiréis así! ¡Por Dios! ¡Dejadme, dejadme! ¡Yo os lo suplico!

Pero ella no parecía oírle. Por lo cual se enfadó mucho, y gritó:

—Es necesario que estéis sorda ó que tengáis la cabeza de madera. ¡Dejadme pronto, *Sporca Madonna!*...

Viendo que le faltaba poco para tocar en el techo, aumentó su espanto, y dirigiéndose á Jesús, le rogó que hiciese entrar en razón á su Santa Madre. Hacía tiempo—le dijo—que había renunciado á esta desdichada ascensión. Pecador é hijo de pecadores, no podía subir al cielo antes de tener perfectamente rematados el Jordán, sus olas y peces, y la historia de Nuestro Señor. Entretanto, el cielo de la cama casi tocaba ya en las vigas del techo. Y el Tafi gritaba:

—Jesús, si dejáis suelta á vuestra Santa Madre un momento más, la techumbre de esta casa, que me ha costado muy cara, se romperá indudable-

mente. Pues bien veo que me va á hacer pasar al través. ¡Quieta! ¡Quieta! Ya oigo crujir las tejas.

Buffalmacco advirtió en esta sazón que la voz del maestro se ahogaba en su garganta, y ordenó á sus compañeros que soltasen la cuerda. Así lo hicieron ellos, siendo esto causa de que el lecho, precipitado desde arriba, se abismase en el suelo con gran estrépito, rotas las patas, deshechos los tableros: del golpe se troncharon las columnas, y el cielo con las cortinas y armazones cayó sobre el maestro Andrea que, sintiéndose ahogar, aullaba como un diablo. Y el alma, admirada de tan rudo golpe, dudaba de si había caído en su cuarto ó precipitándose en el infierno.

Como despertados por el ruido, acudieron en su ayuda los tres aprendices. Viendo las ruinas del lecho entre nubes de espeso polvo, fingieron sorpresa, y, en vez de socorrer al maestro, preguntábanle si era el diablo quien había causado aquel desastre. Pero él suspiraba:

—¡No puedo más! ¡Sacadme de aquí! ¡Me muerol!

Quitaron por fin los restos bajo los cuales estaba á punto de rendir el alma, y le encontraron adosado al muro. Bufó, tosió, escupió, y dijo:

—Hijos míos, sin la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, que me ha repelido á la tierra con fuerza tan extraordinaria, que sus efectos bien los estáis viendo, yo estaría á estas horas en el cir-

culo del cielo llamado cristalino y primer móvil. Su Santa Madre no quería hacer caso. En mi caída he perdido tres dientes que, sin estar completamente integros, aún me prestaban buenos servicios. También siento un dolor insoportable en el costado derecho y en el brazo que sostiene los pinceles.

—Maestro—dijo Apolonio—, sin duda tenéis alguna herida interior muy maligna. Durante las sediciones de Constantinopla he observado que las heridas interiores son más funestas que las de afuera. Pero no temáis nada: voy á encantar las vuestras con palabras mágicas.

—¡Guardaos de hacer tal cosa!—respondió el viejo—Sería pecar. Pero acercáos los tres, y hacedme el obsequio, si os parece bien, de frotarme el cuerpo en los sitios donde más me duele.

Ellos le obedecieron, y no le soltaron hasta dejarle bien sobados espalda y lomos.

Los buenos muchachos sembraron inmediatamente la historia por la ciudad. De suerte que, al día siguiente, no había hombre, mujer, ni chiquillo en Florencia que viendo al maestro Andrea Tafi no riese en sus propias narices. Pues bien, una mañana en que Buffamalcco pasaba por el Corso, messer Guido, el hijo del señor Cavalcanti, que iba á cazar grullas, detuvo su caballo, y llamando al aprendiz le arrojó su bolsa, diciendo:

—Ahí tienes, gentil Buffalmacco, para beber á la salud de Epicuro y de sus discípulos.

Conviene saber que messer Guido pertenecía á la secta de los epicúreos y que se esforzaba en acopiar argumentos contra la existencia de Dios. Solía decir que la muerte de los hombres era semejante á la de los animales.

—Buffalmacco—añadió el joven señor—, si te he dado esa bolsa es para recompensarte del bellísimo experimento, amplio y provechoso, que has hecho enviando hacia el cielo al viejo Tafi, el cual, viendo á su esqueleto tomar el camino del empero, comenzó á gritar, como un cerdo que se degüella. De donde infero que no estaba muy seguro de gozar las prometidas alegrías celestiales, que son un poco inciertas. Como las nodrizas cuentan cuentos á los niños, así se han inventado discursos tocante á la inmortalidad de los mortales. El vulgo cree creer en esos discursos, pero en puridad no los cree. Los golpes de la realidad ahuyenta las mentiras de los poetas. Sólo hay de cierto esta triste vida. Horacio Flaco participa de este sentimiento cuando dice: *Serus in cælum*.

III

EL MAESTRO

Habiendo aprendido el arte de preparar y emplear las substancias y los colores, así como el secreto de pintar figuras á la manera de Cimabué y de Giotto, el joven Buonamico Cristofani, florentino, por otro nombre Buffalmacco, abandonó el estudio de su maestro Andrea Tafi y fué á establecerse en el barrio de los bataneros, cabe la casa de Cabeza de Ganso. Pues bien, así como las damas rivalizaban en ostentar vestidos bordados de flores, así en aquel tiempo las ciudades de Italia cifraban su orgullo en llenar de pinturas sus claustros é iglesias. Florencia se mostraba liberal y magnífica entre todas las ciudades, y un pintor podía vivir perfectamente en ella. Buffalmacco sabía dar á sus figuras movimiento y expresión; y, aunque fuese muy inferior al divino Giotto por la belleza del dibujo, gustaba por la riente abundancia de sus inven-

—Ahí tienes, gentil Buffalmacco, para beber á la salud de Epicuro y de sus discípulos.

Conviene saber que messer Guido pertenecía á la secta de los epicúreos y que se esforzaba en acopiar argumentos contra la existencia de Dios. Solía decir que la muerte de los hombres era semejante á la de los animales.

—Buffalmacco—añadió el joven señor—, si te he dado esa bolsa es para recompensarte del bellísimo experimento, amplio y provechoso, que has hecho enviando hacia el cielo al viejo Tafi, el cual, viendo á su esqueleto tomar el camino del empero, comenzó á gritar, como un cerdo que se degüella. De donde infero que no estaba muy seguro de gozar las prometidas alegrías celestiales, que son un poco inciertas. Como las nodrizas cuentan cuentos á los niños, así se han inventado discursos tocante á la inmortalidad de los mortales. El vulgo cree creer en esos discursos, pero en puridad no los cree. Los golpes de la realidad ahuyenta las mentiras de los poetas. Sólo hay de cierto esta triste vida. Horacio Flaco participa de este sentimiento cuando dice: *Serus in cælum.*

III

EL MAESTRO

Habiendo aprendido el arte de preparar y emplear las substancias y los colores, así como el secreto de pintar figuras á la manera de Cimabué y de Giotto, el joven Buonamico Cristofani, florentino, por otro nombre Buffalmacco, abandonó el estudio de su maestro Andrea Tafi y fué á establecerse en el barrio de los bataneros, cabe la casa de Cabeza de Ganso. Pues bien, así como las damas rivalizaban en ostentar vestidos bordados de flores, así en aquel tiempo las ciudades de Italia cifraban su orgullo en llenar de pinturas sus claustros é iglesias. Florencia se mostraba liberal y magnífica entre todas las ciudades, y un pintor podía vivir perfectamente en ella. Buffalmacco sabía dar á sus figuras movimiento y expresión; y, aunque fuese muy inferior al divino Giotto por la belleza del dibujo, gustaba por la riente abundancia de sus inven-

ciones. Así pudo recibir muy luego gran número de encargos. De él solo dependía adquirir presuntamente gloria y riquezas. Pero su principal cuidado lo ponía en divertirse con Bruno de Giovanni y con Nello y en despilfarrar orgiásticamente con ellos el dinero que ganaba.

Ahora bien; la abadesa de las damas de Faenza, establecidas en Florencia, resolvió por entonces exornar con frescos la iglesia del monasterio. Habiendo sabido que en el barrio de los bataneros y cardadores vivía un hábil pintor, llamado Buffalmacco, le envió á su mayordomo para tratar con él respecto á estas pinturas. Una vez aceptado el precio que se le ofreció, el maestro se dispuso á trabajar. Hizo que construyesen un andamio en la iglesia y empezó á pintar con maravilloso vigor la historia de Jesucristo. Primero representó, á la diestra del altar, la degollación de los Santos Inocentes, y logró exteriorizar tan al vivo el dolor y la ira de las madres esforzándose inútilmente en arrancar sus pequeñuelos á los verdugos, que los muros parecían cantar como los fieles en el oficio: «*Cur, crudelis Herodes?*...» Atraídas por la curiosidad, venían las monjas, dos ó tres juntas, para ver trabajar al maestro. Ante aquellas madres desoladas y aquellos niños sacrificados, no podían contener los gritos y los lloros. Buffalmacco había pintado á un mamoncillo envuelto en sus mantillas, que sonreía chupando su

pulgar entre las piernas de un soldado. Las monjas demandaron gracia para él.

—¡Preservadlo!—decíanle al pintor—. ¡Tened cuidado que no le vea ninguno de esos hombres y lo mate!

El buen Buffalmacco respondía:

—Por amor vuestro, queridas hermanas, lo defenderé con todas mis fuerzas. Pero estos verdugos están poseídos de tal furor, que será difícil contenerlos.

Cuando le decían: «¡Este pequeñín es muy precioso!...», él prometía hacer á cada una otro más precioso todavía.

—Muchísimas gracias—contestaban riendo.

La abadesa también vino para persuadirse con sus propios ojos de que la obra iba bien. Era una dama de gran abolengo, llamada Usimbaldá. Era severa, altiva, celosa. Viendo á un hombre que trabajaba sin capa ni caperuza, llevando como los artesanos únicamente camisa y bragas, tomóle por algún aprendiz y no se dignó dirigirle la palabra. Cinco ó seis veces volvió á la capilla, encontrando sólo al que ella se figuraba que nada más serviría para moler los colores. Al fin le comunicó su disgusto:

—Hijo mío—le dijo—, suplicad de mi parte al maestro que venga á trabajar él mismo en las pinturas que le he encargado. Deseo que estén hechas por su mano y no por un aprendiz.

Lejos de darse á conocer, Buffalmacco adoptó el aire y tono de un pobre obrero, y respondió á la señora Usimbalda que, en efecto, él no podía inspirar confianza á tan noble dama, y que tenía el deber de obedecerla. Y añadió:

—Trasladaré vuestras palabras á mi maestro, y no dejaré de ponerse á las órdenes de la señora abadesa.

Con esta promesa se retiró la señora Usimbalda. Cuando Buffalmacco se vió solo dispuso dos escabeles sobre el andamio, en el sitio mismo donde trabajaba, con un cántaro encima. Luego, sacando de un rincón su capa y su sombrero, que por fortuna se encontraba en buen estado, revisió al improvisado maniquí; además, colocó un pincel en el asidero del cántaro señalando hacia la pared. Hecho esto y seguro de que el muñeco tenía bastante parecido con un hombre ocupado en pintar, se alejó listamente resuelto á no mostrarse antes de que la aventura hubiese terminado.

A la siguiente mañana hicieron las monjas su acostumbrada visita á las pinturas. Pero encontrando en lugar del alegre compañero á un gentil hombre muy estirado y poco dispuesto á charlar y reír, tuvieron miedo y se alejaron con presura.

La señora Usimbalda entró á su vez en la iglesia, y al contrario, se alegró mucho de ver al maestro en lugar del aprendiz.

Hízole muchas recomendaciones, y le exhortó durante un buen cuarto de hora, para que pintase figuras castas, nobles y expresivas, sin notar que estaba hablando á un cántaro.

Su engaño aún hubiese durado buen espacio si, impaciente de no recibir ninguna respuesta, no se le ocurre dar desde abajo un tirón á la capa del maestro, haciendo caer y rodar cántaro, escabeles, sombrero y pincel. Al principio se encolerizó en alto grado. Luego, como no le faltaba perspicacia, comprendió que se le había dado á entender que no debe de juzgarse al artista por el hábito. La abadesa envió á su mayordomo en busca de Buffalmacco, y le rogó que terminase la obra iniciada.

Él se portó hábilmente. Los inteligentes admiraban con especialidad en sus frescos, á Jesús en cruz, á las tres Marías llorando, á Judas ahorcado de un árbol y á un hombre sonándose las narices. Por desgracia, estas pinturas se han destruído con la iglesia del convento de las damas de Faenza.

tubos, mezclaba los colores, batía los huevos ó retocaba con los pinceles en la pared todavía fresca, el animal no perdía ningún movimiento. Era un macaco traído de Berbería al dux de Venecia, en una galera de la República. El dux se lo regaló al obispo de Arezzo que lo agradeció á este magnífico señor, recordándole con este motivo que las naves del rey Salomón habian análogamente conducido del país de Ofir monos y pavos reales, según se dice en el tercer *Libro de los Reyes* (X. 22). Y el señor Guido (tal era el nombre del obispo) no tenía en su palacio nada más precioso que este macaco.

Libre lo dejaba errar por salas y jardines, donde el animal solía hacer alguna diablura. En ausencia del pintor, subió una mañana al andamio, cogió los tubos, mezcló los colores á capricho, estrelló todos los huevos que encontró á mano y comenzó á pasear el pincel por el muro, según habia visto hacer. Laboriosamente trabajó en el rey Melchor y en el caballo, y sólo se impuso descanso cuando hubo repintado todo con su propia mano.

Por la mañana siguiente Buffalmacco, viendo sus colores revueltos y su obra echada á perder, sintió dolor y cólera. Supuso que algún pintor aretino, celoso de su mérito, le habia jugado esta mala partida, y fué en son de queja al obispo. El señor obispo le dió prisa para que volviese á su

IV

EL PINTOR

Igualmente famoso por su espíritu travieso que por su habilidad como pintor de figuras en iglesias y claustros, Buonamico, apodado Buffalmaco, no era muy joven cuando fué llamado de Florencia á la ciudad de Arezzo por el señor obispo, que deseaba adornar con pinturas las salas del obispado. Buffalmaco se encargó del trabajo, y tan pronto como las paredes estuvieron recubiertas de estuco, empezó á pintar la adoración de los magos.

En pocos días terminó de representar al rey Melchor montado en un caballo blanco. Hubiérase dicho que estaba vivo. La gualdrapa del caballo era de escarlata y sembrada de piedras preciosas.

Pues bien; mientras él trabajaba, el macaco del señor obispo le miraba con atención, sin quitarle los ojos de encima. Si el pintor removía los

trabajo y restaurase sin demora lo que habían destruído con tanto misterio. Prometióle que, en lo sucesivo, dos soldados estarían de centinela día y noche ante los frescos, prestos á ensartar con su alabarda al que se acercara. Con esta promesa accedió Buffalmaco á reanudar su trabajo, y dos soldados entraron de facción á su lado. Apenas había salido una tarde, terminada su faena, los soldados vieron á la mona del señor obispo que saltaba ágilmente al tablado y cogía con tanta prisa tubos y pinceles, que no tuvieron tiempo de impedirlo. A grandes gritos llamaron al maestro, que reingresó á tiempo en la sala para ver al macaco repintando por segunda vez y con maravilloso ardor al rey Melchor y al caballo blanco y á la gualdrapa de escarlata.

Yendo en busca del obispo, le dijo:

—Señor obispo, bien sé que os gusta mi manera de pintar; pero á vuestro mico le gusta otra. No es necesario que me llaméis, puesto que hay un maestro en casa. Es posible que le falte experiencia. Pero ya que no tiene nada que aprender, yo sobro aquí y me vuelvo á Florencia.

Luego que así hubo dicho, el buen Buffalmacco marchó á su albergue muy despechado. Cenó sin apetito y fué á acostarse entristecido.

El mico del señor obispo se le representó durante el sueño, no en forma de semihombre como realmente era, sino alto como la montaña de San

Gemigniano, y con la punta de su cola retorcida cosquilleaba á la luna. Sentado en un bosque de olivos, entre quintas y lagares, un camino angosto pasaba bajo sus piernas, y se dilataba á lo largo de alegres viñas. Pero el camino estaba lleno de peregrinos que, marchando unos en pos de otros, desfilaban ante el pintor. Y Buffalmacco reconoció á las víctimas innumerables de sus burlas.

Primero vió al viejo maestro Andrea Tafi, del que había aprendido á granjear honor con la práctica de las artes, y á quien, en cambio, había zaherido muchas veces, haciéndole tomar por demonios del infierno candelas pegadas á un par de docenas de grandes cucarachas, é izándole en su cama hasta las vigas del techo, de tal suerte, que el hombre se creyó elevado al cielo y tuvo gran miedo.

Vió á Cabeza de Ganso, el cardador de lana, y á su mujer, tan valiente en hilar. Fué en la marmita de esta buena mujer donde Buffalmacco echaba enormes puñados de sal por una hendedura del muro, de suerte que Cabeza de Ganso escupía todos los días su bazofia y le daba una buena tunda á su esposa.

Vió á maese Simón de Villa, médico de Bolonia, reconocible por su birreta doctoral, la misma que él había tirado al estercolero que hay junto á las Damas de Rívoli. El doctor ensució su hermoso

traje de terciopelo, pero nadie se condeció, pues por desdén hacia su esposa, fea aunque cristiana, había querido yacer con la Schinchimura del padre Juan que lleva cuernos en las nalgas. El buen Buffalmacco hizo creer á maese Simón de Villa que podía conducirle de noche al aquelarre, donde él mismo, en alegre compañía, enamoraba á la reina de Francia, que le daba para repararse del trabajo, vino y especias. El doctor aceptó la invitación, confiando en recibir semejante trato. Y Buffalmacco, vistiéndose una piel de pollino y cubriéndose con una de esas máscaras cornudas que se sacan en las fiestas, se presentó á maese Simón como un diablo encargado de conducirle al aquelarre.

Cogiéndole por las espaldas y llevándole hasta la vera de un foso lleno de inmundicias, le arrojó de cabeza.

Buffalmacco vió en seguida á Calandrino, al que había persuadido de que existe en la llanura de Mugnone la piedra llamada Eliotropia, que posee la virtud de hacer invisible al que la lleva.

Le condujo á Mugnone en compañía de Bruno da Giovanni, y cuando Calandrino hubo recogido gran cantidad de piedras, Buffalmacco afectó no verlo, y exclamó: «¡Ese palurdo de Calandrino se ha marchado sin decirnos nada; pero como yo le atrape, le voy á echar esta losa en los lomos!» Y

arrojó la losa precisamente donde acababa de decir, sin que Calandrino tuviese motivo de queja, puesto que estaba invisible. Este Calandrino no tenía pizca de malicia, y Buffalmacco abusó de su simplicidad hasta el punto de hacerle creer que estaba embarazado, y con tal de verse en su prístino estado, permitió que para curarle le diese el otro dos capones.

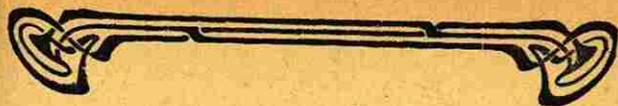
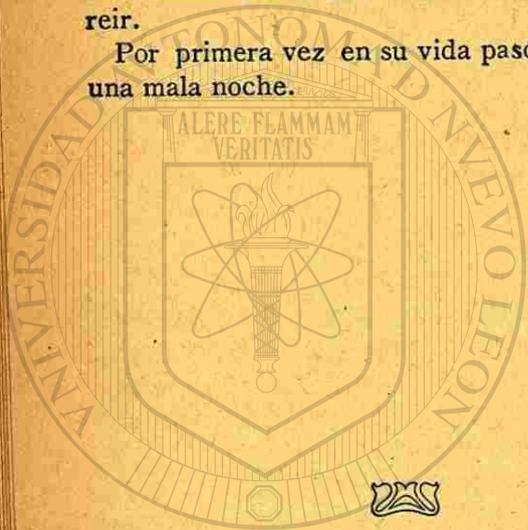
Buffalmacco vió en seguida al campesino, para el que había pintado á la Virgen Santísima con el Niño Jesús, metamorfoseado en oseño.

Y vió todavía á la abadesa de las religiosas de Faenza que le había encargado pintar los muros de la iglesia conventual, y á la que juró por su fe que era preciso poner buen vino en los colores si se deseaba que la carne de los personajes pareciese bien florida. La abadesa le dió para los santos y santas de sus cuadros el vino reservado á los obispos, y él bebió, ateniéndose al bermellón para avivar el tono de las carnes. Fué á esta misma dama abadesa, á quien hizo creer que un cántaro cubierto con una capa era un maestro pintor, según se ha dicho hace poco.

Buffalmacco vió todavía una larga fila de gente á quien había zaherido, burlado, engañado y manteado. Y tras ella seguía con su cruz, su mitra y su capa, el gran San Herculano, que había representado burlescamente en la plaza de Perugia, coronado con una herradura.

Y todos, pasando, felicitaban al mono que les había vengado, y el monstruo, abriendo una gola más honda que la puerta del infierno, rompía á reir.

Por primera vez en su vida pasó Buffalmacco una mala noche.



A Hugues Rebell.

VI

LA DAMA DE VERONA

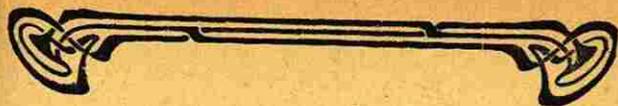
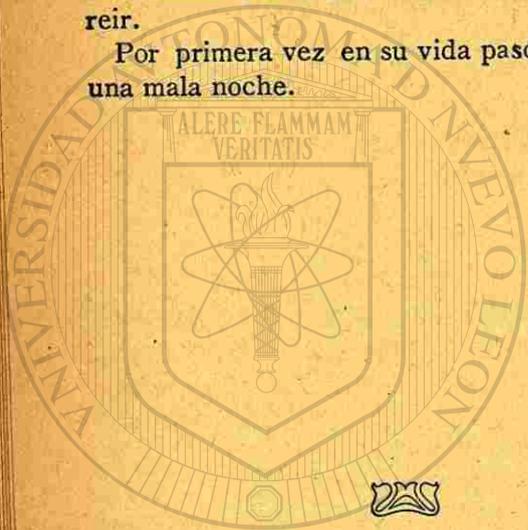
Puella autem moriens dixit: «Satana tradidit tibi corpus meum cum anima mea.» (Quadragesimale opus acclamatum Parisiis in ecclesia S^{ti} Johannis in Gravina per venerabilem patrem Sacrae scripturae interpretem eximium Ol. Maillardum. 1511.)

Esto fué encontrado por el R. P. Adonis Doni, en los archivos del convento de la Santa-Croce, en Verona.

La señora Eletta de Verona era tan maravillosamente bella y bien formada, que los clérigos de la ciudad, conocedores de la historia y de la fábula, llamaban á su señora madre Latona, Leda y Semelé, dando así á entender que su fruto había sido engendrado en ella por un dios Júpiter mejor que por algún hombre mortal, como eran el marido y los amantes de la susodicha dama. Pero los más prudentes, sobre todo fra Bautista, que

Y todos, pasando, felicitaban al mono que les había vengado, y el monstruo, abriendo una gola más honda que la puerta del infierno, rompía á reír.

Por primera vez en su vida pasó Buffalmacco una mala noche.



A Hugues Rebell.

VI

LA DAMA DE VERONA

Puella autem moriens dixit: «Satana tradidit tibi corpus meum cum anima mea.» (Quadragesimale opus acclamatum Parisiis in ecclesia S^{ti} Johannis in Gravina per venerabilem patrem Sacrae scripturae interpretem eximium Ol. Maillardum. 1511.)

Esto fué encontrado por el R. P. Adonis Doni, en los archivos del convento de la Santa-Croce, en Verona.

La señora Eletta de Verona era tan maravillosamente bella y bien formada, que los clérigos de la ciudad, conocedores de la historia y de la fábula, llamaban á su señora madre Latona, Leda y Semelé, dando así á entender que su fruto había sido engendrado en ella por un dios Júpiter mejor que por algún hombre mortal, como eran el marido y los amantes de la susodicha dama. Pero los más prudentes, sobre todo fra Bautista, que

me precedió como guardián del convento de la Santa-Croce, estimaba que tal belleza de la carne revelaba el trabajo del diablo, que es un gran artista, en el sentido que le daba Nerón, emperador de los romanos, cuando dijo al expirar: «¡Qué gran artista pierde el mundo!» Y no puede negarse que el enemigo de Dios, Satanás, hábil en trabajar los metales, sobresale también en la obra de la carne. Yo que os hablo, gran conocedor del mundo, yo he visto muchas veces campanas é imágenes de hombres forjadas por el enemigo del género humano. El artífice es admirable. Igualmente tuve noticia de niños que el diablo hizo á las mujeres; pero en este punto mi lengua está ligada por el secreto de la confesión. Me limitaré, pues, á decir que se han sembrado extrañas especies sobre el nacimiento de la señora Eletta. Vi por primera vez á esta dama en la plaza de Verona, el Viernes Santo del año 1320, cuando acababa de cumplir los catorce de edad. Luego la he visto en los paseos é iglesias que frecuentan las damas. Era semejante á una pintura hecha por un excelente artista.

Tenía rizados cabellos de oro, blanca la frente, ojos de color que sólo se ve en la piedra preciosa llamada aguamarina, las mejillas de rosa, recta y fina la nariz. La boca imitaba al arco del Amor, y hería sonriendo; la barbilla era tan risueña como la boca. Todo el cuerpo de la señora Eletta

estaba formado para excitar el deseo de los amantes. Sus senos no eran muy voluminosos; pero hinchaban el camisolín con dos plenas y dulcísimas redondeces gemelas. Tanto por mi carácter sagrado como porque sólo la he visto ataviada con sus ropas de calle, no os describiré las otras partes de su cuerpo, aunque todas anunciaban su excelencia al través de las telas que las celaban. Solamente os diré que encontrándose en la iglesia de San Zenón, no podía indicar un movimiento, sea para levantarse, sea para arrodillarse ó para inclinar la frente al suelo, como debe de hacerse en el momento de alzar el Sagrado Cuerpo de Jesucristo, sin inspirar inmediatamente en los hombres que la contemplaban un ardiente deseo de aprisionarla entre sus brazos.

Pues bien; la señora Eletta se casó hacia los quince años con messer Antonio Tortola, abogado, hombre de mucho saber, de gran reputación y rico; pero ya de edad proveya, y tan pesado y disforme, que al verle llevar sus escrituras en un gran saco de cuero, no podía distinguirse cuál saco llevaba al otro.

Era lamentable el pensar que, por virtud del sacramento del matrimonio, que se ha instituído entre los hombres para su gloria y salud eternas, la más bella dama de Verona se acostaba con un hombre tan viejo, enfermo y ruinoso. Y la gente de juicio vió con más dolor que sorpresa que,

aprovechándose de la libertad que le dejaba su marido, ocupado toda la noche en resolver dificultades tocantes á lo justo y á lo injusto, la joven esposa de messer Antonio Tortola recibía en su lecho á los más hermosos caballeros de la ciudad. Pero su contento provenía más de ella misma que de ellos. Ella se amaba y no los amaba. Jamás gozó sino de su propia carne. En sí misma llevaba su deseo, su dicha y su lisonja. Por lo cual me parece que el pecado de la carne se agravaba en ella. Pues, aunque este pecado nos separe de Dios, lo que hace concebir suficientemente su gravedad, conviene decir que los pecadores carnales son mirados en este mundo y en el otro por el Soberano Juez con menos cólera que los avaros, los traidores, los homicidas y los malvados que han traficado con las cosas santas, pues los malos deseos experimentados por los hombres sensuales, procediendo de otro no de ellos mismos, parecen ser los restos degradados del amor verdadero y de la caridad.

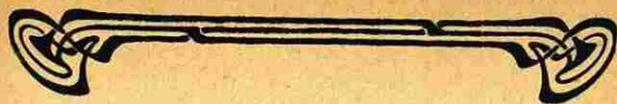
Pero nada de esto se traslucía en los adulterios de la señora Eletta, que, en todos sus amores, sólo á ella se amaba. Por esto estaba más separada de Dios que tantas otras mujeres que no resistieron á sus deseos. Pero tales deseos se cifraban en otro. Y los de la señora Eletta tenían su principio y fin en ella misma. Digo esto para que mejor se comprenda el resto de la narración.

A la edad de veinte años cayó enferma y se sintió morir. Entonces lloró por su hermoso cuerpo con profunda piedad. Ordenó que sus doncellas la adornasen con sus más ricos atavíos, y, mirándose en un espejo, se acarició con ambas manos sus pechos y caderas para gozar por última vez de sus propios encantos. Y no permitiendo que este cuerpo, de ella tan adorado, fuese comido por los gusanos en la húmeda tierra, dijo al expirar, exhalando un gran suspiro de fe y de esperanza:

—Satanás, bien amado Satanás, recibe mi alma y mi cuerpo; Satanás, mi dulce Satanás, escucha mi súplica: recibe mi cuerpo con mi alma.

Según costumbre, se la transportó á San Zenón, con el rostro descubierto; y no hay memoria de haber visto una muerta más bella. Mientras que los sacerdotes cantaban á su alrededor el oficio de difuntos, parecía pasmada en brazos de un invisible amante. Terminada la ceremonia, el féretro de la señora Eletta, cuidadosamente sellado, se depositó en tierra santa, entre las tumbas que circundaban la iglesia de San Zenón, muchas de las cuales son antiguos sarcófagos. Pero á la mañana siguiente apareció removida la tierra que se había echado sobre la muerta, y se vió el féretro abierto y vacío.





A. J. H. Rosny.

VII

LA HUMANA TRAGEDIA

Πᾶς δ' ὄδυρὸς εἶος ἀνθρώπων,
καὶκ' ἔστι πόνων ἀναπανοῖς.
ἄλλο τι τοῦ ζῆν φιλτερον, ἀλλ' ὅ
σκότος ἀμείστων κρύπτει νεφέλαις.
(Eurip. Hipp. v. 190 et seq.)

I

FRA GIOVANNI

En aquel tiempo, el que nacido de un hombre era verdadero hijo de Dios, y había adoptado por dama á la que menos aún que á la Muerte se le abre la puerta sonriendo, el pobre de Nuestro Señor Jesucristo, San Francisco, había subido al cielo. La tierra, que había perfumado con sus virtudes, guardaba su cuerpo desnudo y el germen de sus palabras. Sus hijos espirituales se multiplicaban por todos los pueblos, pues la bendición de Abraham era con ellos.

Reyes y reinas ceñían el cordón del pobre de Jesucristo. Los hombres buscaban en el olvido de sí mismos y del mundo el verdadero contento. Y, huyendo de la alegría, la encontraban.

La Orden de San Francisco se dilataba por toda la cristiandad; las casas de los pobres del Señor poblaban á Italia, á España, á las Galias y á las Alemanias. Una santísima casa se erigía en la ciudad de Viterbo. Fra Giovanni profesaba en ella la pobreza. Vivía humilde y desdeñado, y su alma era un jardín cerrado.

Por medio de la revelación adquirió el conocimiento que escapa á los hombres sabios y prudentes. Y, aunque fuera ignorante y sencillo, sabía lo que no saben los doctores del siglo.

Sabía que la preocupación de las riquezas hace á los hombres malos y miserables, y que, naciendo pobres y desnudos, serían felices si vivieran tales como nacieron.

Era pobre con alegría. Complaciase en la obediencia. Y renunciando á concebir proyectos, gustaba el pan del corazón. Pues la pesadumbre de las acciones humanas es inicua, y nosotros somos árboles que producen frutos emponzoñados. Temía el obrar, porque el esfuerzo es doloroso y vano. Temía el pensar, pues el pensamiento es malo.

Era humilde, sabiendo que el hombre no posee nada propio de que pueda gloriarse, y que la

soberbia endurece las almas. También sabía que los que sólo tienen por único bien las riquezas del espíritu, si de ellas se ufanan, bajan por esta pendiente hasta las potencias del mundo.

Y fra Giovanni superaba en humildad á todos los frailes de la casa de Viterbo. El guardián del convento, el santo hermano Silvestre, era menos bueno que él, porque el superior es menos bueno que el servidor, la madre menos inocente que el niño.

Viendo que fra Giovanni tenía costumbre de despojarse de sus hábitos para vestir con ellos á los individuos sufrientes de Jesucristo, el guardián le prohibió, en nombre de la obediencia, que diese sus ropas á los pobres. Pues bien; el día que le comunicaron esta prohibición, Giovanni fué, según costumbre, á rogar en el bosque que cubre las laderas del Cunino. Era invierno. La nieve descendía y los lobos bajaban á las aldeas.

Arrodillado al pie de una encina, fra Giovanni hablaba á Dios como un amigo á su amigo, y le suplicaba que tuviese piedad de los huérfanos, de las viudas y de los presos; piedad del dueño de la tierra, rudamente acosado por los usureros lombardos; piedad de los gamos y de las corzas de la selva, perseguidos por los cazadores; de las liebres y de los pájaros, cogidos en trampas. Y quedó sumido en éxtasis, y vió una mano en el cielo.

Cuando el sol se puso tras la montaña, se levantó el hombre de Dios y se dirigió al convento. En el camino blanco y mudo encontró á un pobre que le imploró limosna en nombre de Dios.

—¡Ay!—repuso—. Sólo llevo mi hábito, y el guardián me ha prohibido cortarlo para dar la mitad. Me es imposible compartirlo. Pero si me amáis, hijo mío, debéis robármelo entero.

Apenas dijo estas palabras, el pobre despojó al fraile de su hábito.

Y fra Giovanni se fué desnudo, bajo la nieve que caía, y entró en la ciudad. Al cruzar por la plaza, como sólo llevaba un trapo ceñido á los riñones, se le burlaron los chiquillos que jugaban y corrían. Para mortificarlo mostrábanle el puño, pasando el pulgar entre el índice y el dedo del corazón, y le arrojaban nieve mezclada con barro y piedras.

En la plaza pública había algunos leños destinados á la armazón de una casa. Entre ellos había uno atravesado sobre los otros. Dos muchachos subieron á sus extremos y empezaron á balancearse. Ambos chiquillos se habían burlado del santo y arrojádole piedras.

Fra Giovanni se les acercó y sonriendo, les dijo: —Queridos pequeñuelos, ¿me permitís que comparta vuestro juego?

Y sentándose en un extremo del leño se balanceó con los chiquillos.

Y los ciudadanos que pasaban, decían:

—En verdad, ese hombre está loco.

Cuando las campanas tocaron el *Ave María*, aún seguía meciéndose. Y ocurrió que algunos sacerdotes de Roma venidos á Viterbo para visitar á los hermanos mendicantes, que gozaban de gran renombre en el mundo, pasaron por la plaza pública. Y habiendo oído gritar á los niños: «Aquí está el hermanito Giovanni», los sacerdotes se aproximaron al fraile y le saludaron muy respetuosamente. Pero el santo hombre no les devolvió el saludo, y simulando que no los veía, prosiguió balanceándose en el móvil tronco. Y los sacerdotes se dijeron:

—Dejemos á este hombre. Ya se ve que es un estúpido.

Fra Giovanni se regocijó entonces, y su corazón se inundó de inefables delicias. Pues estas cosas las hacía por humildad y por amor de Dios. Y toda su gloria la cifraba en el oprobio, como un avaro encierra su oro en un cofre de cedro guarnecido de triple cerradura.

Por la noche llamó á la puerta del convento. Y habiéndole recibido, se mostró desnudo, ensangrentado y sucio de fango. Sonrió, y dijo:

—Un ladrón bienhechor me ha quitado el hábito y los niños me han creído digno de jugar con ellos.

Pero los hermanos se indignaron de que se hu-

biese atrevido á recorrer la ciudad en un estado tan poco decente.

—No tiene miedo—decían—de exponer á las burlas y á la vergüenza la santa Orden de San Francisco. Merece un severo castigo.

Advertido el general de que un gran escándalo desolaba á la santa Orden, reunió en capítulo á todos los hermanos y en el centro puso de rodillas á fra Giovanni. Inflamado de cólera el rostro, le reprendió con fuerte voz. Luego consultó á la asamblea sobre el castigo que convenía infligir al culpable.

Unos deseaban que se le pusiese en prisión ó que metiéndole en una caja se le colgase de la torre. Otros opinaban que debía de atársele como á un loco.

Y fra Giovanni les decía muy alegre:

—Tenéis razón, hermanos míos; merezco esos castigos y otros aún mayores. Sólo sirvo para perder vanamente todos los bienes de Dios y de mi Orden.

Y el hermano Marciano, que poseía gran severidad en sus costumbres y en sus máximas, exclamó:

—¿No comprendéis que habla como un hipócrita y que esa voz bondadosa surge de un sepulcro blanqueado?

Y fra Giovanni continuaba:

—Hermano Marciano, yo soy capaz de to-

das las infamias si Dios no viene en mi ayuda.

Entre tanto, el general meditaba sobre la singular conducta de fra Giovanni y suplicaba al Espíritu Santo para que le inspirase la sentencia que había de dictar. Y, á medida que oraba, su cólera se transformaba en admiración. Había conocido á San Francisco durante el tiempo en que este ángel, nacido de mujer, estaba de tránsito en la tierra, y el ejemplo del preferido de Jesús le había instruído en la belleza espiritual.

Por esta razón la luz se hizo en su alma y discernió en las obras de fra Giovanni una celeste insipiciencia.

—Hermanos míos—dijo—; lejos de censurar á nuestro hermano, admiremos la gracia que abundantemente recibe. Lo que ha hecho, lo ha hecho á imitación de Jesucristo, que dejaba allegársele los pequeñuelos y sufría que los verdugos le despojasen de sus ropas.

Y habló del siguiente tenor al hermano arrodillado:

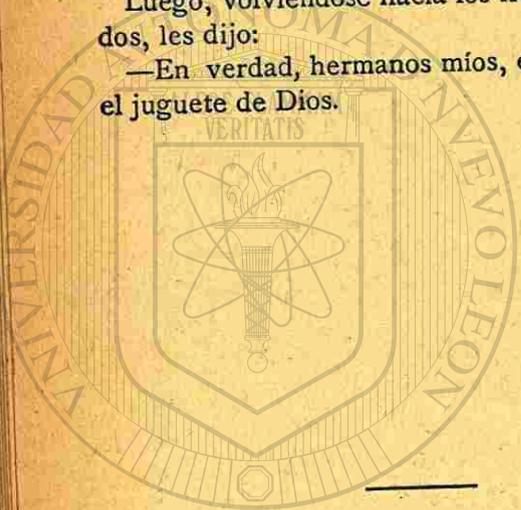
—Hermano mío; esta es la penitencia que os impongo. En nombre de la santa obediencia os ordeno que vayáis al campo, y cuando encontréis á un pobre le imploréis que os despoje del hábito. Y cuando os haya dejado desnudo, retornaréis á la ciudad para jugar con los niños en la plaza pública.

Así habló el general, y descendiendo de su

alto asiento y levantando á fra Giovanni, se arrojó ante él y le besó los pies.

Luego, volviéndose hacia los frailes congregados, les dijo:

—En verdad, hermanos míos, este hombre es el juguete de Dios.



II

LA LÁMPARA

Por aquella época fra Giovanni conoció que los bienes de este mundo procedían de Dios y que de ellos deben participar los pobres, preferidos de Jesucristo.

Los cristianos celebraban el nacimiento del Salvador, y fra Giovanni había ido á la ciudad de Asís. Esta ciudad se encuentra sobre una montaña. Y de esta montaña ha surgido el sol de la caridad.

Pues bien; la antevíspera de Navidad, fra Giovanni imploró de hinojos ante el altar donde reposa San Francisco, bajo un pilón de piedra. Y meditaba, soñando que San Francisco había nacido en un establo, como Jesús. Y, en tanto que meditaba, el sacristán vino á rogarle que vigilara la iglesia mientras él comía. Iglesia y altar estaban cargados de ornamentos preciosos. El oro y la plata superabundaban; porque los hijos de

San Francisco habían descuidado su prístina pobreza y recibían los presentes de las reinas.

Fra Giovanni respondió al sacristán:

—Hermano mío; id á comer. Yo guardaré la iglesia por el amor de Nuestro Señor.

Habló así y reanudó su meditación. Y mientras quedaba solo, sumido en el rezo, una pobre mujer entró en la iglesia pidiéndole una limosna por Dios.

—No tengo nada—respondió el santo hombre—; pero el altar está cargado de ornamentos, y voy á ver si me es posible daros alguna cosa.

Una lámpara de oro pendía sobre el altar, guarnecida de argénteas campanillas. Y considerando esta lámpara se dijo á sí mismo:

—He aquí unas campanillas que sólo sirven de vano adorno. La verdadera gala de este altar es el cuerpo de San Francisco que reposa desnudo bajo el pavimento con una piedra por cabezal.

Y sacando un cuchillo de la faltriquera, cortó las campanillas una tras otra y las entregó á la mendiga.

Cuando el sacristán hubo comido y vuelto á la iglesia, fra Giovanni, el santo de Dios, le dijo:

—Hermano mío, no os preocupéis de las campanillas que había en la lámpara. Las he dado á una pobrecita que las necesitaba.

Y fra Giovanni obró así, pues sabía por revelación que todas las cosas de este mundo, perteneciendo á Dios, pertenecen á los pobres.

Y fué censurado en la tierra por los hombres afectos á las riquezas. Pero fué grato á las miradas de la bondad divina.

Buenaventura. Había estudiado Teología en la Universidad de París. Y sobresalía en la ciencia del amor, que es la ciencia de Dios. Conocía los cuatro grados por que la criatura se eleva al Creador, y meditaba sobre el misterio de las seis alas que ostentan los querubines. Por esto se le llamaba el doctor Seráfico.

Y sabía que la ciencia es vana sin el amor. Fra Giovanni fué en su busca mientras paseaba por el jardín, sobre la terraza que domina á la ciudad.

Era domingo. Y los artesanos de la ciudad y los campesinos que trabajan en las viñas, ascendían, al pie de la terraza, por la calle montuosa que conduce á la iglesia.

Y fra Giovanni, viendo al hermano Buenaventura en el jardín, rodeado de lirios, se acercó y le dijo:

—Hermano Buenaventura, borrad de mi espíritu la duda que me atormenta, y respondedme. ¿Un ignorante puede amar á Dios con tanto amor como un sabio?

Y el hermano Buenaventura respondió:

—En verdad os lo digo, fra Giovanni; una pobrecita anciana puede igualar y superar en amor de Dios á todos los doctores en Teología. Y como la única excelencia del hombre radica en el amor, quiero repetiroslo, hermano: una mujer muy ignorante será colocada en el cielo á la diestra de los doctores.

III

EL DOCTOR SERÁFICO

Fra Giovanni no era muy docto en el conocimiento de las letras, y se alegraba de su ignorancia como de una fuente inextinguible de humillaciones.

Pero habiendo visto en el convento de Santa María de los Angeles que varios doctores en Teología meditaban sobre las perfecciones de la Santísima Trinidad y sobre los misterios de la Pasión, dudó si no le superarian en el amor de Dios, por efecto de su más elevado conocimiento.

Su alma se contristó y, por primera vez, cayó en la tristeza. Y este sentimiento era contrario á su estado. Pues la alegría es el don de los pobres.

Decidió comunicar sus inquietudes al general de la Orden para librarse de ellas como de un peso inicuo. Por entonces era Giovanni di Fidanza general de la Orden.

Había recibido de San Francisco el nombre de

Oyendo estas palabras, fra Giovanni rebotó de alegría. E inclinándose por el muro bajo del jardín, miró con amor á los viandantes. Y gritó con toda su voz:

—Mujeres pobres, sencillas é ignorantes, vosotras estaréis en el cielo muy por encima del hermano Buenaventura.

Y al oír la exclamación del buen hermano, el doctor Seráfico sonrió entre los lirios del jardín.

IV

EL PAN EN LA PIEDRA

Porque el buen San Francisco había dicho á sus hijos: «Id y mendigad vuestro pan de puerta en puerta», fra Giovanni fué enviado un día á cierta ciudad. Habiendo rebasado el castillejo, recorría las calles mendigando su pan de puerta en puerta, según la regla, por el amor de Dios.

Pero la gente de esta ciudad era más avara que los luqueses y más dura que los perusinos. Los panaderos y los curtidores que jugaban á los dados ante sus tienda rechazaron con duras palabras al pobre de Jesucristo. Y las mujeres jóvenes, que llevaban á sus pequeñuelos en brazos, le volvían la cabeza. Y como el buen hermano, que se regocijaba con el oprobio, sonriese á los desvíos y á las injurias:

—Se nos burla—decían los moradores de la ciudad—. Es un insensato, ó mejor, un haragán y un borracho. Ha bebido mucho vino. Sería pecado darle una sola miga de pan...

Y el buen hermano les respondía:

—Tenéis razón, amigos míos; no soy digno de inspiraros piedad, ni de compartir el sustento de vuestros perros y cerdos.

Los niños, que en este momento salían de la escuela, oyeron sus palabras, y persiguiendo al santo hombre, gritaban:

—¡Al loco! ¡Al loco!

Y le arrojaban lodo y piedras.

Y fra Giovanni salió al campo. La ciudad estaba erigida en la vertiente de una colina y la rodeaban viñas y olivos.

Descendió por un camino pedregoso y viendo á uno y otro lado los racimos maduros de las parras que colgaban de las ramas de los olmos, extendió la mano y bendijo las uvas. También bendijo á los olivos y á las zarzamoras y á todo el trigo que cubría la llanura. Entretanto, sentía hambre y sed; pero se complacía en su sed y en su hambre.

En el confín de un camino, vió un bosque de laureles. Era costumbre de los hermanos mendicantes el rogar en los bosques, entre los pobrecitos animales que cazan los hombres crueles. Por esta razón fra Giovanni entró en el bosque y marchó por la orilla de un riachuelo claro y cantante. Al lado del riachuelo vió una piedra llana.

Un joven de maravillosa hermosura, vestido

de blanca túnica, puso en este momento un pan en la piedra, y se alejó.

Y fra Giovanni, postrándose de hinojos, oró y dijo:

—¡Qué buenos sois, Dios mío, haciendo servir á este pobre por la mano de uno de vuestros ángeles! ¡Oh, pobreza bendita! ¡Oh, muy magnífica y rica pobreza!

Y comió el pan del ángel, y bebió el agua de la fuente. Y fué fortificado en su cuerpo y en su alma. Y una mano invisible escribió en los muros de la ciudad: «¡Desgraciados de los ricos!»

UNIVERSIDAD ANL

UNIVERSIDAD ANTONIO DE NÚÑEZ MA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

V

LA MESA BAJO LA HIGUERA

A ejemplo de San Francisco, su padre bien amado, fra Giovanni solía ir al hospital de Viterbo para curar á los leprosos. Les daba de beber y les lavaba las llagas.

Y si los enfermos blasfemaban, les decía: «¡Vosotros sois los preferidos de Jesucristo!» Y había leprosos humildes que congregaba en un cuarto, y con ellos se entretenía como una madre con sus hijos.

Pero los muros del hospital eran robustos, y el día sólo entraba por altas y estrechas ventanas. Y en este aire inficionado los leprosos apenas podían vivir. Y fra Giovanni observó que uno de ellos, llamado Lucido, hombre pacientísimo, sucumbía en aquel dañado ambiente.

Fra Giovanni amaba á Lucido, y le decía:

—Hermano, Lucido sois, y á los ojos de Dios no hay piedra más pura que nuestro corazón.

Y, notando que Lucido sufría más cruelmente

que los otros del olor pernicioso que se respiraba en el hospital, le dijo un día:

—Amigo Lucido, amada oveja del Señor: mientras que aquí se respira la peste, nosotros bebemos el perfume de los císisos en los jardines de Santa María de los Angeles. Venid conmigo á casa de los hermanitos. Allí veréis y gustaréis un hermoso cielo, y os sentiréis aliviado.

Hablando de esta suerte, cogió al leproso del brazo, cubrióle con su hábito y le condujo á Santa María de los Angeles.

Llegado ante la puerta del convento, llamó al hermano portero con alegres voces.

—Abrid—dijo—, abrid al amigo que os traigo. Llámase Lucido, y está bien llamado, porque es la perla de la paciencia.

El portero abrió la puerta. Pero cuando vió en brazos de fra Giovanni á un hombre cuyo rostro livido y como mudo estaba cubierto de costras, reconoció á un leproso. Y, todo espantado, corrió á advertir al hermano guardián. Llamábase éste guardián Andrés de Padua y hacía vida santísima. Sin embargo, cuando supo que fra Giovanni traía un leproso al convento de Santa María de los Angeles, se irritó grandemente. Dirigiéndose á él, le dijo con el rostro inflamado de cólera:

—Quedáos fuera con ese hombre. Habéis perdido el juicio, poniendo á vuestros hermanos en riesgo de sufrir el contagio.

Sin responder nada, fra Giovanni inclinó la cabeza. La alegría se borró de su rostro. Y Lucido, conociendo su pena:

—Hermano—le dijo—, siento mucho que os contristéis por mi culpa.

Y fra Giovanni besó al leproso en la mejilla.

Luego dijo al guardián:

—¿Padre, me permitiréis que viva fuera con este hombre y que compartamos mi comida?

El guardián respondió:

—Haced lo que se os antoje, puesto que os emancipáis de la santa obediencia.

Dijo, y reingresó en la casa.

Ante la puerta del convento había un banco de piedra bajo una higuera. En este banco puso fra Giovanni su escudilla. Y mientras yantaba con el leproso, el guardián abrió la puerta. Y vino á colocarse bajo la higuera diciendo:

—Fra Giovanni, perdonadme si os he ofendido. Vengo á compartir vuestra comida.

VI

LA TENTACIÓN

Satanás tomó asiento en la falda de una colina y observó la casa de los hermanos. Era negro y bello, semejante á un joven egipcio. Y pensó para sus adentros:

—Porque soy el adversario y porque soy el otro, tentaré á estos frailes y les diré lo que calla. El que es su amigo. Y afligiré á estos religiosos diciéndoles la verdad y les contristaré pronunciando cuerdos discursos. Les clavaré el pensamiento como una espada en el costado. Y cuando conozcan la verdad, serán desgraciados. Pues sólo hay alegría en la ilusión y la paz sólo existe en la ignorancia. Y porque soy el maestro de los que estudian la naturaleza de las plantas y de los animales, la virtud de las piedras, el secreto del fuego, el curso de los astros y la influencia de los planetas, los hombres me han llamado el príncipe de las tinieblas. Y me llaman el maligno porque yo construí el cordón con que Ulpiano enderezó

la ley. Y mi reino es de este mundo. Pues bien, yo tentaré á estos monjes, y les demostraré que sus obras son malas, y que el árbol de su caridad produce amargos frutos. Y les tentaré sin odio y sin amor.

Así se habló Satanás. Entre tanto, como las sombras de la noche se prolongaban al pie de las colinas y los techos de las chozas humeaban, el santo hombre Giovanni abandonó el bosque donde había ido á hacer oración y tomó por el camino de Santa María de los Angeles, murmurando:

—Mi casa es la casa de las delicias, porque es la casa de la pobreza.

Y viendo marchar á fra Giovanni, pensó Satán:

—Este es uno de los que yo tentaré.

Y cubriéndose la cabeza con su capa negra, salió por el camino de terebintos al encuentro del santo hombre.

Y se transformó en una viuda enlutada. Cuando se hubo incorporado á fra Giovanni fingió una voz melosa para demandarle limosna, diciendo:

—Dadme una limosna por amor Del que sois amigo é indigno yo de nombrar.

Y fra Giovanni respondió:

—Precisamente llevo una tacita de plata que cierto señor del país me ha dado para fundirla y emplearla en el altar de Santa María de los Angeles. Podéis tomarla, señora; mañana rogaré al

buen señor que me dé otra del mismo peso para la Santa Virgen. Así se cumplirán sus deseos y habréis recibido la limosna por amor de Dios.

Satanás recogió la taza y dijo:

—Buen hermano, permitid á una pobre viuda que bese vuestra mano. La mano que da es dulce y perfumada.

Fra Giovanni respondió:

—Señora, no me beséis la mano. Al contrario, alejáos lo antes posible. Pues se me antoja que tenéis bello rostro, aunque negro como el rey mago que lleva la mirra. Y es conveniente que yo no os vea. Pues todo es peligroso para el solitario. Así, pues, permitidme que os abandone encomendándoos á Dios. Y perdonadme si soy poco galante. Pues el buen San Francisco tenía costumbre de repetir: «La cortesía será el adorno de mis hijos como las flores adornan á las colinas.»

Pero Satanás insistió:

—Padrecito mío, enseñadme al menos una hostería donde honestamente pueda pasar la noche.

Fra Giovanni respondió:

—Id, señora, á la casa de San Damián, donde están las damas pobres de Nuestro Señor. Os recibirá Clara, limpio espejo de pureza, que es la duquesa de la Pobreza.

Y Satanás aún insistió:

—Padre, soy una mujer adúltera que me he ofrecido á muchos hombres.

Y fra Giovanni le dijo:

—Señora, si yo os creyese cargada con los pecados que decís, tendría á gran honra el pedir os permiso de besar vuestros pies, pues yo valgo menos, y vuestros crímenes son leves comparados con los míos. No obstante, se me han otorgado gracias superiores á las vuestras. Pues mientras San Francisco y sus doce discípulos estuvieron en la tierra me fué permitido vivir entre ángeles.

Y Satanás replicó:

—Padre mío, cuando os demandé la limosna en nombre de Aquel que amáis, formulé en mi corazón un mal designio. Y deseo comunicároslo. Voy mendigando por los caminos con manto de viuda para recoger cierta cantidad de dinero que destino á un hombre de Perusa que goza de mi cuerpo, y que se ha comprometido, si recibe ese dinero, en matar por sorpresa á un caballero que odio, pues habiéndome ofrecido á él me ha despreciado. Ahora bien, la suma era insuficiente. Pero el valor de vuestra taza de plata lo ha completado. Y la limosna que me habéis concedido será el precio de su sangre. Habéis vendido á la justicia. Pues el tal caballero es casto, sobrio y piadoso, y por eso mismo le aborrezco. Y sois vos quien causa su muerte. Habéis puesto una pesa de plata en la balanza del crimen.

En oyendo este discurso, lloró el buen fra Giovanni. Y desviándose á un lado, cayó de hinojos

en una zarza punzante, y rogó al Señor diciendo:

—Señor, permite que este crimen no recaiga sobre esta mujer, ni sobre mí, ni sobre ninguna de vuestras criaturas; sino que se humille ante vuestros pies agujereados por los clavos, y sea lavado con vuestra sangre preciosa. Dejad caer sobre mí y sobre mi hermana pecadora una gota de vuestro hisopo y quedaremos purificados y en blancura excederemos á la nieve.

Entre tanto, el adversario se alejó murmurando:

—No he podido tentar á este hombre por su extrema insipiencia.

VII

EL DOCTOR SUTIL

Satán volvió á sentarse en la montaña que, de cara á Viterbo, ríe bajo su corona de olivos. Y pensó:

—Yo tentaré á ese hombre.

Y formuló este propósito en su espíritu, porque había visto á fra Giovanni que, ceñido con un cordel y llevando un saco á la espalda, cruzaba la pradera camino de la población para mendigar su pan, según la regla.

Y Satanás se transfiguró en un santo obispo y descendió á la pradera. Una mitra resplandeciente llevaba en la cabeza, y las piedras de esta mitra despedían verdaderas llamas. Su capa estaba cubierta de figuras bordadas y de estampaciones tales, que ningún artista del mundo las hubiese hecho idénticas.

En ellas estaba representado él mismo, con seda y oro, bajo la apariencia de un San Jorge y de un San Sebastián, y también bajo la forma de la vir-

gen Catalina y de la emperatriz Elena. La hermosura de estos rostros difundía turbación y tristeza. Y la capa era de un maravilloso artífice. Nada tan rico puede encontrarse en el tesoro de las iglesias.

Así, ostentando mitra y capa, y semejante en majestad al San Ambrosio de que Milán se honra, Satanás marchó, sustentado en su báculo, por la pradera florida.

Y, acercándose al santo hombre, le dijo:

—La paz sea con vos.

Pero no dijo qué clase de paz. Y fra Giovanni supuso que era la paz del Señor. Pensó:

—Este obispo que me dirige el saludo de paz, fué sin duda en vida un santo pontífice y un martir inquebrantable en su constancia. Por eso Jesucristo ha cambiado en manos de su confesor, el báculo de palo por el báculo de oro. Este santo es hoy poderoso en el cielo. Y he aquí que tras su muerte bienaventurada, se pasea por la pradera matizada de flores y bordada con las perlas del rocío.

Así pensó el santo hombre Giovanni, sin experimentar ninguna sorpresa. Y, habiendo saludado á Satán con gran reverencia, le dijo:

—Señor, sois demasiado misericordioso al mostraros á un pobre hombre como yo. Pero esta pradera es tan bella que no puede maravillar si los santos del paraíso se pasean por ella. Matizada

está de flores y bordada con las perlas del rocío, y es una obra amable de Dios.

Y Satanás le dijo:

—No es la pradera, sino tu corazón lo que deseo observar: por hablarte he descendido de la montaña. Durante siglos he discutido grandemente en la Iglesia. En las asambleas de los doctores mi voz resonaba como el trueno; mi pensamiento brillaba como el relámpago. Soy sapientísimo y me llaman el Doctor Sutil. He discutido con los ángeles. Y quiero discutir contigo.

Fra Giovanni respondió:

—¿Cómo un pobrecito podrá discutir con el doctor Sutil? Yo no sé nada, y es tanta mi estupidez, que sólo puedo retener en la cabeza las canciones compuestas en lengua vulgar cuando ayudan á la memoria por medio de la rima, como en: *Permite Jesús, espejo santo—Que mi corazón no conozca el llanto; ó en: Santa María.—Virgen florida.*

Y Satanás respondió:

—Fra Giovanni, las damas de Venecia se entretienen en mostrar su habilidad colocando gran número de piezas de marfil en una caja de cedro, que á simple vista parece demasiado pequeña para contenerlas. Así infundiré yo las ideas en tu cerebro, que antes parecía no poderlas recibir. Y te inspiraré nueva sabiduría. Yo te demostraré que, pensando marchar por el recto camino, tro-

pezas como un beodo, y que diriges el arado sin cuidarte de que los surcos sean paralelos.

Fra Giovanni se humilló, diciendo:

—La verdad es que soy un insensato, y que sólo sé realizar el mal.

Y Satanás le dijo:

—¿Qué piensas de la pobreza?

El santo hombre contestó:

—Creo que es una perla preciosa.

Y replicó Satanás:

—Supones que la pobreza es un gran bien, y sustraes á los pobres parte de ese bien ofreciéndoles una limosna.

Y fra Giovanni meditó y dijo:

—La limosna que les doy se la ofrezco á Nuestro Señor Jesucristo, cuya pobreza no puede amenguarse. Pues ella es infinita, y brota de él como una fuente inextinguible, y él la distribuye entre sus preferidos. Y estos serán siempre pobres, según la promesa del hijo de Dios. Dando á los pobres, nada doy á los hombres, sino á Dios; como los ciudadanos pagan el impuesto al podestá, aunque el impuesto es para la ciudad, que provee á sus necesidades con el dinero que percibe. Y lo que yo doy es para empedrar la ciudad de Dios. Inútil es ser pobre de hecho, si no se es pobre de espíritu. Pues la verdadera pobreza reside en el espíritu. El tosco sayal, el cordón, las sandalias, la alforja y la escudilla de madera sólo

son imágenes recordatorias. La pobreza que amo es espiritual, y yo le digo: «Dama mía», porque es una idea y toda belleza radica en esa idea.

Satanás replicó risueño:

—Fra Giovanni, tus máximas son las de un sabio de Grecia llamado Diógenes, que enseñaba en las Universidades, hacia el tiempo en que guerreaba Alejandro de Macedonia.

Y Satanás prosiguió:

—¿Es cierto que desdeñas los bienes de este mundo?

Y Fra Giovanni repuso:

—Los desdeño.

Y Satanás le dijo:

—Observo que desprecias al mismo tiempo á los hombres laboriosos que, al producirlos, realizan la orden comunicada á tu padre Adán, cuando se le dijo: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». Puesto que el trabajo es bueno, bueno es el fruto del trabajo. Sin embargo, tú no trabajas ni te preocupas del trabajo ajeno. Pero recibes limosna lo mismo que la das, despreciando así la ley impuesta á Adán y á sus descendientes por los siglos de los siglos.

—¡Ay!—suspiró el hermano Giovanni—. Estoy cargado de culpas y soy el hombre más desatinado y á la vez más inepto del mundo. No me miréis siquiera, y leed el libro. Nuestro Señor ha dicho: «Los lirios de los campos no trabajan ni hilan».

Satanás elevó entonces la mano como quien discute y se prepara á contar por los dedos sus argumentos. Y dijo:

—Giovanni, lo que se ha escrito en un sentido tú lo traduces en otro, y, al estudiar en tus libros, menos te pareces á un doctor ante su mesa que á un asno ante el pesebre. Voy, pues, á reprenderte como un maestro reprende al discípulo. Se ha dicho que los lirios de los campos no tienen necesidad de hilar, porque son bellos, y la belleza es una virtud. Y también se ha dicho que María no tiene que cuidar de la casa, porque tiene que departir de amor con quien la visita. Pero tú, que no eres bello, ni te instruyes como María en materias de amor, tú arrastras lamentablemente por los caminos una vida ignominiosa.

Giovanni respondió:

—Señor, como un pintor hábil pinta en una estrecha tablita una ciudad entera con sus casas, sus torres y sus muros, así habéis pintado en pocas palabras mi alma y mi rostro con maravillosa exactitud. Y en verdad que soy lo que habéis dicho. Pero si yo observase estrictamente la regla establecida por San Francisco, el ángel del Señor, y practicase la pobreza espiritual, yo sería el lirio de los campos y tendría la gracia de María.

Y Satanás le interrumpió diciendo:

—Pretendes amar á los pobres. Pero prefieres

al rico y á sus riquezas, y adoras á Aquel que posee y distribuye los tesoros.

Y Giovanni respondió:

—El que yo amo posee, no los bienes del cuerpo, sino los del espíritu.

Y Satanás replicó:

—Todos los bienes son de carne y se gustan por la carne. Esto lo ha enseñado Epicuro, y Horacio el satírico lo ha puesto en sus cantos.

Al oír estas palabras, suspiró el santo hombre Giovanni:

—¡Señor, no os entiendo!

Satanás se encogió entonces de hombros, y dijo:

—Mis palabras son exactas y literales, y este hombre no las comprende. Y yo he disputado con Agustín y Jerónimo, con Gregorio y el que han llamado Boca de Oro. Y ellos aún me entendían menos. Los hombres miserables marchan á tientas en las tinieblas, y el Error eleva sobre sus cabezas su disco inmenso. Los sencillos y los sabios son el juguete de la eterna mentira.

Y Satanás dijo todavía al santo hombre Giovanni:

—¿Posees la felicidad? Si la felicidad posees, yo no prevaleceré contra ti. Pues el hombre sólo piensa en el dolor, y sólo medita en la tristeza. Y atormentado de temores y deseos, anhelante, agítase en su lecho y desgarrá su cabezal de

mentiras. ¿Por qué tentar á este hombre? El es feliz.

Pero el hermano Giovanni suspiró:

—Señor, desde que os he oído, soy menos feliz. Y vuestras palabras me conturban.

Al oírle, Satanás arrojó su báculo pastoral, su mitra y su capa. Y apareció desnudo. Y era negro y más hermoso que el más hermoso de los ángeles.

Y sonrió dulcemente, y dijo al santo hombre:

—Tranquilízate, amigo mío. Yo soy el espíritu malo.

Giovanni se quedó lleno de espanto. Rogó y dijo:
—Dios mío, es tan grande la zozobra de mi corazón, que no siento en los labios la dulzura del fuego que vuestro ángel puso en ellos.

»Queréis castigarme, Señor, cuando me designáis para hablar á los hombres que no podrán entenderme. A todos seré odioso, y vuestros mismos sacerdotes exclamarán: «¡El blasfemo!»

»Pues vuestra razón es contraria á la razón de los hombres. Pero que vuestra voluntad se cumpla.

Y, alzándose del suelo, se encaminó á la ciudad.

VIII

EL CARBÓN ENCENDIDO

Pues bien; el hermano Giovanni era sencillo de corazón y de espíritu, y su lengua estaba anudada: no sabía hablar á los hombres.

Pero un día en que oraba, según era su costumbre, al pie de una vieja encina, un ángel del Señor se le mostró y le saludó diciendo:

—Yo te saludo, pues soy el que visita á los sencillos y anuncia los misterios á las vírgenes.

Y el ángel tenía en su mano un carbón encendido. En los labios del santo depositó el carbón. Y prosiguió diciendo:

—Por este fuego, tus labios perseverarán puros y serán ardientes. Y la quemadura que yo te hago subsistirá. Tu lengua se verá libre y hablarás á los hombres. Pues es necesario que los hombres oigan la palabra de vida y sepan que sólo podrán salvarse por la simplicidad del corazón. Por eso el Señor ha desligado la lengua del simple.

Y el ángel se volvió al cielo. Y el santo hombre

Aquel día, fra Giovanni salió del convento á la hora matutina en que los pájaros despiertan canoros. Y fué á la ciudad. E iba pensando:

—Voy á la ciudad para mendigar el pan, y para dar pan á los que mendigan; y daré lo que haya recibido, y recibiré lo que haya dado. Porque es bueno el demandar y el recibir por amor de Dios. Y el que recibe es hermano del que da. Y conviene no hacer caso de si se es el uno ó el otro de estos hermanos, porque el dar no es nada, y la caridad lo es todo.

»El que recibe, si tiene caridad, es el igual del que ofrece. Pero el que vende es enemigo del que compra, y el vendedor fuerza al comprador á serle enemigo. Y en esto radica la causa del mal que emponzoña á las ciudades, como el veneno de la serpiente está en su cola. Y es necesario que una señora pise la cola de la serpiente. Esta señora es la Pobreza. Ella ha visitado en su torre al rey Luis de Francia. Pero no se ha mostrado entre los florentinos, porque es casta y no quiere poner

el pie en malos lugares. Y bien, la tienda del cambista es mal sitio. Los banqueros y cambistas cometen los más grandes pecados. Las prostitutas pecan en los cubiles, pero su pecado es más pequeño que el de los banqueros y de cuantos se enriquecen con la banca y los negocios.

»En verdad, los banqueros y los cambistas no entrarán en el reino de los cielos, ni tampoco los panaderos, ni los drogueros, ni los que ejercen el arte de la lana, de que tanto se enorgullece la ciudad de la Flor. Porque otorgan precio al oro y asignan tasa al cambio, erigen ídolos á la faz de los hombres. Y, al decir: «El oro tiene un valor», mienten. Pues el oro es más vil que las hojas secas que el viento de otoño arremolina sonoramente al pie de los terebintos. Y no hay nada tan precioso como el trabajo del hombre, cuando Dios le mira.»

Pues bien; mientras que así meditaba, vió fra Giovanni que la montaña estaba horadada y que algunos hombres extraían piedras. Uno de los canteros estaba acostado en el camino, cubierto con un jirón de sórdida tela; su cuerpo había recibido las mordeduras iracundas del calor y del frío. Los huesos de la espalda y del pecho aparecían como al desnudo entre su carne extenuada. Y una gran desolación fluía de las negras cuencas de sus ojos.

Fra Giovanni se aproximó y le dijo:

—¡La paz sea con vos!

Pero el cantero no respondió nada; ni siquiera volvió la cabeza. Y fra Giovanni, creyendo que no le había oído, insistió:

—¡La paz sea con vos!

Y pronunció las mismas palabras por tercera vez.

Entonces le miró colérico el cantero, y le dijo:

—Sólo cuando me muera gozaré de paz. ¡Márchate, maldita corneja, pues tus saludos me anuncian un bien engañoso! ¡Ve, y grazna á otro más necio que yo! Demasiado sé que la condición del cantero es absolutamente desgraciada, y que su miseria no tiene tregua. Desde la mañana hasta la noche arranco piedras, y como premio de mi trabajo sólo recibo un trozo de pan negro. Y cuando mis brazos sean menos fuertes que las piedras de la montaña, cuando mi cuerpo esté agotado, moriré de hambre.

—Hermano—dijo el santo hombre Giovanni—, no es justo que arranquéis tantas piedras y que recibáis tan poco pan.

El cantero se puso de pie.

—¿Monje, qué ves sobre la colina?

—Hermano, veo los muros de la ciudad.

—¿Y más arriba?

—Veo los techos de las casas que dominan á las murallas.

—¿Y más arriba?

—Las cimas de los pinos, las cúpulas de las iglesias y los campanarios.

—¿Y más arriba aún?

—Veo una torre que domina á las otras. La coronan almenas. Es la torre del podestá.

—Monje, ¿qué ves sobre las almenas de esa torre?

—Hermano mío, sobre las almenas de esa torre sólo veo el cielo.

—Yo—dijo el cantero—veo sobre esa torre una figura aborrecible y gigantesca que blande una maza, y en esa maza veo escrito: INIQUIDAD. Y la Iniquidad surge sobre los ciudadanos, en la torre de los magistrados y de las leyes.

Y fra Giovanni respondió:

—Lo que uno ve, otro no lo ve; aunque es posible que esa figura de que habláis se alce en la torre del podestá, en la ciudad de Viterbo. ¿Pero no hay ningún remedio contra los males de que sufrís, hermano mío? El buen San Francisco ha dejado en la tierra una tal fuente de consolación, que todos los hombres pueden reconfortarse en ella.

Y el cantero habló del siguiente modo:

—Algunos hombres han dicho: «Esta montaña es nuestra.» Y esos hombres son mis amos, y para ellos extraigo la piedra. Y ellos se aprovechan del fruto de mi trabajo.

Fra Giovanni suspiró:

—Es preciso que los hombres estén locos para creer que poseen una montaña.

El cantero replicó:

—No están locos. Y las leyes de la ciudad, les garantizan esa posesión. Los ciudadanos les pagan las piedras que yo he arrancado. Y son mármoles de gran precio.

Y fra Giovanni dijo:

—Habría que cambiar las leyes de la ciudad y las costumbres de los ciudadanos. San Francisco, el ángel del Señor, ha dado el ejemplo y mostrado el camino. Cuando por orden de Dios acordó reedificar la iglesia arruinada de San Damián, no fué en busca del amo de la cantera. Y tampoco dijo: «Traedme los mármoles más hermosos y os pagaré con oro.» Pues el que se llamaba hijo de Bernardone y era verdadero hijo de Dios, sabía que el hombre que vende es el enemigo del hombre que compra, y que el arte del tráfico es más nocivo, á ser posible, que el arte de la guerra. Así, no se dirigió á los maestros albañiles ni á ninguno de los que dan mármol, madera y plomo á trueque de plata. Fué á la montaña, y cargándose de madera y piedras las llevó personalmente al lugar consagrado á la memoria del bienaventurado Damián. El mismo colocó las piedras, con ayuda de la plomada, para edificar los muros. Y él mismo hizo el cemento para adherir las piedras. Fué un humilde y tosco recinto. Fué

la obra de un brazo débil. Pero quien la contempla con los ojos del alma reconoce en ella el pensamiento de un ángel. Pues el cemento de esos muros no está amasado con la sangre de los desgraciados; pues esa casa de San Damián no se erigió con los treinta dineros que costaron la sangre del Justo, y que, arrojados por el Iscariote, van desde entonces de mano en mano por el mundo, pagando todas las injusticias y todas las crueldades.

»Pues, única entre todas, esta casa está fundada sobre la inocencia, establecida sobre el amor, asentada sobre la caridad, y, única entre todas, es la casa de Dios.

»Y yo os lo digo en verdad, hermano obrero, al hacer esas cosas, el pobre de Jesucristo ha dado al mundo el ejemplo de la justicia, y su locura parecerá sabiduría andando el tiempo. Pues todo lo que hay en la tierra pertenece á Dios, y nosotros somos los hijos de Dios, y todos los hijos deben de tocar á partes iguales. Es decir, cada uno debe de tomar lo que necesita. Y porque los mayores no pidan papilla, ni los pequeños beban vino, la parte de cada cual no ha de ser perfectamente idéntica, sino que cada uno debe de tener su parte adecuada.

»Y el trabajo será un contento cuando no se pague. Y es el oro inicuo quien engendra la desigualdad del reparto. Cuando todos vayan al mon-

te en busca de su piedra y la lleven en hombros á la ciudad, la piedra será leve, y será la piedra de la alegría. Y edificaremos la mansión alegre. Y erigiremos la nueva ciudad. Y no habrá pobres ni ricos; pero todos se llamarán pobres, porque desearán ostentar un nombre que les dignifique.

Así habló el dulce fra Giovanni, y el cantero desgraciado, pensó:

—Este hombre vestido de sayal, y ceñido de una cuerda, ha dicho cosas nuevas. Yo no veré el término de mis miserias, porque voy á morir de hambre y fatiga. Pero moriré dichoso, pues mis ojos, antes de extinguirse, habrán visto el alba del día de la justicia.

X

LOS AMIGOS DEL BIEN

Pues bien, había por aquel tiempo en la muy ilustre ciudad de Viterbo, una cofradía formada de sesenta ancianos. Y estos ancianos figuraban entre los principales de la ciudad. Reunían honores y riquezas, y eran virtuosos. Contábase entre ellos un gonfalonero de la República, varios doctores en uno y otro derecho, jueces, mercaderes, cambistas de notoria piedad y algunos antiguos condotieros inutilizados por la edad.

Porque se habían asociado para estimular á los ciudadanos á practicar el bien y difundir la fraternidad, llamábanse los Amigos del Bien. Este título estaba inscrito en la bandera de la cofradía, y eran unánimes persuadiendo á los pobres para que realizasen el bien, y que ningún cambio sobreviniese en la ciudad.

Tenían costumbre de reunirse el último día de cada mes en el palacio del podestá para comunicarse lo que se había hecho de bueno en la ciu-

dad. Y á los pobres que habían ejercido el bien les daban algunas monedas de plata.

Los Amigos del Bien se congregaron este día. En el fondo de la sala había un estrado cubierto de terciopelo, y sobre este estrado un dosel magnífico sustentado por cuatro figuras esculpidas y pintadas. Estas figuras eran la Justicia, la Templanza, la Fuerza y la Castidad. Los principales de la cofradía sentáronse bajo el dosel. El decano se instaló en el centro de ellos, en una silla de oro, que apenas cedía en riqueza al trono que, no ha mucho, el discípulo de San Francisco vió instalado en el cielo para el pobre del Señor. Se le había ofrecido aquella silla para honrar en él todo el bien realizado en la ciudad.

Y, cuando los miembros de la cofradía se colocaron en el orden conveniente, el decano se levantó para hablar. Y felicitó á los criados que habían servido á su amo sin obtener salario, y celebró á los ancianos que, careciendo de pan, no lo pidieron.

Y dijo:

—Esos han obrado bien. Y nosotros les recompensaremos; pues importa que el bien sea recompensado, y nosotros debemos de pagar el gasto, siendo como somos los primeros y los mejores de la ciudad.

Luego que hubo hablado, la muchedumbre que se agolpaba al pie del estrado, batió palmas.

Pero, al acabar de aplaudir, fra Giovanni habló entre la turba de miserables, preguntando en alta voz:

—¿Qué es el bien?

Entonces se produjo un gran rumor en la asamblea. El decano exclamó:

—¿Quién ha hablado?

Y un hombre rojo, que estaba entre los pobres, respondió:

—Es un fraile llamado Giovanni, que es el oprobio de su convento. Va desnudo por las calles, con los hábitos remangados por la cabeza, y se entrega á todo género de extravagancias.

Un panadero dijo en seguida:

—¡Es un loco y un malvado! Mendiga el pan á la puerta de las tahonas.

Muchos asistentes clamorosos cogieron del sayal al hermano Giovanni, y mientras que ellos se esforzaban por sacarle fuera, otros, más impacientes, le arrojaban escabeles que se rompían en la cabeza del santo hombre. Pero el decano se irguió bajo el dosel y dijo:

—Dejad tranquilo á ese hombre para que me oiga y quede confundido. Preguntá que es el bien, porque el bien no existe en él y porque está desprovisto de virtud. Y yo le contesto: «El conocimiento del bien está en la conciencia de los hombres virtuosos.» Y los buenos ciudadanos contienen en sí el respeto á las leyes. Aprueban lo que

se ha hecho en la ciudad para asegurar á cada cual el goce de las riquezas adquiridas. Sostienen el orden establecido y se arman para defenderlo. Y el deber de los pobres consiste en defender los bienes de los ricos. Y así se mantiene la unión de los ciudadanos. Y esto es un bien. Y el rico ordena al criado que le lleve una cesta llena de panes para distribuirlos entre los pobres, y análogamente es esto un bien. He aquí lo que conviene enseñar á ese hombre ignorante y grosero.

Habiendo terminado de hablar sentóse el decaño, y la turba de mendigos elevó un murmullo aprobatorio. Pero fra Giovanni, subiendo á uno de los escabeles que con oprobio é injuria le habían arrojado á la cabeza, dijo dirigiéndose á todos:

—¡Oid palabras de salud! El bien no reside en el hombre. Y el hombre, por sí solo, ignora lo que le es bueno. Puesto que ignora su naturaleza y su destino. Y lo que estima bueno puede serle malo. Y es incapaz de escoger las cosas adecuadas, porque no conoce sus necesidades y es semejante al pequeñuelo que, sentado en la pradera, chupa cual si fuese leche el zumo de la belladona. E ignora que la belladona es un veneno, pero su madre lo sabe. Por eso el bien consiste en hacer la voluntad de Dios.

»No es preciso decir: «Yo enseño el bien, y el bien consiste en obedecer á las leyes de la ciu-

dad». Pues esas leyes no emanan de Dios, pues son obra de los hombres y participan de su malicia é imbecilidad. Parécense á las reglas que los niños establecen en la plaza de Viterbo cuando juegan á la pelota. El bien no radica en las costumbres ni en las leyes. Está en Dios y en la realización de la voluntad de Dios sobre la tierra. Ni por los legistas ni por los magistrados se ejecuta la voluntad de Dios en la tierra.

»Porque las potestades de este mundo hacen su voluntad, y esta voluntad es contraria á la voluntad de Dios. Pero los que se han despojado de la soberbia y saben que el bien no está en ellos, esos reciben grandes dones, y Dios mismo se destila en ellos como la miel en lo hueco de las encinas.

»Y es necesario que seamos la encina llena de miel y de rocío. Los humildes, los sencillos y los ignorantes, conocen á Dios. Y por ellos reinará Dios en la tierra. La salud no reside en el vigor de las leyes ni en el número de los soldados. Reside en la pobreza y en la humildad.

»No digáis: «El bien está en mí y yo enseño el bien.» Decid por lo contrario: «El bien está en Dios.» Hace mucho tiempo que los hombres se han endurecido en su propia sabiduría. Mucho tiempo hace que han puesto al león y á la loba en las puertas de sus ciudades. Su sabiduría y su prudencia han engendrado la esclavitud, las gue-

rras y la muerte de muchos inocentes. Por eso debéis atenéos á los consejos de Dios, como el ciego se atiende á su perro. Y no temáis á cerrar los ojos de vuestro espíritu y á perder la razón, pues la razón os ha hecho infelices y malvados. Y por ella os habéis convertido en los semejantes de aquel hombre que, habiendo adivinado los secretos de la Bestia acurrucada en la caverna, se enorgulleció y, creyéndose sabio, asesinó á su padre y se casó con su madre.

«Dios no era con él. El es con los humildes y con los sencillos. Sabed no querer, é infundirá su voluntad en vosotros. No pretendáis adivinar los secretos de la Bestia. Sed ignorantes y no temáis á errar. Sólo los sabios se engañan.»

Así habló fra Giovanni. El decano se levantó, y dijo:

—Este malvado me ha ofendido; le perdono gustoso la ofensa. Pero ha hablado contra las leyes de Viterbo, y conviene que se le castigue.

Y fra Giovanni fué conducido ante los jueces, que le cargaron de cadenas y le enviaron á la cárcel de la ciudad.

XI

LA DULCE PROTESTA

El santo hombre Giovanni fué encadenado á un robusto pilar en el centro del calabozo. Sobre éste pasaba el río.

Dos hombres estaban sumidos con él en las tinieblas pegajosas. Ambos habían conocido y proclamado la injusticia de las leyes. Uno quería derrocar á la República por la fuerza. Había realizado muertes ejemplares y concebido el proyecto de purificar la ciudad por el hierro y por el fuego. El otro quería transformar los corazones; había pronunciado discursos persuasivos. Inventor de sabias leyes, fiaba en la belleza de su genio y en la inocencia de sus costumbres para imponerse á sus conciudadanos. Y ambos habían sido igualmente condenados.

Cuando supieron que el santo hombre estaba aherrojado con ellos por haber hablado contra las leyes de la ciudad, se felicitaron. Y el que había ideado sabias leyes, dijo:

—Hermano, si alguna vez nos vemos en libertad, puesto que piensas como yo, me ayudarás en

persuadir á los ciudadanos que deben colocar sobre sus cabezas el imperio de las justas leyes.

Pero el santo hombre Giovanni le respondió:

—¿Qué importa que la justicia esté en las leyes, si falta en los corazones? Y si los corazones son injuriosos, ¿de qué servirá que la equidad reine en la ley?

»No digáis: «Estableceremos leyes justas y daremos á cada uno lo que es debido». Pues nadie es justo, é ignoramos lo que á los hombres conviene. Igualmente ignoramos lo que para ellos es bueno y lo que es malo. Y cada vez que los príncipes de la tierra y los jefes de la República han amado á la justicia, han hecho perecer á muchos hombres.

»No entreguéis el compás y el nivel al mal agrimensor. Pues con instrumentos justos hará injustas distribuciones. Y dirá: «Mirad, llevo el nivel, la regla y la escuadra, y soy un buen agrimensor.» En tanto que los hombres perseveren avaros y crueles, tornarán crueles á las más benignas leyes y despojarán á sus hermanos con palabras de amor. Por eso es inútil predicarles palabras de amor y dictarles dulces leyes.

»No opongáis las leyes á las leyes, y no erijáis tablas de mármol ó de bronce á la faz de los hombres. Pues todo lo que está escrito en las tablas de la ley, escrito está con letras de sangre».

Así habló el santo hombre. Y el preso que ha-

bía ejecutado muertes ejemplares y concebido la ruina saludable de la ciudad, aplaudió y dijo:

—Compañero, has hablado muy bien. Sabe, pues, que yo no opondré la ley á la ley, la regla recta á la regla torcida; pero yo quiero destruir la ley por la violencia y obligar á que los ciudadanos vivan en seguida en una bienaventurada libertad. Y sabe también que he matado á jueces y á hombres de armas, y he cometido crímenes bienhechores.

Habiendo escuchado estas palabras, el hombre del Señor se levantó, extendió sus brazos cargados de cadenas en las sombras malignas, y exclamó:

—¡Desgraciados de los violentos, pues la violencia incita á la violencia! Quien obra como tú, abona la tierra de odios y cóleras y sus hijos se desgarrarán los pies en las zarzas del camino y las serpientes les morderán en los talones.

»¡Desgraciado de tí!, pues has vertido la sangre del juez inicuo y del soldado brutal, y te has convertido en el igual del soldado y del juez. Y como ellos, ostentas en las manos la mancha imborrable.

»Insensato el que dice: «Haremos el mal á nuestra vez, y nuestro corazón quedará aliviado. Seremos injustos, y así comenzará la justicia.» El mal está en el deseo. No deseéis nada y no sentiréis el mal. La injusticia sólo es mala para los

injustos. La iniquidad es una espada cuya empuñadura desgarrará la mano que la retiene. Su punta no hiere en el corazón del hombre sencillo y bueno.

»Nada para él es peligroso, si no teme nada. Sufrirlo todo, es no sufrir nada. Sed buenos, y el universo entero será bueno. Pues el universo servirá de instrumento á vuestra bondad, y vuestros perseguidores colaborarán en haceros mejores y más bellos.

»Amáis la vida y esta adhesión existe en el corazón de todos los hombres. Amad, pues, el sufrimiento. Pues vivir es sufrir. No envidiéis á vuestros superiores crueles. Compadeced á los comandantes de las milicias. Tened piedad de los publicanos y de los jueces. Los más enérgicos de entre ellos han conocido las puntas agudas del dolor y los terrores de la muerte. Sed más feliz, pues que sois inocente. Que en vos se embote el aguijón del dolor y que la muerte deponga sus terrores.

»Sed en Dios, y decid: «Todo es bien en Él.» Preserváos de querer, ni siquiera el bienestar público, con energía y aspereza por miedo de que en vuestro querer no se deslice alguna crueldad. Pero que vuestro deseo de caridad universal adquiera el fervor de una oración y la dulzura de una esperanza.

»Hermosa será la mesa en que todo el mundo

reciba su parte equitativa y los convidados se laven los pies mutuamente. Pero no digáis: «Estableceré por la fuerza esta mesa en las calles de la ciudad y en las plazas públicas.» Pues no es con cuchillo en mano como debéis de convidar á vuestros hermanos al banquete de la justicia y de la mansedumbre. Es preciso que la mesa se instale ella sola en el Campo de Marte por virtud de la gracia y de la buena voluntad.

»Esto será un milagro. Y bien, sabed que los milagros sólo se realizan por la fe y por el amor. Si desobedecéis á vuestros superiores, que sea por amor. No los aberrojéis ni los matéis. Sino decidles: «Yo no mataré á mis hermanos ni tampoco los aberrojaré.» Endurecéos, sufrid, aceptad, quered lo que Dios quiere, y vuestra voluntad será hecha así en el cielo como en la tierra. Lo que parece malo, es malo, y lo que parece bueno, bueno es. El mal verdadero está en el esfuerzo y en el descontento. No nos esforcemos y vivamos contentos; no castigemos á los malos por miedo de hacernos semejantes á ellos.

»Si poseemos la dicha de ser efectivamente pobres, que nuestro espíritu no aspire á la posesión de las riquezas ni que nuestro corazón se apegue á los bienes que inducen á la injusticia y á la desgracia. Sufram con dulzura las persecuciones y seamos vasos de dilección que cambian en bálsamo la hiel que se nos ofrece.

XII

PALABRAS DE AMOR

Pues bien, los jueces hicieron comparecer ante ellos al santo hombre Giovanni, encadenado con el que había arrojado el fuego gregoriano en el palacio de los Priors. Y dijeron al santo hombre:

—Estás con el criminal, porque no estás con nosotros. Pues el que no está con los buenos está con los malos.

Y el santo hombre les respondió:

—No hay buenos ni malos entre los hombres. Pero todos son desgraciados. Y los que no están afligidos por el hambre ó por la vergüenza, la riqueza y el poder los atormenta. No es dado al que nace de mujer escapar á las miserias, y el hijo de la mujer es semejante al enfermo que se revuelve en su lecho sin encontrar reposo; porque no quiere acostarse en la cruz de Jesús, la cabeza sobre las espinas, ni regocijarse en el sufrimiento. No obstante, en el sufrimiento está la alegría. Y los que le aman lo saben.

»Yo estoy con el amor y este hombre con el odio. Por eso jamás nos encontraremos. Y yo le digo: «Hermano, has obrado mal y tu crimen es grande.» Y hablo así, porque la caridad y el amor me incitan. Pero vosotros condenáis á este criminal en nombre de la justicia. Y, al invocar á la justicia, mentís. Y vosotros sois el ataúd que dice: «Yo soy la cuna.» La vida de los pueblos está en las mieses de los campos, que amarillean bajo la mirada del Señor. Está en las viñas suspensas de los ribazos, y en la sonrisa y en las lágrimas con que el cielo inunda á los árboles, en el recinto de los vergeles. No está en las leyes, hechas por los ricos y por los poderosos, para la conservación del poder y de la riqueza.

»Olvidáis que habéis nacido pobres y desnudos. Y aquel que nació en el portal de Belén ha venido sin provecho para vosotros. Y es preciso para vuestra salud que renazca pobre y que sea sacrificado por segunda vez.

»El violento se ha servido de las armas que habéis forjado. Y es el semejante de los guerreros á quienes honráis por haber destruido ciudades. Lo que la fuerza defiende, la fuerza lo impugnará. Y si sabéis leer el libro que habéis escrito, en él veréis lo que digo. Pues habéis establecido en vuestro libro que el derecho de gentes es el derecho de la guerra. Y habéis glorificado la violencia, otorgando honores á los conquistadores y

erigiendo estatuas en vuestras plazas públicas á ellos y á sus caballos.

»Y habéis dicho: «Existe una violencia buena y una violencia mala. Y esto es el derecho de gentes, y esto la ley.» Pero cuando estos hombres os hayan puesto fuera de la ley, ellos serán la ley como vosotros lo fuisteis cuando derrocasteis al tirano que antes de vosotros fué la ley.

»Pues sabedlo bien. Sólo existe derecho verdadero en la renuncia del derecho. No hay otra ley santa que el amor. Sólo hay justicia en la caridad. No es por la fuerza como conviene resistir á la fuerza; pues la lucha aguirre á los combatientes, y la suerte de las batallas es incierta. Pero si se opone la dulzura á la violencia, ésta, no encontrando obstáculo en sus adversarios, cae por sí sola.

»Se ha dicho por los sabios, en los bestiarios, que el licornio, portador de una ignea espada en la frente, traspasa al cazador cubierto con mallas y se arrodilla al pie de una doncella. Sed dulces, tornad sencilla vuestra alma, conservad puro vuestro corazón y no temeréis nada.

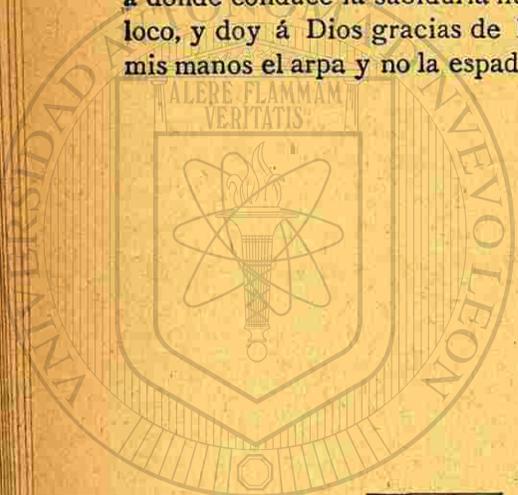
»No cifréis vuestra confianza en la espada de los condotieros, pues la piedra del pastor ha herido la frente del gigante. Pero fortificaos en el amor, y amad á los que es aborrecen. El odio á que no se corresponde queda á medias reducido. Y la parte que persiste languidece, viuda, y muere. Despojáos para que no os despojen. Amad á

vuestros enemigos para que no sean enemigos vuestros. Perdonad á fin de ser perdonados. No digáis: «La mansedumbre enoja á los pastores de pueblos.» Pues vosotros no sabéis nada sobre ella. Los pastores de pueblos no la han puesto á prueba. Pretenden que con el rigor han atenuado el mal. Pero el mal es grande entre los hombres y no se observa que disminuya.

»He dicho á unos: «No seáis tiránicos.» He dicho á otros: «No os rebeléis.» Y ni los unos ni los otros me han escuchado. Y me han apedreado entre risotadas. Porque estaba con todos, cada cual me ha dicho: «Tú no estás conmigo.»

»He dicho: «Soy el amigo de los miserables.» Y vosotros no habéis creído que era vuestro amigo, porque en vuestro orgullo, ignoráis que sois miserables. Y sin embargo, la miseria del amo es más cruel que la del esclavo. Pero cuando yo os deploraba tiernamente, creísteis que me burlaba. Y los oprimidos han pensado que yo era del partido de los opresores. Y han dicho: «No tiene piedad.» Pero yo pertenezco al amor y no al odio. Por eso me despreciais. Y porque anuncio la paz en la tierra, me tenéis por insensato. Os parece que mis discursos siguen todas las direcciones, como los pasos de un beodo. Y en verdad que cruzo por vuestros campos como esos tañedores de arpa que, en vísperas de batalla, tocan ante las tiendas. Y los soldados dicen escuchándolos:

«Son pobres inocentes que van tañendo los aires que oímos en nuestras montañas.» Yo soy ese arpista que pasa por entre los ejércitos. Para ver á dónde conduce la sabiduría humana, quiero ser loco, y doy á Dios gracias de haber puesto en mis manos el arpa y no la espada.



XIII

LA VERDAD

El santo hombre Giovanni continuó en estrecho encierro, y estaba retenido por cadenas á las argollas fijas en el muro. Pero su alma estaba libre, y los tormentos no habían quebrantado su conciencia. Y se prometía no traicionar su fe, sino ser el testigo y el mártir de la Verdad para morir en Dios. Y se decía: «La verdad me acompañará á la horca. Ella me mirará y llorará. Y dirá: «Lloro porque ese hombre muere por mí.»

Y cuando el santo hombre así conducía en la soledad el soliloquio de sus pensamientos, un caballero entró en la prisión sin que las puertas se abriesen. Iba cubierto con capa roja y llevaba en la mano una linterna encendida.

Fra Giovanni le dijo:

—¿Cuál es tu nombre, sutil señor que atraviezas las paredes?

Y el caballero respondió:

—Hermano, ¿á qué decirte los nombres que me dan? Para ti tendré el que me atribuyas. Sabe que

vengo á ti propicio y benévolo, y que habiendo conocido que amas caramente á la Verdad, te traigo una palabra tocante á esa verdad que has adoptado por dama y por compañera.

Y fra Giovanni comenzó dando gracias al visitante. Pero éste le interrumpió:

—Te advierto—le dijo—, que esa palabra te parecerá, desde luego, vana y despreciable, pues ocurre con ella lo que con una pequeña llave que el imprudente tira sin utilizarla.

»Pero el hombre despierto la ensaya en muchas cerraduras, y advierte al cabo que abre un cofre lleno de oro y de piedras preciosas.

»Pues yo te digo: «Fra Giovanni, puesto que »has deseado escoger á la Verdad por Dama y »amiga, te importa grandemente saber lo que de »ella puede saberse. Sabe, pues, que es BLANCA. »Y por su apariencia, que yo te enseñe, inquirirás »su naturaleza, lo que te será muy útil para acercarte á ella y abrazarla con todo género de mimos, á la manera de un amigo que acaricia á su »amiga. Ten, pues, por bien cierto que es BLANCA.»

Cuando hubo oído estas palabras, el santo hombre Giovanni, respondió:

—Messer Sutil, el sentido de nuestro discurso no es tan difícil de adivinar como habíais temido. Y mi espíritu, aunque naturalmente grosero y rudo, ha sido atravesado por la fina punta de la alegoría. Decís que la Verdad es blanca para re-

presentar su perfecta pureza y para mostrar claramente que es una dama inmaculada. Y yo me la represento tal como decís, superando su blancura á los lirios de los jardines y á la nieve que durante el invierno cubre la cima de la Alverna.

Y el visitante movió la cabeza, y dijo:

—Fra Giovanni, no es ese el sentido de mis palabras, y no has cascado el hueso para extraer la medula. Te he enseñado que la Verdad es blanca y no que es pura. Hay un pequeño error en creer que es pura.

Afligido de lo que acababa de oír, el santo hombre Giovanni, respondió:

—Así como la luna, cuando la tierra le oculta el sol, se obscurece con la sombra densa de este mundo donde fué consumado el crimen de Eva, análogamente, messer Sutil, habéis velado una palabra clara con una oscura palabra. Veo, pues, cómo erráis entre tinieblas. Porque la Verdad es pura, emanando de Dios, origen de toda pureza.

Y el Contradictor respondió:

—Fra Giovanni, sed mejor físico y reconoced que la pureza es una cualidad inconcebible. Dícese que así lo creían los pastores arcadios, llamando dioses puros á los dioses que desconocían.

El buen fra Giovanni suspiró entonces, y dijo:

—Messer, vuestras palabras son oscuras, y están circundadas de tristeza. Algunas veces,

durante mi sueño, los ángeles me han visitado. Tampoco sus palabras eran de mí comprendidas. Pero el misterio de sus pensamientos era gozoso.

Y el visitante sutil, replicó:

—Fra Giovanni, argumentemos ambos según las reglas.

Y el santo hombre contestó:

—No puedo argumentar con vos. No siento en mí el deseo ni la fuerza.

—Es preciso, pues—replicó el Sutil—, que yo encuentre otro contradictor.

E inmediatamente levantó el índice de la mano izquierda, y cogiendo con la derecha un extremo de su capa, hizo un birrete que colocó sobre el dedo; luego, levantándolo á la altura de la nariz:

—He aquí—dijo—un dedo de mi mano que he graduado de doctor, y con el que discutiré doctamente. Es un platónico, si no es Platón en persona.

»Messer Platón, ¿qué es lo puro? Os escucho, messer Platón. Afirmáis que el conocimiento es puro, cuando está privado de todo lo que puede verse, oírse, tocarse, y en general gustarse. Con un signo de vuestro birrere me concedéis que la verdad será verdad pura si en ella concurren las mismas condiciones. Es decir, haciéndosela muda, ciega, sorda, tronchada, paralítica, tullida de todos sus miembros. Y yo reconozco espontánea-

mente que, en ese estado, rechazará las ilusiones que se burlan de los hombres, y no se irá de picos pardos. Sois un gran ironista, messer Platón, y os habéis burlado grandemente del mundo. Quitáos el birrete.

Y el Contradictor, deshaciendo el pliegue de su capa, dirigió otra vez la palabra al santo hombre Giovanni.

—Amigo, estos sofistas no sabían lo que era la Verdad. Pero yo, que soy físico y gran observador de las curiosidades naturales, puedes creerme si digo que es blanca, ó mejor, que la Verdad es lo blanco.

»De esto no conviene inducir, como ya te he dicho, que sea pura. ¿Crees acaso que la señora Eletta de Verona, que tenía los muslos blancos como la leche, los había por eso abstraído al resto del universo, atrincherándolos en lo invisible y en lo intangible, que es lo puro, según la doctrina platónica? Sería un error grandísimo.

—Yo no conozco á esa dama Eletta—dijo el santo hombre Giovanni.

—Se entregó en vida—dijo el Contradictor—á dos papas, á sesenta cardenales, á catorce príncipes, á diez y ocho mercaderes, á la reina de Chipre, á tres turcos, á cuatro judíos, al macaco del señor obispo de Arezzo, á un hermafrodita y al diablo. Pero nos desviamos de nuestro propósito, que es encontrar el carácter propio de la Verdad.

»Pues bien, si ese carácter, como acabo de establecer contra el mismo Platón, no puede ser la pureza, es muy creíble que sea la impureza, pues la impureza es la condición necesaria de todo lo que existe. Pues acabamos de ver que lo puro carece de vida y de conocimiento. Y supongo que tú habrás experimentado suficientemente que la vida y cuanto con ella se relaciona, es compuesto, mezcla, diversidad, tiende á aumentar ó á disminuir, es inestable, soluble, corruptible, no puro.

—Doctor—respondió Giovanni—vuestras razones no valen nada, puesto que Dios, que es todo puro, existe.

Y el doctor Sutil replicó:

—Si leyese mejor tus libros, hijo mío, observarías que sobre el que acabas de nombrar no se dice «Existe», sino: «Es». Luego existir y ser, no es una misma cosa, si no dos cosas contrarias. Tú vives, y no dices tu mismo: «No soy nada; yo soy como si no fuera nada.» Y tú no dices: «Yo soy el que es.» Porque vivir es cesar de ser en cualquier momento. Y también dices: «Estoy lleno de impurezas», porque no eres una cosa única, sino una mezcla de cosas que se agitan y combaten.

—En verdad que habláis doctamente—respondió el santo hombre—, y bien conozco en vuestras razones, que sois muy perito, messer Sutil, en las

ciencias divinas como en las humanas. Pues es certísimo que Dios es el que es.

—¿Por el cuerpo de Baco!—repuso el otro—. Lo es perfecta y universalmente. Por lo cual estamos dispensados de buscarle en ningún sitio, seguros de que no se encuentra ni más ni menos en un lugar que en cualquier otro, y de que no se hallará un par de viejas escobas que no contengan su justa parte.

—Eso es admirable y cierto—respondió Giovanni—. Pero conviene añadir que se encuentra más señaladamente en las especies santas, por efecto de la transubstanciación.

—Observa—dijo el doctor—que es apto para ser comido. Observa también, hijo mío, que es redondo en una manzana, alargado en una berenjena, cortante en un cuchillo y sonoro en una flauta. Posee todas las cualidades de las substancias. También reúne las propiedades de las figuras. Es agudo y es obtuso, puesto que contiene á la vez todos los triángulos posibles; sus radios son iguales y desiguales, puesto que es el círculo y la elipse, y es también la hipérbole, figura indescriptible.

Mientras que el santo hombre Giovanni meditaba estas verdades sublimes, oyó que el doctor Sutil rompía á reír. Entonces le preguntó:

—¿Por qué ríes?

—Río, le dijo el doctor, pensando que se ha

descubierto en mí ciertas contrariedades y contradicciones, y en que se me ha reprochado amargamente de ellas. Es verdad que tengo muchas. Pero no advierten que si las tuviese todas, yo sería semejante al Otro.

Y el santo hombre preguntó:

—¿De qué otro hablas?

Y el Contradictor respondió:

—Si supiéses de quién hablo, sabrías quién soy.

Y no comprenderías espontáneamente mis mejores palabras, porque se me ha censurado mucho. Al contrario, ignorando quién soy te seré más útil. Te demostraré que los hombres son extremadamente sensibles á los sonidos que se modulan con los labios, y que se dejan matar por palabras que no tienen sentido, como se ve en el ejemplo de los mártires, y en tu propio ejemplo, ¡oh Giovanni! que te alegras de ser ahorcado y luego quemado al canto de los siete salmos, en la plaza de Viterbo, por esa palabra Verdad, á que te sería imposible encontrar una significación precisa.

»Y ciertamente, explorarás todos los rincones y escondrijos de tu oscuro cerebro, removerás todas las telarañas y toda la herrumbre que en él hay, sin poder jamás encontrar la ganzúa que abre esa palabra y extrae su sentido. Y sin mí, pobre amigo, te dejarías colgar y luego quemar por dos sílabas que ni tú ni los jueces comprendéis, de suerte que no se hubiese sabido á quién

despreciar más, si á los verdugos ó á la víctima.

»Sabe, pues, que la Verdad, tu dama bien amada, está forjada de elementos en que se encuentran lo húmedo y lo seco, lo duro y lo muelle, lo frío y su contrario, y ocurre con esta dama lo que con las damas carnales, en que lo tierno y lo cálido no está igualmente difundido por todo el cuerpo.»

Fra Giovanni dudó en su ingenuidad si este discurso era bastante honrado. El Contradictor leyó en el pensamiento del santo hombre. Y le tranquilizó diciendo:

—Estos son conocimientos que se adquieren en la escuela. Yo soy teólogo.

Se levantó y dijo todavía:

—Mucho siento en dejarte, amigo. Pero me es imposible continuar á tu lado. Pues tengo muchas contradicciones que llevar á los hombres. Y no puedo gustar el reposo día ni noche. Es necesario que sin cesar vaya de un punto á otro, colocando mi linterna ora en la mesa del clérigo, ora en la cabecera del hombre que sufre y vela.

Dijo, y se fué como había venido. Y el santo hombre Giovanni preguntó: «¿Por qué ha dicho este doctor que la Verdad es blanca?» Y, tendido en la paja, agitaba esta idea en su cabeza. Su cuerpo participaba de la inquietud de su alma, y se volvía de uno y otro lado sin encontrar el reposo.

XIV

EL SUEÑO

Por esta razón imploró al Señor, solitario en el calabozo, y dijo:

—Señor mío, vuestra bondad es infinita respecto á mí y vuestra predilección manifiesta, pues habéis permitido que yo yaciese en un estercolero, como Jcb y Lázaro, á quienes tanto amasteis. Y me habéis consentido saber que la paja inmunda es para el justo una dulce almohada. ¡Oh, hijo querido de Dios, que descendiste á los infiernos, bendice el reposo de vuestro siervo acostado en foso obscuro! Y puesto que los hombres me han privado de aire y de luz por confesar la Verdad, dignate iluminarme con luces de alba eterna y de alimentarme con llamas de tu amor, ¡oh viviente Verdad! ¡Señor, Dios mío!

Así el santo hombre Giovanni oraba con los labios. Pero inconscientemente recordaba las palabras del Contradictor. Y estaba turbado hasta el fondo de su alma. Y entre turbaciones y angustias se durmió.

Y porque el pensamiento del Contradictor pesaba sobre su sueño, no se durmió como el pequeño acostado en el regazo de su madre. Y su dormir no estaba acariciado de risas y leche. Y tuvo un ensueño. Y vió en sueños una rueda inmensa que de vivos colores brillaba.

Y se parecía á esas rosas de luz que florecen en el frontispicio de las iglesias, por arte de obreros tudescos, y que representan en el límpido cristal la historia de la Virgen María y la gloria de los profetas. Pero el toscano ignora el artificio de esas rosas.

Y esta rueda era grande, lúcida y clara, mil veces más que las mejor trabajadas rosas, trazadas con el compás y pintadas con pincel en el país de Alemania. Y el emperador Carlos no la vió semejante el día de su consagración.

Sólo contempló con sus ojos mortales una rueda más espléndida, aquel que conducido por una dama entró vestido de carne en el Santo Paraíso. Y esta rosa parecía hecha de luz, y era viviente. Mirándola bien, se reconocía que estaba hecha con una multitud de figuras animadas, y que hombres de todas las edades y de todos los estados, en apretado tropel, componían el cubo, los radios y la llanta. Estos hombres iban vestidos según su condición: se reconocía fácilmente al papa, al emperador, á los reyes y las reinas, á los obispos, á los barones, á los caballeros, á las damas, á los

clérigos, á los burgueses, á los mercaderes, á los procuradores, á los boticarios, á los labradores, á los impúdicos, á los moros, á los judíos. Y, como todos los habitantes de la tierra aparecían en esta rueda, también se veía á los sátiros y los cíclopes, á los pigmeos y los centauros que Africa sustenta en sus arenas ardientes, y á los hombres que enumera Marco Polo el viajero, los cuales nacen sin cabeza, con un ojo bajo el ombligo.

Y de los labios de cada hombre salía una banderola ostentando una divisa. Y cada divisa era de un color que no se repetía en ninguna otra, y, en el número incalculable de divisas, no se hubiese encontrado dos semejantes. Pero unas estaban empapadas en púrpura, otras teñidas en las luces del cielo y de la mar ó en el claror de los astros. Las había que verdeaban como la hierba. Muchas eran muy pálidas; muchas, muy sombrías. De suerte que la mirada encontraba en aquellas divisas todos los colores de que el universo se pinta.

El santo hombre Giovanni empezó á leerlas.

Y, por este medio, conoció los pensamientos diversos de los hombres. Y, habiendo leído bastantes, advirtió que esas divisas eran tan variadas por el sentido de las palabras como por el color de las letras, y que las sentencias se oponían entre sí, de tal suerte, que no había una sola que no contradijese á las otras.

Pero también vió que esta contrariedad existente en la cabeza y el cuerpo de las máximas no subsistía en sus extremidades, y que todas se acordaban por abajo exactísimamente, llegando al remate de idéntica manera, pues cada una terminaba con estas palabras: TAL ES LA VERDAD.

Y pensó:

—Estas divisas son semejantes á las flores que los mozos y las doncellas cogen en las praderas del Arno para formar ramilletes. Pues estas flores se reúnen fácilmente por los cabos mientras que las cabezas se desvían y disputan en esplendor. Y lo mismo sucede con las opiniones de la gente terrestre.

Y el santo hombre encontró en las divisas una multitud de contradicciones tocantes al origen de la soberanía, las fuentes del conocimiento, los placeres y las penas, las cosas que son permitidas y las que no lo son. Y advirtió también grandes dificultades referentes á la figura de la tierra y á la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo engendradas por los herejes, los árabes, los judíos, algunos monstruos de Africa y varios epicureístas, que en la rueda centelleante aparecían con una banderola entre los labios.

Y cada sentencia se terminaba con estas palabras: TAL ES LA VERDAD. Y el santo hombre Giovanni se maravilló de contemplar tantas verdades diversamente coloreadas. Veíalas rojas, azu-

les, verdes, amarillas y no las veía blancas. Ni siquiera la que proclamaba el papa: «La Piedra ha entregado á Pedro las coronas de la tierra (1).» Pues esta divisa era purpúrea y como ensangrentada.

Y el santo hombre suspiró:

—No encuentro en la rueda universal la Verdad blanca y pura, la alba y cándida Verdad que busco.

Y llamó á la Verdad diciendo lloroso:

—¡Verdad por que muero, muéstrate á los ojos de tu mártir!

Y, mientras que así gemía, la rueda viviente empezó á girar y las divisas, confundiéndose, cesaron de ser distintas, y sobre el gran disco se formaron círculos de todos colores, y esos círculos eran mayores á medida que se alejaban del centro.

Y haciéndose el movimiento más acelerado, los círculos se desvanecían sucesivamente: primero desaparecían los más grandes por efecto de la velocidad que era mayor hacia la llanta. Pero cuando la rueda se hizo tan ágil como el ojo, no pudiendo éste percibir el movimiento, la juzgaba inerte, y los mínimos círculos se desvanecieron como la estrella de la mañana cuando el sol baña las colinas de Asís.

Entonces pareció blanca toda la rueda. Y superaba en esplendor al límpido astro que el floren-

(1) «La Pierre a remis á Pierre les couronnes de la terre.»

tino vió en el rocío Beatriz. Y se hubiese dicho que un ángel, habiendo limpiado la perla eternal para borrarle las manchas, la había depositado en la tierra: tanto la rueda se asemejaba á la luna que, en lo alto del cielo, brilla un poco velada por la gasa de las nubes ligeras. Pues entonces ninguna figura humana mal pergeñada ni ningún signo estaban indicados en su cara de ópalo. Tampoco había mancha en la rueda luminosa.

Y el santo hombre Giovanni oyó una voz que le decía:

—Contempla la verdad blanca que deseas conocer. Y sabe que está formada de todas las verdades contrarias, así como de todos los colores se compone el blanco. Y esto lo saben los niños de Viterbo por haber hecho girar en el mercado peonzas pintarrajeadas. Pero los doctores de Bolonia no han adivinado las razones de este efecto. Pues bien, en cada una de esas divisas hay una parte de la Verdad, y de todas se forma la verdadera divisa.

—¡Ay!—exclamó el santo hombre—. ¿Cómo podré leerla? Mis ojos están deslumbrados.

Y la voz respondió:

—Es verdad que sólo se ve fuego. Jamás por caracteres latinos, árabes ó griegos, jamás por signos mágicos, podrá esta divisa significarse, y no hay mano que pueda trazarla con signos ardientes en los muros de los palacios.

«Amigo, no te obstines en leer lo que no está escrito. Sabe solamente que cuanto el hombre ha pensado ó creído en su vida breve es una partícula de esta infinita Verdad; y que, así como hay mucha podredumbre en lo que se llama mundo, es decir, correspondencia, orden, limpieza, así las máximas de los malos y de los insensatos, que son el común de los hombres, participan en cierto sentido de la universal Verdad, que es absoluta, permanente y divina. Lo cual me hace temer que no existe».

Y lanzando una carcajada estridente, calló la voz.

Y el santo hombre vió avanzar un pie calzado de rojo que, al través del calzado, aparecía ahorquillado y en forma de pie de macho cabrío, pero mucho más grande. Y este pie golpeó tan rudamente á la rueda luminosa en el reborde de la llanta, que brotaron chispas como de un hierro batido por el martillo del herrero, y la máquina saltó para caer destrozada á lo lejos. Y el aire se pobló de una risa tan aguda, que el santo hombre despertó.

Y en la sombra lívida de la prisión, pensó tristemente:

—No espero conocer la Verdad si, como acaba de advertírseme, sólo se manifiesta por medio de contradicciones y contrariedades, y ¿cómo pretenderé ser por mi muerte el testigo y el mártir

de lo que es preciso creer, cuando el espectáculo de la rueda universal me ha demostrado que toda mentira es una partícula de la verdad perfecta é incognoscible? ¿Por qué, Dios mío, habéis permitido que viese esas cosas y que me fuese revelado antes de mi sueño postrero que la Verdad está en todas partes y no lo está en ninguna?

Y con la cabeza entre las manos, lloró el santo hombre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE LEO"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

XV

EL JUICIO

Fra Giovanni fué conducido ante los magistrados de la República para ser juzgado según la ley de Viterbo. Y uno de los magistrados dijo á los guardias:

—Quitadle las cadenas. Todo acusado debe de comparecer libremente ante nosotros.

Y Giovanni pensó:

—¿Por qué el juez pronunció palabras de sentido oblicuo?

Y el primero de los magistrados comenzó interrogando al santo hombre. Y le dijo:

—Giovanni, mala persona, habiendo sido apisionado por la augusta clemencia de las leyes, has hablado contra esas leyes. Y has urdido, con los perversos aherrojados en el mismo calabozo que tú, un *complot* contra el orden existente en la ciudad.

El santo hombre Giovanni respondió:

—He hablado en pro de la justicia y de la Verdad. Si las leyes de la ciudad son conformes con

la justicia y la Verdad, no he hablado contra ellas. He pronunciado palabras de amor. Yo he dicho:

«No pretendáis destruir la fuerza con la fuerza. Sed pacíficos en medio de las guerras, para que el espíritu de Dios venga á vosotros como el pajarrillo á la cima de un álamo, en el valle cubierto por el agua del torrente». Yo he dicho: «Sed dulces con los violentos.»

Y el juez exclamó colérico:

—¡Habla! Dinos quiénes son los violentos.

Y el santo hombre dijo:

—Queréis ordeñar á la vaca que ha dado toda su leche, y saber de mí más de lo que sé.

Pero el juez impuso silencio al santo hombre, y le dijo:

—Tu lengua ha lanzado la flecha del discurso y su punta se enderezaba hacia los principes de la República; pero ha caído muy baja, y se ha revuelto contra ti.

Y el santo hombre dijo:

—Me juzgáis, no por mis actos y palabras, que son manifiestos, sino por mis intenciones, que sólo de Dios son visibles.

Y el juez respondió:

—Si no viésemos lo invisible y si no fuésemos dioses en la tierra, ¿cómo nos sería posible juzgar á los hombres? ¿Ignoras que acaba de promulgarse una ley en Viterbo que persigue hasta los pen-

samientos más recónditos? Pues la policía de las ciudades se parece incesantemente, y el sabio Ulpiano, que ostentaba la regla y la escuadra en tiempo del César, se asombraría si viese nuestras escuadras y nuestras reglas mejoradas.

Y el juez prosiguió:

—Giovanni, has conspirado en tu prisión contra la cosa pública.

Pero el santo hombre negó haber conspirado contra la cosa de Viterbo. Entonces dijo el juez:

—El carcelero lo ha declarado.

Y el santo hombre preguntó:

—¿Qué peso tendrá mi testimonio en un platillo de la balanza, si el del carcelero se coloca en el otro?

El juez repuso:

—Tu testimonio tendrá leve peso en la balanza.

Por esta razón el santo hombre observó silencio.

Y el juez dijo:

—Hablarás inmediatamente, y tus palabras demostrarán tu perfidia. Y puesto que te callas, y tu silencio confiesa tu crimen, por dos veces has confesado que eres culpable.

Y el magistrado que recibía el nombre de acusador, se levantó y dijo:

—La insigne ciudad de Viterbo habla por mi boca, y mi palabra será grave y tranquila, por-

que es la palabra pública. Y creeréis oír hablar á una estatua, pues yo no acuso con mi corazón y con mis entrañas, sino con las tablas de bronce sobre las cuales la ley está escrita.

Y en seguida comenzó á agitarse y á pronunciar frases violentas. Y recitó el argumento de un drama, al modo de Séneca el trágico. Y este drama estaba lleno de crímenes realizados por el santo hombre Giovanni. Y el acusador representaba sucesivamente todos los personajes de la tragedia. Imitaba las súplicas de las víctimas y la voz de Giovanni para mejor interesar á las almas. Y se creía ver y oír á Giovanni en persona, sauce de ira y de crimen. Y el acusador se mesaba los pelos, desgarraba su toga, caía agotado en su sitial augusto.

Y el juez que había interrogado al reo, tomó otra vez la palabra, y dijo:

—Conviene que un ciudadano defienda á este hombre. Pues nadie, según la ley de Viterbo, puede ser condenado antes de que alguien le defienda.

Un abogado de Viterbo subió entonces á un escaabel y habló en estos términos:

—Si este hombre ha dicho y hecho lo que se le imputa, es un malvado. Pero no existe prueba de que haya obrado ni hablado como se dice. Y, buenos señores, aunque existiese esa prueba, aún habría que considerar la extrema simplicidad de

este hombre y la extrema debilidad de su entendimiento. En la plaza pública era la burla de los muchachos. Es un ignorante. Ha hecho muchas extravagancias; y, por mi parte, le creo desprovisto de razón. Lo que dice vale tanto como nada, y nada sabe hacer. Me parece que ha frecuentado malas sociedades. Repite lo que oye; pero sin comprenderlo. Es demasiado estúpido para castigado. Buscad á los que le han seducido. Ellos son los culpables. Hay mucha incertidumbre en el presente caso, y el sabio ha dicho: «En la duda, abstente.»

Habló el abogado, y descendió del escabel. Y el hermano Giovanni recibió su sentencia de muerte. Y se le dijo que sería ahorcado en la plaza, donde los campesinos vienen á vender sus frutos y los chiquillos juegan á la taba.

Y un muy insigne doctor en Derecho, que se encontraba entre los jueces, se levantó y dijo:

—Giovanni, te conviene suscribir la sentencia que te condena, pues dictada en nombre de la ciudad, la dictas tú mismo, como parte integrante de la ciudad. Y tú tienes en ella una parte honrosa como ciudadano, y yo te demostraré que debes de estar contento de ser ahorcado por la justicia.

»En efecto, la satisfacción del todo comprende y contiene la satisfacción de las partes, y, puesto que formáis una parte, ínfima y miserable sin du-

da, de la noble ciudad de Viterbo, la condena que satisface á la ciudad debe satisfacerte á ti mismo.

»Y yo te demostraré todavía que debes de estimar tu sentencia de muerte como amable y decente. Pues nada hay tan útil y ordenado como el derecho, que es la justa medida de las cosas, y debe agradarte que se te haya otorgado esta buena medida. Según las reglas establecidas por César Justiniano, has recibido lo que te era debido. Y tu condena es justa, y por lo tanto, agradable y buena. Pero, aunque fuese injusta, maculada y contaminada de ignorancia é iniquidad (lo que Dios no quiera), aun así, te convendría el aprobarla.

»Pues una sentencia injusta, cuando se ha dictado según las formas de la justicia, participa de la virtud de estas formas y persiste por ellas augusta, eficaz y de gran virtud. Lo que en ella hay de malo es transitorio y de poca consecuencia y sólo afecta á lo particular, mientras lo que tiene de bueno lo recibe de la fijeza y permanencia de la institución de justicia, y por eso satisface á lo general. En este sentido se expresó Papiniano al proclamar que es preferible juzgar falsamente que abstenerse de juzgar, pues los hombres sin justicia son como bestias en la selva, mientras que por la justicia se manifiesta su nobleza y dignidad, como puede verse en el ejemplo de los jueces del Areópago que gozaban de singular presen-

tigio entre los atenienses. Ahora bien; como es necesario y provechoso el juzgar, y no es posible juzgar sin falta ni error, síguese que el error y la falta están comprendidos en la excelencia de la justicia y participan de esta excelencia. Por lo cual, si creyeses inicua tu sentencia, debes complacerte en esta iniquidad, en tanto que está aliada y amalgamada á la equidad, así como el estaño y el cobre se mezclan para formar el bronce, que es metal precioso empleado en nobilísimos usos, según dice Plinio en sus historias.

El doctor enumeró en seguida las comodidades y ventajas de la expiación que lava la culpa, como los criados lavan cada sábado el suelo de la casa. Y significó al santo hombre qué ventura era para él ser condenado á muerte por la augusta voluntad de la república de Viterbo que le había dado varios jueces y un defensor. Y cuando el doctor hubo concluído, fra Giovanni fué otra vez cargado de hierros y devuelto á la prisión.

XVI

EL PRÍNCIPE DEL MUNDO

Pues bien; la mañana del día señalado para su suplicio, el santo hombre Giovanni durmió profundamente. Y el Doctor Sutil, abriendo la puerta del calabozo, sacudió al durmiente de la manga, y dijo:

—¡Hola, hijo de mujer, despierta! Ya el día entreabre sus pupilas grises. Canta la alondra, y los vapores de la mañana acarician las faldas de los montes. Se ve deslizarse sobre los oteros las nubes aéreas y blancas con reflejos de rosa, que son los costados, los vientres y las caderas de las ninfas inmortales, hijas divinas de las aguas y del cielo, ondulante rebaño de vírgenes matutinas que el viejo Océano conduce por las montañas y que reciben en sus frescos brazos, sobre un lecho de jacintos y anémonas, á los dioses señores del mundo y á los pastores amados de las diosas. Pues hay pastores cuyas madres los concibieron hermosos y dignos de gustar la

tigio entre los atenienses. Ahora bien; como es necesario y provechoso el juzgar, y no es posible juzgar sin falta ni error, síguese que el error y la falta están comprendidos en la excelencia de la justicia y participan de esta excelencia. Por lo cual, si creyeses inicua tu sentencia, debes complacerte en esta iniquidad, en tanto que está aliada y amalgamada á la equidad, así como el estaño y el cobre se mezclan para formar el bronce, que es metal precioso empleado en nobilísimos usos, según dice Plinio en sus historias.

El doctor enumeró en seguida las comodidades y ventajas de la expiación que lava la culpa, como los criados lavan cada sábado el suelo de la casa. Y significó al santo hombre qué ventura era para él ser condenado á muerte por la augusta voluntad de la república de Viterbo que le había dado varios jueces y un defensor. Y cuando el doctor hubo concluído, fra Giovanni fué otra vez cargado de hierros y devuelto á la prisión.

XVI

EL PRÍNCIPE DEL MUNDO

Pues bien; la mañana del día señalado para su suplicio, el santo hombre Giovanni durmió profundamente. Y el Doctor Sutil, abriendo la puerta del calabozo, sacudió al durmiente de la manga, y dijo:

—¡Hola, hijo de mujer, despierta! Ya el día entreabre sus pupilas grises. Canta la alondra, y los vapores de la mañana acarician las faldas de los montes. Se ve deslizarse sobre los oteros las nubes aéreas y blancas con reflejos de rosa, que son los costados, los vientres y las caderas de las ninfas inmortales, hijas divinas de las aguas y del cielo, ondulante rebaño de vírgenes matutinas que el viejo Océano conduce por las montañas y que reciben en sus frescos brazos, sobre un lecho de jacintos y anémonas, á los dioses señores del mundo y á los pastores amados de las diosas. Pues hay pastores cuyas madres los concibieron hermosos y dignos de gustar la

leche de las ninfas moradoras de las fuentes y de los bosques.

»Y yo mismo, que he estudiado mucho las curiosidades naturales, viendo hace un momento cómo esas nubes se filtraban voluptuosamente en las oquedades de los ribazos, yo he concebido deseos que ignoro, pero que siento nacer por mis lomos, y que, como Hércules niño, muestran su fuerza desde la cuna. Y estos deseos, sólo son vapores sonrosados y nubes ligeras: precisamente me representaban á una muchacha llamada Monna Libetta que conocí de pasada en Castro, en una hospedería de que era sirviente, con gran satisfacción de arrieros y soldados.

»Y la imagen que esta mañana se me representaba de Monna Libetta, al trepar por el monte, se encontraba maravillosamente embellecida por la dulzura del recuerdo y el sentimiento de la ausencia; y estaba adornada con todas las ilusiones que, naciendo en la región lumbar de que ya te he hablado, difunden inmediatamente su fuego perfumado por toda el alma del cuerpo y la penetran de lánguidos ardores y de sufrimientos deliciosos.

»Pues has de saber, ¡oh Giovanni!, que mirándola tranquilamente y con fríos ojos, esa muchacha no es muy diferente de las que en los campos de la Umbría ó de la Romaña pastorean vacas. Tenía ojos negros, inmóviles y hoscós, la

tez morena, la boca grande, el pecho colgante, el vientre amarillo y la delantera de los muslos, á partir de las rodillas, erizadas de pelos. Reía ordinariamente con vulgar risa; pero durante el placer, su rostro se volvía sombrío y como admirado por la presencia de un dios. Esto es lo que me adhirió á ella, y luego he meditado mucho sobre la naturaleza de esta adhesión, pues soy doctor y tengo el hábito de inquirir la razón de las cosas.

»Y he descubierto que la fuerza que me arrastraba hacia esa Monna Libetta, criada del mesón en Castro, es la misma que gobierna á los planetas en el cielo, y que sólo existe una forma en el mundo, el amor, la cual también es odio, como se comprueba en el ejemplo de esta Monna Libetta que fué muy besada y al mismo tiempo muy apa-leada.

»Y recuerdo que un palafrenero del papa, su mejor amigo, la castigó una noche tan duramente en el granero donde se acostaba con ella, que la dejó por muerta. Y él corrió por las calles gritando que los vampiros habían estrangulado á la chica. Son éstos sujetos que conviene observar atentamente, si desea uno formarse idea de la buena física y de la filosofía natural.

Así habló el Doctor Sutil. Y el santo hombre Giovanni, incorporándose en su estercolero, respondió:

—Doctor, ¿son tales los discursos que conviene pronunciar á un hombre que dentro de poco será ahorcado? Escuchándote dudo si tus palabras son las de un hombre honrado y las de un insigne teólogo, ó si no proceden de un ensueño enviado por el ángel de las tinieblas.

Y el doctor Sutil respondió:

—¿Quién te habla de ser ahorcado? Sabe, Giovanni, que he venido aquí desde la fina punta del día, para libertarte y ayudarte á huir. Mira, me he vestido el traje de un carcelero; la puerta de la prisión está abierta. ¡Ven, date prisal!

El santo hombre, se levantó y dijo:

—Doctor, cuidado con lo que decís. He hecho el sacrificio de mi vida. Y confieso que me ha costado bastante. Si, creyendo por vuestras palabras que soy devuelto á la vida, se me conduce al lugar del suplicio, me costará un segundo sacrificio más doloroso que el primero, y sufrir dos muertes. Y os declaro que mi afán de martirio es ido, y que el deseo me ha vuelto de respirar el día en los pinares del monte.

El Doctor Sutil replicó:

—Precisamente deseaba conducirte bajo los pinos que suenan al viento con la triste dulzura de la flauta. Almozaremos en la pendiente musgosa que mira á la ciudad. ¡Vamos! ¿Por qué tardas?

Y el santo hombre dijo:

—Antes de partir quisiera saber quién sois. He decaído de mi pristina constancia. Mi valor sólo es ya una brizna de paja en el aire devastado de mi virtud. Pero me queda la fe en el hijo de Dios, y, por salvar á mi cuerpo, no quisiera perder mi alma.

—¡Verdaderamente—dijo el Doctor Sutil—; sin duda crees que ambiciono tu alma! ¿Es jovencita tan bella ó dama tan gentil para que tengas miedo de que yo te la rapte? Guárdala, amigo mío, nada haré.

El santo hombre no se quedó muy satisfecho de este discurso, que no exhalaba piadoso olor. Pero, como tenía gran deseo de verse libre, no quiso reflexionar, y, siguiendo al doctor, rebasó el portigo del calabozo.

Y sólo cuando estuvo fuera, preguntó:

—¿Quién eres, tú que envías ensueños á los hombres y libertad á los presos? Posees la belleza de una mujer y la fuerza de un hombre; te admiro y no puedo amarte.

Y el doctor Sutil repuso:

—Me amarás cuando te haya hecho daño. Los hombres sólo pueden amar á los que les hacen sufrir. Y sólo hay amor en el dolor.

Y hablando así, salieron de la ciudad y tomaron por la senda del monte. Y, cuando hubieron largo espacio caminado, vieron á la orilla del bosque una casa cubierta de telas amarillas. Ante la

casa, de frente á la llanura, había una terraza con árboles frutales y bordeada de viñas.

Sentáronse en el patio, bajo una parra de hojas doradas por el otoño, de la que dependían racimos de uva. Y una jovencita les sirvió leche, miel y tortas de maíz.

Entonces el Doctor Sutil extendió el brazo, y cogiendo una manzana encarnada, mordióla y se la ofreció al santo hombre. Y Giovanni comió y bebió; y su barba estaba blanca de leche, y sus ojos reían contemplando el cielo que los inundaba de azul y de alegría. Y la jovencilla sonrió.

Y el doctor Sutil dijo:

—Mira esta niña: es mucho más linda que Monna Libetta.

Y el santo hombre, ebrio de leche y de miel, gozoso con la luz del día, cantó canciones que su madre cantaba cuando le llevaba en sus brazos. Eran canciones de pastores y pastoras, y en ellas se hablaba de amor. Y como la jovencita escuchaba en el dintel de la puerta, el santo hombre se levantó, corrió tambaleante hacia ella, la tomó en sus brazos y le estampó en las mejillas besos ricos de leche, de risa y de alegría.

Y habiendo pagado el Doctor Sutil, ambos viajeros se encaminaron hacia la llanura.

Cuando marchaban á lo largo de los sauces argentados que bordean el río, el santo hombre dijo:

—Sentémonos. Estoy cansado.

Y se sentaron bajo un sauce y contemplaron cómo las olas irisadas se torcían cual finas láminas en la ribera y las moscas resplandecientes volaban sobre el agua. Pero Giovanni ya no reía, y su rostro estaba triste.

Y el Doctor Sutil le preguntó:

—¿Por qué tan preocupado?

Y Giovanni le respondió:

—Por ti he sentido la caricia de las cosas vivientes y mi corazón está turbado. He gustado la leche y la miel. He visto á la joven en el dintel de la puerta y he conocido que era bella. Y la inquietud es en mi alma y en mi carne.

»¿Cuánto camino he recorrido desde el momento en que te conocí! ¿Te acuerdas del bosque de encinas donde te vi por vez primera? Porque yo te reconozco.

»Eres tú el que me visitó en mi retiro y se me apareció con ojos de mujer que brillaban bajo un tenue velo, mientras que tu boca deliciosa me enseñaba sutilezas y dudas respecto al bien. Eres tú quien te me mostrabas en la pradera bajo la capa de oro, semejante á un Ambrosio ó á un Agustín. Yo no conocía entonces el mal de pensar. Y tú me has dado el pensamiento. Y tú has puesto la soberbia como un carbón de fuego en mis labios. Y yo he meditado. Pero, en la rígida novedad del espíritu y en la juventud aún ruda

de la inteligencia, yo no dudaba. Y has venido otra vez á mí y me has dado la incertidumbre y me has hecho beber la duda como un vino. Y he aquí que hoy gusto por ti la ilusión deliciosa de las cosas, y que el alma de los bosques y de los ríos, del cielo y de la tierra y de las formas animadas entra en mi pecho.

»¡Y soy desgraciado, porque te he seguido, Príncipe de los Hombres!»

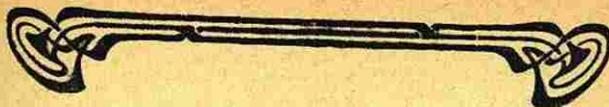
Y Giovanni contempló á su compañero, hermoso como el día y la noche. Y le dijo:

—Por tu culpa sufro, y te amo. Te amo, porque eres mi miseria y mi orgullo, mi alegría y mi dolor, la magnificencia y la crueldad de las cosas; porque eres el deseo y el pensamiento, y porque me has hecho semejante á ti. Pues tu promesa en el jardín, en el alborar de los días, no era vana y he gustado el fruto de la ciencia ¡oh Satán!

Giovanni prosiguió:

—Sé, veo, siento, quiero, sufro. Y te amo por todo el daño que me has hecho. Te amo, porque me has perdido.

Y reclinándose en la espalda del ángel, el hombre lloró.



A Félix Jeantet.

VIII

EL MISTERIO DE LA SANGRE

La bocca sua non diceva se non Gesù e Caterina, e così dicendo ricevatti el capo nelle mani mie, fermando l'occhio nella Divina Bontà, e dicendo: Io voglio... (Le lettere di S. Caterina da Siena. VCVII, Gigli e Burlamacchi.)

La ciudad de Siena era como la enferma que busca inútilmente una buena postura en su lecho, y cree engañar al dolor removiéndose á cada instante. Varias veces había cambiado el gobierno de la república, que pasaba de los cónsules á la asamblea de los burgueses, y que, confiado al principio en los nobles, fué ejercido en seguida por los cambistas, los traperos, los boticarios, los guarnicionistas, los mercaderes de seda, y todos los que cultivaban las artes superiores. Pero habiéndose mostrado estos burgueses débiles y corrompidos, el pueblo los expulsó como á sus predecesores y entregó el poder á los pequeños ar-

de la inteligencia, yo no dudaba. Y has venido otra vez á mí y me has dado la incertidumbre y me has hecho beber la duda como un vino. Y he aquí que hoy gusto por ti la ilusión deliciosa de las cosas, y que el alma de los bosques y de los ríos, del cielo y de la tierra y de las formas animadas entra en mi pecho.

»¡Y soy desgraciado, porque te he seguido, Príncipe de los Hombres!»

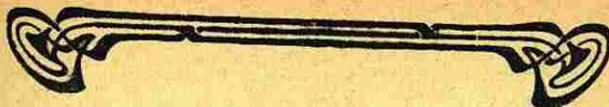
Y Giovanni contempló á su compañero, hermoso como el día y la noche. Y le dijo:

—Por tu culpa sufro, y te amo. Te amo, porque eres mi miseria y mi orgullo, mi alegría y mi dolor, la magnificencia y la crueldad de las cosas; porque eres el deseo y el pensamiento, y porque me has hecho semejante á ti. Pues tu promesa en el jardín, en el alborar de los días, no era vana y he gustado el fruto de la ciencia ¡oh Satán!

Giovanni prosiguió:

—Sé, veo, siento, quiero, sufro. Y te amo por todo el daño que me has hecho. Te amo, porque me has perdido.

Y reclinándose en la espalda del ángel, el hombre lloró.



A Félix Jeantet.

VIII

EL MISTERIO DE LA SANGRE

La bocca sua non diceva se non Gesù e Caterina, e così dicendo ricevatti el capo nelle mani mie, fermando l'occhio nella Divina Bontà, e dicendo: Io voglio... (Le lettere di S. Caterina da Siena. VCVII, Gigli e Burlamacchi.)

La ciudad de Siena era como la enferma que busca inútilmente una buena postura en su lecho, y cree engañar al dolor removiéndose á cada instante. Varias veces había cambiado el gobierno de la república, que pasaba de los cónsules á la asamblea de los burgueses, y que, confiado al principio en los nobles, fué ejercido en seguida por los cambistas, los traperos, los boticarios, los guarnicionistas, los mercaderes de seda, y todos los que cultivaban las artes superiores. Pero habiéndose mostrado estos burgueses débiles y corrompidos, el pueblo los expulsó como á sus predecesores y entregó el poder á los pequeños ar-

tesanos. En el año 1368^o de la gloriosa Encarnación del hijo de Dios, la Señoría se compuso de catorce magistrados escogidos entre los gorreros, carniceros, cerrajeros, zapateros y albañiles, que formaron un gran consejo llamado el Monte de los Reformadores. Eran plebeyos rudos como la Loba de bronce, emblema de su ciudad, que amaban con amor filial y terrible. Pero el pueblo, que los había elevado sobre la república, dejó subsistir bajo sus órdenes á los Doce, que pertenecían á la clase de los banqueros y de los ricos mercaderes. Estos conspiraron con los nobles, instigados por el emperador, para vender la ciudad al papa.

El César alemán era el alma de la confabulación, y ofreció la ayuda de sus tropas para asegurar el éxito. Su prisa era mucha en realizar el negocio, contando con el precio de la venta para recobrar la corona de Carlomagno, empeñada por mil seiscientos veinte florines á los banqueros florentinos.

Pero los del Monte de los Reformadores, que formaban la Señoría, tenían firmes las riendas del mando y velaban por la salud de la República. Estos artesanos, magistrados de un pueblo libre, negaron al emperador llegado á sus muros el pan, la sal, el fuego: habíanle arrojado gemebundo y tembloroso, y condenaron á los conspiradores á pena capital. Guardianes de la ciudad fundada

por el antiguo Remo, imitaban la severidad de los primeros cónsules romanos. Pero la ciudad, vestida de oro y de seda, se deslizaba de entre sus manos como una cortesana pérfida y lasciva. Y la inquietud los hacía implacables.

En el año 1370 supieron que un gentilhomme de Perusa, ser Nicolás Tuldo, había sido enviado por el papa para comprometer á los sienesees, de concierto con el César, y entregar la ciudad al Santo Padre. Aquel señor se encontraba en la flor de la juventud y de la hermosura, y había adquirido en el trato de las damas ese arte de agradar y seducir, que practicaba en el palacio de los Salembeni y en las tiendas de los cambistas. Y, aunque en realidad fuese frívolo y vano, ganaba para la causa del papa bastantes burgueses y algunos artesanos. Sabedores de sus intrigas, los magistrados del Monte de los Reformadores le hicieron comparecer ante su serenísimo consejo, y habiéndole interrogado bajo el gonfalon de la República, en el que se ve un león á punto de acometer, le declararon convicto de atentado contra la libertad de la ciudad.

Él había respondido con risueño desdén á estos zapateros y carniceros. Cuando oyó pronunciar su sentencia de muerte, cayó en profunda atonía, y se le condujo como dormido á la prisión. Pero tan pronto como fué encerrado, renació de su estupor y empezó á deplorar su vida con toda la

fuerza de una sangre joven y de un alma impetuosa: las imágenes de sus voluptuosidades, armas, mujeres, caballos, se presentaban ante sus ojos, y, al mero pensamiento de que ya no los gozaría nunca, fué transportado de tan furiosa desesperación, que golpeó con sus puños y su frente los muros del calabozo y exhaló aullidos tales, que se los oía alrededor, hasta en las casas de los burgueses y en los almacenes de los trapeeros. El alcaide acudió á sus gritos, y le encontró cubierto de sangre y de espuma.

Ser Nicolás Tuldo no cesó de aullar rabioso durante tres días con sus noches.

Se dirigió una solicitud al Monte de los Reformadores. Los miembros de la Serenísima Señoría, habiendo despachado el asunto prestamente, examinaron el caso del infeliz condenado:

León Rancati, ladrillero de oficio, dijo:

—Este hombre debe de pagar con la cabeza su crimen contra la República de Siena; y nadie puede redimirle de esta deuda, sin usurpar los sagrados derechos de la ciudad, nuestra madre. Es preciso que muera. Pero su alma pertenece á Dios que la ha criado, y no conviene que por nuestra culpa muera en la desesperación y en el pecado. Aseguremos, pues, su salud eterna, por todos los medios que estén en nuestra mano.

Matteino Rezano, panadero, que tenía fama de sabio, se levantó y dijo:

—Has hablado bien, León Rancati. Conviene, pues, enviarle á Catalina, la hija del batanero.

Este acuerdo fué aprobado por toda la Señoría, que resolvió invitar á Catalina para que visitase á Nicolás Tuldo en su prisión.

En aquel tiempo Catalina, hija de Giacomo el batanero, perfumaba con sus virtudes á la ciudad de Siena. Habitaba una celda en la casa de su padre y vestía el hábito de las Hermanas de la Penitencia. Bajo su ropa de blanca lana ceñía un cilicio de hierro, y todos los días se flagelaba una hora. Luego decía, mostrando sus brazos llagados: «¡He aquí mis rosas!» En su cuarto cultivaba lirios y violetas, con los que tejía guirnaldas para los altares de la Virgen y de los Santos. Y durante este tiempo cantaba himnos en lengua vulgar alabando á Jesús y á María. En estos tristes años en que la ciudad de Siena era una posada de dolor y una casa de alegría, Catalina visitaba á los presos, y decía á las prostitutas: «¡Hermanas, yo quisiera cubriros con las llagas amorosas del Salvador!» Y una virgen tan pura, inflamada de tal caridad, sólo había podido esclatar y florecer en Siena, que bajo sus máculas y entre sus crímenes, persistía como la ciudad de la Santa Virgen.

Advertida por los magistrados, Catalina se dirigió á la prisión pública, la madrugada del día en que Nicolás Tuldo había de morir. Encontróle tendido en el suelo del calabozo, blasfemando á gran-

des gritos. Una vez allí, levantando el blanco velo que el bienaventurado dominico mismo, descendido del Paraíso, había colocado sobre su frente, mostró al preso un rostro de celestial belleza. Como él la mirase admirado, ella se le acercó para limpiarle la espuma que le cubría la boca.

Ser Nicolás Tuldo, convirtiendo hacia ella sus ojos aún agresivos, le dijo:

—¡Márchate! Te aborrezco, porque eres de Siena, que me mata. ¡Oh, Siena, verdadera loba, que hincas tus viles colmillos en el cuello de un noble hijo de Perusa! ¡Oh, loba! ¡Oh, serpiente inmunda y salvaje!

Catalina le respondió:

—Hermano mío, ¿qué es una ciudad, ni qué son todas las ciudades de la tierra, junto á la ciudad de Dios y de los ángeles? Yo soy Catalina y vengo para convidarte á las nupcias eternas.

La dulzura de su voz y la limpidez de sus ojos difundieron súbitamente la paz y la luz en el alma de Nicolás Tuldo.

Recordó sus días de la inocencia, y lloró como un niño.

El sol, alzado sobre los Apeninos, blanqueaba la prisión con sus primeros rayos. Catalina dijo:

—¡Aquí está el alba! ¡De pie para las nupcias eternas, hermano mío: arriba!

Y ayudándole á levantarse le condujo á la ca-

pilla, donde fra Cattaneo le oyó en confesión.

En seguida, ser Nicolás Tuldo asistió devotamente á la santa misa y recibió el cuerpo de Jesús. Luego se dirigió á Catalina, y le dijo:

—Permanece conmigo, no me abandones, y me sentiré bien, y moriré contento.

Las campanas empezaron á tocar, anunciando la ejecución del reo.

Catalina respondió:

—Dulce hermano, te esperaré en el lugar de la justicia.

Entonces, ser Nicolás Tuldo sonrió y dijo como transportado:

—¡Cómo! ¡La dulzura de mi alma me esperará en el santo lugar de la justicia!

Catalina meditó y rogó, diciendo:

—Dios mío, le habéis enviado un raudal de luz cuando llama santo al lugar del suplicio.

Ser Nicolás continuó:

—Sí, iré fuerte y gozoso. Ya me impaciento como si esperase hace mil años el momento de llegar al sitio donde he de encontraros.

—¡A las nupcias; á las nupcias eternas!—repitió Catalina saliendo de la prisión.

Se ofreció al condenado un poco de pan y de vino; se le dió una capa negra; luego se le condujo al través de calles pedregosas, al son de trompetas, entre los guardas de la ciudad, bajo el gonfalon de la República. Las calles estaban

llenas de curiosos y las mujeres aizaban en brazos á sus pequeñuelos para mostrarles el que iba á morir.

Nicolás Tuldo pensaba entretanto en Catalina, y sus labios, mucho tiempo amargos, se entreabrían dulcemente como para besar la imagen de la santa.

Luego de haber subido durante algún tiempo por una calzada de ladrillo, el cortejo llegó á una eminencia que domina á la ciudad, y el condenado vió súbitamente, con aquellos sus ojos que iban muy luego á apagarse, los tejados, las cúpulas, los campanarios, las torres de Siena, y á lo lejos, las murallas siguiendo la pendiente de las colinas. Ante este espectáculo se acordó de su ciudad natal, de la riente Perusa circundada de jardines, donde las vivas aguas cantan entre las frutas y las flores. Se representó la terraza que domina el valle del Trasimeno, donde la mirada bebe el día con delicia.

Y el sentimiento de la vida desgarró otra vez su corazón.

Suspiró:

—¡Oh, ciudad mía! ¡Oh, casa paterna!

El pensamiento de Catalina volvió luego á su alma, llenándola hasta los bordes de alegría y de paz.

En fin, llegaron á la plaza del mercado, donde cada sábado los campesinos de Camiano y de

Granayola instalan los limones, las uvas, los higos y las manzanas como el oro, y envían á los compradores alegres apelaciones alternadas de sucias frases. Allí se había erigido el patíbulo. Ser Nicolás Tuldo vió á Catalina orando de rodillas, la cabeza en el tajo.

Y ascendió las gradas con impaciente alegría.

Viéndole Catalina, se levantó y volvió hacia él con el aire de la esposa que se reúne al esposo; ella misma quiso descubrirle el cuello, y colocar á su amigo en el tajo, como en un lecho nupcial.

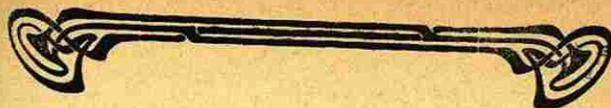
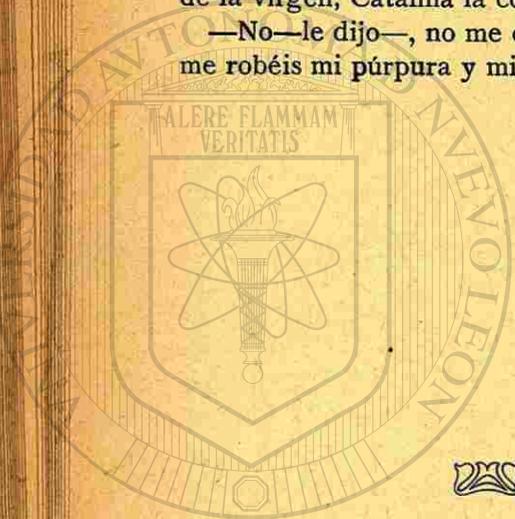
Luego se arrodilló ante él. Cuando por tres veces hubo Tuldo repetido fervorosamente: «¡Jesús, Catalina!», el verdugo dejó caer la espada y la virgen recibió en sus manos la cabeza cercenada. Entonces le pareció que toda la sangre de la víctima se derramaba en ella é infundía en sus venas una oleada dulce como la leche aún cálida; un olor delicioso hizo palpar su nariz; por sus ojos anegados pasaron sombras de ángeles. Atónita y transportada, cayó muellemente en el abismo de las delicias celestes.

Dos mujeres de la orden terciaria de Santo Domingo, que esperaban al pie del cadalso, al verla extendida, sin movimiento, se dieron prisa en levantarla y sostenerla. La santa dijo al volver en sí:

—¡He visto el cielol

Como una de las mujeres se dispusiese á lavar con una esponja la sangre que cubría el hábito de la virgen, Catalina la contuvo vivamente:

—No—le dijo—, no me quitéis esa sangre; no me robéis mi púrpura y mis perfumes.



A Enrique Lavedan.

IX

LA FIANZA

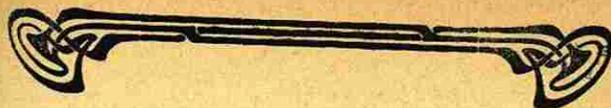
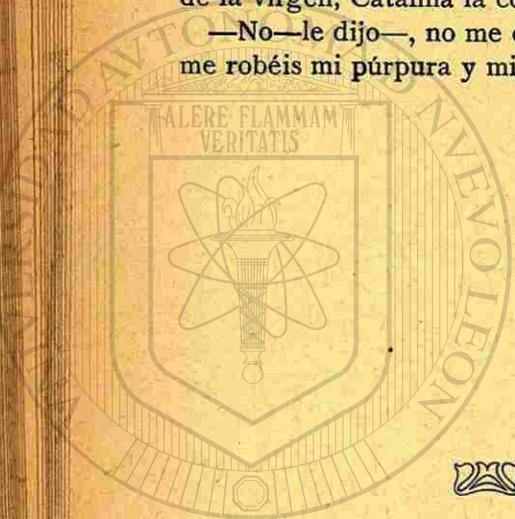
... Par cest ymage
Te doing en pleige Jhesu-Crist
Qui tout fist, ainsi est escript:
Il te pleige tout ton avoir;
Ne peuz nulz si bon pleige avoir.
*(Miracles de Notre-Dame par person-
nages, pub. por G. Páris y U. Robert.)*

Entre todos los mercaderes de Venecia era Fabio Mutinelli el más serio en sus compromisos. Mostrábase liberal y magnífico en todas ocasiones, y señaladamente donde había damas y gente de iglesia. La elegante probidad de sus costumbres era celebrada en toda la República, y se admiraba en San Zanípolo un altar de oro que había ofrecido á Santa Catalina por el amor de la bella Catalina Manini, esposa del senador Alesso Cornaro. Como era riquísimo, tenía muchos amigos, á quienes daba fiestas y á quienes obligaba á expensas de su bolsa. Pero sufrió grandes pér-

—¡He visto el cielol

Como una de las mujeres se dispusiese á lavar con una esponja la sangre que cubría el hábito de la virgen, Catalina la contuvo vivamente:

—No—le dijo—, no me quitéis esa sangre; no me robéis mi púrpura y mis perfumes.



A Enrique Lavedan.

IX

LA FIANZA

... Par cest ymage
Te doing en pleige Jhesu-Crist
Qui tout fist, ainsi est escript:
Il te pleige tout ton avoir;
Ne peuz nulz si bon pleige avoir.
*(Miracles de Notre-Dame par person-
nages, pub. por G. Pâris y U. Robert.)*

Entre todos los mercaderes de Venecia era Fabio Mutinelli el más serio en sus compromisos. Mostrábase liberal y magnífico en todas ocasiones, y señaladamente donde había damas y gente de iglesia. La elegante probidad de sus costumbres era celebrada en toda la República, y se admiraba en San Zanípolo un altar de oro que había ofrecido á Santa Catalina por el amor de la bella Catalina Manini, esposa del senador Alesso Cornaro. Como era riquísimo, tenía muchos amigos, á quienes daba fiestas y á quienes obligaba á expensas de su bolsa. Pero sufrió grandes pér-

didas en la guerra contra los genoveses y en los disturbios de Nápoles. Ocurrió también que treinta barcos suyos fueron capturados por los uscos, ó perecieron en el mar. El papa, á quien había prestado fuertes sumas en plata, se negaba á pagarle. De suerte que el magnífico Fabio quedó despojado en poco tiempo de todas sus riquezas. Habiendo vendido su palacio y su vajilla para pagar lo que debía, se encontró sin nada. Pero, hábil, valeroso, entendido en los negocios, y en la plenitud de la edad, sólo pensaba en rehacer su fortuna. Ideó muchos cálculos, y juzgó que quinientos ducados le eran suficientes para lanzarse al mar y tentar nuevas empresas, de las que se prometía éxitos felices y seguros. Pidió al señor Alesso Bontura, que era el más rico ciudadano de la República, que le prestase los quinientos ducados. Pero el buen señor, estimando que si la audacia procura grandes bienes, sólo la prudencia los conserva, se negó á exponer tan gran suma al peligro de la mar y de la fortuna. Fabio se dirigió en seguida al señor Andrea Morosini, al que tantas veces había prestado en otro tiempo.

—Muy querido Fabio—le respondió Andrea—, á cualquier otro prestaría gustoso esa cantidad. Yo no profeso ninguna estimación á las monedas de oro, y, en este punto, me conformo con las máximas de Horacio el satírico. Pero vuestra amistad me es querida, Fabio Mutinelli, y yo sen-

tiría perderla, prestándoos dinero. Pues frecuentemente ocurre que el comercio del corazón anda mal entre deudor y acreedor. He visto muchos ejemplos.

Cuando hubo dicho estas palabras, el señor Andrea hizo intención de abrazar tiernamente al mercader, y le dió con la puerta en las narices.

Fabio fué al día siguiente en busca de los banqueros lombardos y florentinos. Pero ninguno consintió en prestarle sólo veinte ducados, sin fianza. Todo el día corrió de despacho en despacho. En todas partes se le contestaba:

—Señor Fabio, os reconocemos como el mercader más probo de la ciudad, y no sin sentimiento nos vemos obligados á negar lo que pedís. Pero la buena marcha de los negocios lo exige.

Cuando por la noche volvía tristemente á su casa, la cortesana Zanetta, que se estaba bañando en el canal, se suspendió en la góndola y miró á Fabio amorosamente. Durante la época de su riqueza, la llevó un día á su palacio y la trató con benevolencia, porque era de carácter jovial y gracioso.

—Dulce señor Fabio—le dijo—, conozco vuestra desventura; es la comidilla de toda la ciudad. Escuchadme: no soy rica, pero conservo algunas joyas en el fondo de un cofrecito. Si las aceptáis de vuestra criada, gentil Fabio, creeré que Dios y la Virgen me aman.

Y era cierto que, en los comienzos de su vida y en la primera flor de su belleza, era la Zanetta pobre. Fabio le respondió:

—Graciosa, Zanetta; hay más nobleza en el cuchitril donde habitas, que en todos los palacios de Venecia.

Durante otros tres días visitó Fabio los bancos y fondaks, sin encontrar quien le prestase dinero. Y en todas partes recibía malas respuestas y escuchaba discursos del tenor siguiente:

—Habéis cometido un gran error, vendiendo la vajilla para pagar las deudas. Se presta á un hombre entrampado; no se presta á un hombre desprovisto de muebles y vajilla.

El quinto día llegó en su desesperación hasta la Corte della Galli, que así se llama el Ghetto, barrio de los judíos.

—¿Quién sabe—decía—si no encontraré en un circunciso lo que los cristianos me niegan?

Y se dirigió entre las calles de San Geremia y San Girolamo á un canal estrecho y pestilente, donde cada noche se cerraba la entrada con cadenas, por orden del Senado. Y, en la dificultad de saber á qué usurero se dirigiría primeramente, recordó haber oído hablar de un israelita, llamado Eliazar, hijo de Eliazar Maimónides, al que se creía muy rico y de espíritu maravillosamente sutil. Pues bien; habiéndose informado sobre la casa de este judío Eliazar, detuvo su góndola ante

ella. En la puerta había una imagen del candelabro de siete brazos, que el circunciso había mandado esculpir, como signo de esperanza en los días prometidos, cuando el Templo renaciese de sus cenizas.

El mercader entró en una sala alumbrada con una lámpara de cobre, en la que humeaban las doce mechas. El judío Eliazar estaba sentado ante sus balanzas. Las ventanas de la casa se veían tabicadas, porque era infiel.

Fabio Mutinelli le habló de esta manera:

—Eliazar, muchas veces te he tratado de perro y de pagano renegado. Cuando era joven y me encontraba en la fuga de la edad, hasta he arrojado piedras y barro á la gente que pasaba á lo largo del canal llevando un círculo amarillo cosido á la espalda; de suerte que tal vez haya hecho blanco en alguno de los tuyos, y aun en ti mismo. No te lo digo por afrentarte, sino por lealtad, en el mismo momento que vengo á que me prestes un gran servicio.

El judío elevó rígido su brazo seco y nudoso como un sarmiento.

—Fabio Mutinelli, el Padre que está en el cielo, nos juzgará á uno y á otro. ¿Qué favor vienes á pedirme?

—Préstame quinientos ducados por un año.

—No se presta sin fianza. Sin duda te lo han dicho los tuyos. ¿Cuál es tu fianza?

—Es preciso que sepas, Eliazar, que no me queda ni un dinero, ni una taza de oro, ni un cubilete de plata. Ni siquiera me queda un amigo. Todos se han negado á prestarme el servicio que te demando. Sólo poseo en el mundo mi honor de mercader y mi fe de cristiano. Te ofrezco de fianza á la santa Virgen María y á su divino Hijo.

Al oír esta respuesta, el judío inclinó la cabeza como quien medita y acarició durante algunos momentos su luenga barba blanca. Luego:

—Fabio Mutinelli, llévame ante tus fiadores. Pues conviene que el prestatario vea al fiador que se le ofrece.

—Tienes perfecto derecho—respondió el mercader—. Levántate y sígueme.

Y condujo á Eliazar hasta la iglesia dell'Orto, cerca del sitio llamado Campo de los Moros. Una vez allí le mostró á la Madona que, de pie en un altar, la frente ornada de una corona de pedrería, las espaldas cubiertas con un manto bordado de oro, tenía en sus brazos al Niño Jesús ataviado como su madre, y el mercader dijo al judío:

—He aquí mi fianza.

Eliazar miró sucesivamente y con ojo sutil al mercader cristiano, á la Madona y al Niño, inclinó la cabeza y dijo que aceptaba la fianza. Volvió con Fabio á su casa y le entregó quinientos ducados muy cabales.

—Esto te pertenece por un año. Si al cumplir

el año, día por día, no me has reintegrado en la suma con los intereses fijados por la ley de Venecia y la costumbre lombarda, figúrate tú, Fabio Mutinelli, lo que podré pensar del mercader cristiano y de su fianza.

Sin perder tiempo, compró Fabio algunos barcos y los cargó de sal y de otras varias mercaderías, que vendió con grandes beneficios en las ciudades del Adriático. Luego, con un nuevo cargamento, se dió á la vela hacia Constantinopla, donde adquirió tapices, perfumes, plumas de pavo real, marfil y ébano, que cambió con ayuda de sus representantes establecidos en las costas de Dalmacia por maderas de construcción, que previamente le habían comprado los venecianos. Por este medio decuplicó en seis meses la suma recibida.

Pero cierto día en que se divertía con algunas mujeres griegas, en el Bósforo, se alejó de tierra, y fué sorprendido por piratas que le llevaron cautivo á Egipto. Por fortuna quedaron en salvo su oro y sus mercaderías. Los piratas le vendieron á un señor sarraceno que, habiéndole cargado de hierro los pies, le envió á cultivar el trigo que es muy hermoso en aquel país. Fabio prometió pagar á su amo un fuerte rescate, pero la hija del señor sarraceno que lo amaba y quería inducirlo á lo que ella deseaba, disuadió á su padre de libertarlo á ningún precio. Esperando su salud de

él solo, limó sus hierros con los instrumentos que le entregaban para cultivar los campos, y huyó, ganó el Nilo, se arrojó en una barca. Así pudo llegar al mar que estaba próximo, y fué errante muchos días, y, en el momento de morir de hambre y de sed, fué recogido por un barco español que iba á Génova. Pero, tras ocho días de navegación, el barco fué sorprendido por una tempestad que le arrojó á la costa de Dalmacia. Próximo á abordar, se estrelló en un arrecife. Toda la marinería se ahogó, y Fabio, sostenido por una jaula de gallinas, logró trabajosamente llegar á la costa. Cayó inanimado y fué recogido por una viuda muy hermosa llamada Loreto, cuya casa se encontraba en la orilla. Esta dama ordenó que le transportaran á su morada, le acostó en su propio cuarto, le veló, le prestó solícitos cuidados.

Cuando pudo recobrar el sentido, percibió el perfume de los mirtos y de las rosas, y vió por la ventana un jardín que descendía escalonado hasta el mar. La señora Loreto, de pie en la cabecera, tomó su viola y la pulsó tiernamente.

Agradecido y emocionado, Fabio le besó mil veces las manos. Dióle infinitas gracias y le dijo que estaba menos contento de haber recobrado la vida, que de deberla á tan bella persona.

Se levantó y fué á pasear con ella al jardín, y habiéndose sentado en un bosquecillo de mirtos,

atrajo hacia su pecho á la viudita y le significó su agradecimiento con mil caricias.

Él la encontró sensible á sus mimos, y á su vera pasó algunas horas embelesado. Luego le asaltaron inquietudes, y preguntó á la dama en qué mes y en qué día del mes estaban.

Y cuando ella se lo dijo, comenzó á gemir y lamentarse, pensando que sólo faltaban veinticuatro horas para que expirase el año en que había recibido los quinientos ducados del judío Eliazar. La idea de faltar á su promesa y de exponer su fianza á los dicerios del circunciso, le era intolerable. La señora Loreto le preguntó por la causa de su desesperación, y él se la dijo. Y como ella era muy piadosa y devota de la santa Madre de Dios, se afligió con él. La dificultad no consistía en encontrar los quinientos ducados. En la ciudad vecina residía un banquero que, desde seis meses antes, guardaba una suma parecida á disposición de Fabio. Pero ir desde la costa de Dalmacia hasta Venecia en veinticuatro horas, por una mar agitada y con vientos contrarios, no era para pensado.

—Tengamos primero la suma—dijo Fabio. [®]

Y cuando un criado de la dama se la hubo traído, el noble mercader hizo atracar una barca, colocó los sacos que contenían los ducados y luego fué al oratorio de la señora Loreto en busca de una imagen de la Virgen con el Niño Jesús, que

era de cedro, y muy venerada. La puso en la navicilla, cerca del gobernalle, y le dijo:

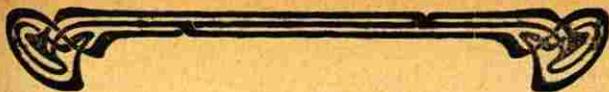
—Señora, sois mi fiadora. Es necesario que el judío Eliazar quede pagado mañana. En ello va mi honor y el vuestro, Señora, juntamente con el de Vuestro Hijo. Lo que un pecador mortal como yo no puede hacer, Vos lo realizaréis de seguro, pura Estrella de la mar, que en vuestro seno nutristeis al que marchaba sobre las aguas. Llevad ese dinero al judío Eliazar, en el Ghetto de Venecia, para que los circuncisos no digan que sois mala fiadora.

Y poniendo la barca á flote se descubrió, y dijo muy quedo:

—¡Adiós, Señora!

Y la barca se hizo á la mar. Durante buen espacio el mercader y la viuda la siguieron con los ojos. La noche descendió: una estela de luz aparecía trazada sobre la mar en calma.

Pues bien; cuando Eliazar abrió su puerta á la siguiente mañana, vió en el estrecho canal del Ghetto una barca cargada de sacos y gobernada por una figurita de madera negra que resplandecía con claridades de alba. La barca se detuvo ante la casa que tenía esculpido el candelabro de los siete brazos. El judío reconoció á la Virgen María y al Niño Jesús, fiadores del mercader cristiano.



A Enrique Gauthier-Villars.

X

HISTORIA DE DOÑA MARÍA DE AVALOS
Y DE DON FABRICIO, DUQUE DE ANDRIA

... Done Marie d'Avalos, l'une des belles princesses du pais, mariée avec le prince de Venouse, laquelle s'estant enamourachée du comte d'Andriane, l'un des beaux princes du pais aussy, et s'estans tous deux concertez à la jouissance et le mary l'ayant descouverte... les fit tous deux massacrer par gens appostez; si que le lendemain on trouva ces deux belles moitez et créatures exposées et tendues sur le pavé devant la porte de la maison, toutes mortes et froides, à la veue de tous les passants, qui les larmoyoient et plaignoyent de leur miserable estat.

(Pierre de Bourdeilles, abbé et seigneur de Branthôme. *Recueil des dames, seconde partie.*)

Hubo grandes fiestas en Nápoles cuando el príncipe de Venosa, rico y poderoso señor, se casó con doña María, de la ilustre casa de Avalos. Doce carrozas, arrastradas por caballos cubiertos de escamas, plumas ó pieles figurando dragones, grifos, leones, linceos, panteras, licornios, paseaban por la ciudad á hombres y mujeres

era de cedro, y muy venerada. La puso en la navicilla, cerca del gobernalle, y le dijo:

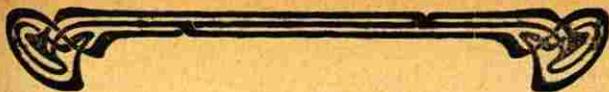
—Señora, sois mi fiadora. Es necesario que el judío Eliazar quede pagado mañana. En ello va mi honor y el vuestro, Señora, juntamente con el de Vuestro Hijo. Lo que un pecador mortal como yo no puede hacer, Vos lo realizaréis de seguro, pura Estrella de la mar, que en vuestro seno nutristeis al que marchaba sobre las aguas. Llevad ese dinero al judío Eliazar, en el Ghetto de Venecia, para que los circuncisos no digan que sois mala fiadora.

Y poniendo la barca á flote se descubrió, y dijo muy quedo:

—¡Adiós, Señora!

Y la barca se hizo á la mar. Durante buen espacio el mercader y la viuda la siguieron con los ojos. La noche descendió: una estela de luz aparecía trazada sobre la mar en calma.

Pues bien; cuando Eliazar abrió su puerta á la siguiente mañana, vió en el estrecho canal del Ghetto una barca cargada de sacos y gobernada por una figurita de madera negra que resplandecía con claridades de alba. La barca se detuvo ante la casa que tenía esculpido el candelabro de los siete brazos. El judío reconoció á la Virgen María y al Niño Jesús, fiadores del mercader cristiano.



A Enrique Gauthier-Villars.

X

HISTORIA DE DOÑA MARÍA DE AVALOS
Y DE DON FABRICIO, DUQUE DE ANDRIA

... Done Marie d'Avalos, l'une des belles princesses du pais, mariée avec le prince de Venouse, laquelle s'estant enamourachée du comte d'Andriane, l'un des beaux princes du pais aussy, et s'estans tous deux concertez à la jouissance et le mary l'ayant descouverte... les fit tous deux massacrer par gens appostez; si que le lendemain on trouva ces deux belles moitez et créatures exposées et tendues sur le pavé devant la porte de la maison, toutes mortes et froides, à la veue de tous les passants, qui les larmoyoient et plaignoyent de leur miserable estat.

(Pierre de Bourdeilles, abbé et seigneur de Branthôme. *Recueil des dames, seconde partie.*)

Hubo grandes fiestas en Nápoles cuando el príncipe de Venosa, rico y poderoso señor, se casó con doña María, de la ilustre casa de Avalos. Doce carrozas, arrastradas por caballos cubiertos de escamas, plumas ó pieles figurando dragones, grifos, leones, linceos, panteras, licornios, paseaban por la ciudad á hombres y mujeres

desnudos, completamente dorados, representando á las divinidades del Olimpo, descendidas á la tierra para celebrar las nupcias venosianas. Veíase en una de las carrozas á un joven alado, que tenía á sus pies tres viejas de fealdad repugnante. Una tablita, colocada encima de la carroza, decía: EL AMOR VENCEDOR DE LAS PARCAS. Esto daba á entender que ambos esposos gustarían juntos dilatados años de felicidad. Pero este amor, más fuerte que el destino, era un falso presagio. Dos años después de su casamiento, durante un día en que fué á cazar pájaros, doña María de Avalos vió al duque de Andría, que era hermoso y muy apuesto, y se enamoró de él. Honrada, bien nacida, escrupulosa de su gloria y en esa primera juventud en que á las mujeres falta bastante audacia para satisfacer sus deseos, se abstuvo de enviar una dueña al gentilhomme para ofrecerle una cita en la iglesia ó en su casa. No quiso manifestar sus sentimientos y esperó á que su buena estrella le llevase al que, en menos tiempo del que se tarda en guiñar un ojo, le había sido más caro que el día. Breve fué su espera. Pues el duque de Andría, que la había encontrado hermosa, fué inmediatamente á rendir sus homenajes al príncipe de Venosa. Encontrándose en el palacio solo con doña María, le preguntó con voz tan dulce como decisiva, qué estaba dispuesta á concederle. Sin demora le condujo ella á su

cuarto y no le escatimó nada de lo que él deseaba. Y cuando le dió gracias de haber cedido á su deseo, ella le respondió:

—Monseñor, ese deseo más era el mío que el vuestro. Y he sido yo quien ha querido que nos abrazásemos, como ha ocurrido, en ese lecho donde os seré propicia cuando gustéis venir.

Y, desde este día, doña María de Avalos recibió en su cuarto al duque de Andría tantas veces como le fué posible, y lo fué con frecuencia, pues el príncipe de Venosa se iba cada momento de caza y pasaba á veces semanas enteras divirtiéndose con sus amigos en una casa que tenía en el campo.

Mientras que doña María estaba acostada con su amigo, su nodriza Lucía vigilaba ante la puerta, rezando el rosario y temblando sin cesar por miedo de que el príncipe volviese inesperadamente.

Era éste un señor muy temido por su genio celoso y violento. Sus enemigos le acusaban de pérfido y cruel. Llamábanle mastín de zorro y de lobo, y dos veces bestia repugnante. Pero sus amigos lo celebraban por conservar un fiel recuerdo de los favores ó daños que se le hacían y de no soportar pacientemente ninguna injuria.

Tres meses cabales hacía que los dos amantes se veían y contentaban sus deseos sin percance ni temor, cuando una mañana fué la nodriza al cuarto de doña María y le dijo:

—Escucha, perla querida; mis palabras no serán flores ni grageas, sino anuncio de un conflicto grave y terrible. Monseñor el príncipe de Venosa ha recibido malos informes sobre ti y el duque de Andría. Hace un momento que le he visto montar á caballo en el patio. Se mordía el bigote, lo que es mal indicio en él. Hablaba á dos hombres de mala catadura, y sólo he oído decirles: «Ved sin ser vistos.» Tal es la recomendación que les hacía el noble príncipe. Por desgracia, calló al verme. Mi hermosa perlita: tan cierto como que Dios está en el Santo Sacramento, si el príncipe te encuentra con el señor duque de Andría, os matará á los dos, y tú serás muerta. ¿Y qué será de mí?

La nodriza aún habló y suplicó largo rato. Pero doña María de Avalos la despidió sin contestarle.

Como era primavera, se fué á pasear al campo con otras damas de la ciudad. Y, mientras iban por un camino bordeado de espinos floridos, una dama le dijo:

—Doña María, suele ocurrir que los perros siguen los pasos del viajero. Nosotras vamos seguidas por un gran perro negro y blanco.

La princesa volvió la cabeza y pudo ver á un fraile dominico que todas las tardes iba á tenderse en la sombra del palacio Venosa, y que, por el invierno, se calentaba en la cocina.

Entretanto, viendo la nodriza que su señora no

le hacía ningún caso, corrió á advertir al duque de Andría. Este gentilhombre tenía razón, por su parte, para temer que el secreto de sus bellos amores se hubiese descubierto. Viéndose perseguido la víspera por la noche de dos rufianes armados con pistolas, mató á uno de una estocada. El otro pudo huir. El duque de Andría no dudaba ya de que los dos bandidos se los había enviado el príncipe de Venosa.

—Lucía, dijo á la nodriza; debo de temer grandemente el peligro, cuando conmigo amenaza á doña María de Avalos. Dile que, con mucho sentimiento, no volveré á su cuarto en tanto que se aquieten las sospechas del príncipe.

La nodriza comunicó aquella misma tarde estas palabras á doña María, que las escuchó con paciencia y mordiéndose los labios hasta brotarle sangre.

Advertida de que el príncipe estaba á la sazón fuera, ordenó á su nodriza que fuese inmediatamente en busca del duque de Andría y de conducirle á su cuarto. Cuando hubo llegado, le dijo:

—Monseñor, un día pasado lejos de vos, es el más cruel de los suplicios. Tendré el valor de morir. No tendré el valor de soportar vuestra ausencia. Convendría que no me amaseis si os faltaba fuerza para ello. Convendría que no me amaseis si preferiais á mi amor cualquier otra cosa del mun-

do, aunque fuese mi honor y mi vida. Escoged entre verme todos los días ó no verme jamás.

Él respondió:

—¡Sea enhorabuena, señora, puesto que para nosotros no puede haber hora mala! Os amo como deseáis y más aún que á vuestra propia vida.

Y aquel día, que era un jueves, permanecieron mucho tiempo estrechamente abrazados. Nada ocurrió de notable hasta el lunes de la semana siguiente que, tras la comida del medio día, el príncipe advirtió á su mujer que iba con gran séquito á Roma, llamado por el papa, que era pariente suyo. Y, efectivamente, una veintena de caballos esperaban enjaezados en el patio. El príncipe besó la mano á su esposa como solía hacer cuando se despedía para alguna larga ausencia. Luego, cuando hubo montado á caballo, se volvió hacia ella para decirle:

—¡Dios os guarde, doña María!

Y salió con su séquito. Cuando juzgó que estaban ultramuros, la princesa ordenó á su nodriza que llamase al duque de Andría. La anciana le suplicó que difriese un encuentro del que presentía daños.

—¡Paloma mía, no recibas hoy al duque de Andría! Durante toda la noche he oído á los criados del príncipe afilar las armas. Oyeme aún, florecilla; el buen hermano que acude á la cocina para recibir el pan cotidiano, acaba de derra-

mar un salero con su manga. Concede algún reposo á tu galán, pequeña mía. Así recibirás más placer en verle después, y él te amará más.

Pero doña María de Avalos respondió:

—Nodriza, si no está aquí dentro de un cuarto de hora, te remito á casa de tus hermanos, en la montaña.

Y cuando el duque de Andría estuvo á su lado, le acogió con ardiente alegría.

—Señor mío—le dijo—, el día nos será favorable y la noche más. Os retengo hasta el alba.

E inmediatamente diéronse besos y se prodigaron caricias. Luego, habiéndose desnudado, se metieron en el lecho y permanecieron abrazados tanto tiempo, que la noche les sorprendió en estrecho nudo. Entonces, como sintiera mucha hambre, doña María sacó de un cofre próximo una torta, confituras secas y un frasco de vino que había tenido buen cuidado de guardar. Cuando hubieron comido y bebido á su sabor, haciéndose todo género de mimos, la luna se elevó y vino tan amistosa á la ventana, que desearon darle la bienvenida. Salieron al balcón, y allí, respirando el frescor del cielo y la dulzura de la noche, vieron revolar sobre la oscura fronda del huerto las moscas de luz. Todo callaba, excepto la estridencia de los insectos en la hierba. Luego se elevó de la calle un rumor de pasos, y doña María reconoció al fraile mendicante que frecuenta-

ba la cocina y los patios del palacio, y que había encontrado un día en el camino florido por donde se paseaba en compañía de dos damas. Cerró suavemente la ventana y volvió al lecho con su amigo. Una hora hacía que estaban acostados y abrazados, susurrándose las más dulces cosas que jamás hubiese inspirado el Amor en Nápoles y en toda la tierra, cuando de súbito oyeron ruido de pasos y armas que subían la escalera; al mismo tiempo vieron una luz roja por los resquicios de la puerta. Y oyeron la voz de la nodriza que exclamaba: «¡Jesús, María, soy muerta!» El duque de Andría se puso de pie, empuñó la espada, y dijo:

—¡Venid, doña María! Es preciso saltar por la ventana.

Pero habiendo salido al balcón y colgándose fuera, vió que la calle estaba guardada y erizada de picas.

Entonces volvió al lado de doña María, que le dijo:

—¡Todo ha concluído! Pero no deploro nada de lo que he hecho, mi querido señor.

Él repuso:

—¡Enhorabuena!

Y se apresuró á ponerse las bragas.

Entretanto, la puerta temblaba á impulso de los grandes golpes que ya empezaban á desquiciarla.

Y prosiguió:

— Desearía saber quién nos ha delatado y vendido.

En el momento de buscar el calzado cedió la puerta, y un tropel de hombres con armas y antorchas se precipitó en la habitación. El príncipe de Venosa iba entre ellos, y gritaba:

—¡Sus al galán! ¡Matadle! ¡Matadle!

El duque se colocó ante el lecho donde estaba doña María, é hizo frente á tres hombres que le acometieron (eran entre todos seis, capitaneados por el príncipe, y eran familiares ó criados). Aunque cegado por el resplandor de las antorchas, el duque de Andría logró parar muchas estocadas, y devolverlas formidables. Pero habiendo tropezado en la vajilla que estaba en el suelo con los restos de la torta y de los dulces, cayó de espaldas. Una espada se le posó en el cuello, él la cogió con la mano izquierda; el hombre le cortó tres dedos al retirarla, y el acero quedó roto. Y como el duque de Andría se sustentaba en la espalda para incorporarse, uno de los agresores le dió tal tajo en la cabeza, que le hizo saltar los huesos del cráneo. Los seis hombres se arrojaron entonces sobre él, y le remataron con tanta precipitación, que unos á otros se herían.

Hecho esto, el príncipe de Venosa les ordenó que estuviesen quietos; y, dirigiéndose hacia doña María de Avalos, que hasta entonces había permanecido en el borde del lecho, la rechazó

con la punta de su acero hasta un rincón de la pared donde estaba el gran cofre de su casamiento. Y, teniéndola allí acorralada, le dijo:

—¡*Puttana!*

Ruborosa de verse desnuda, quiso recoger una cubierta que colgaba del lecho.

Pero él lo impidió dándole un pinchazo que le rasgó el costado.

Entonces, adosada al muro, esperó velándose con los brazos y las manos.

El no cesaba de exclamar:

—¡*Puttaccia!*

Y como no la mataba, la mujer tuvo miedo.

Él lo comprendió y le dijo con alegría:

—¡Tienes miedo!

Pero, indicándole el cuerpo inanimado del duque de Andría, le respondió ella:

—¡Imbécil! ¡Qué quieres que pueda temer ya!

Y para perder su aspecto asolado, procuró recordar una canción que cantaba de soltera, y se puso á tararearla.

Furioso el príncipe al ver que se le burlaba, le pisó en el vientre, gritando:

—¡Ah! ¡*Sporca puttaccia!*

Ella cesó de cantar, y dijo:

—Señor, hace dos años que no he confesado.

Al oír esto pensó el príncipe de Venosa que, si moría condenada, podía aparecérsese durante la noche y llevarse al infierno. Y le preguntó:

—¿Queréis un confesor?

Ella reflexionó un momento; luego movió la cabeza:

—Es inútil. No puedo salvar mi alma. No me arrepiento. No puedo; no quiero arrepentirme. ¡Le amo! ¡Le amo! ¡Dejadme morir en sus brazos!

Bruscamente desvió la espada, se arrojó de un salto sobre el cuerpo ensangrentado del duque de Andría y lo retuvo en fuerte abrazo.

Viéndola así, el príncipe de Venosa perdió la paciencia que hasta entonces había conservado para no matarla hasta después de hacerla sufrir. Y la cruzó de parte á parte con la espada. Ella gritó: «¡Jesús!», rodó sobre sí misma, se puso de pie, y, tras una pequeña sacudida de todos sus miembros, cayó muerta.

Él la hirió insistentemente en el vientre y en el pecho. Luego dijo á sus criados:

—Arrojad estas dos carroñas al fin de la escalera de honor y abrid de par en par las puertas del palacio para que se conozca la venganza al mismo tiempo que la afrenta.

Y dispuso que el cadáver del amante se despojase como el otro.

Los criados hicieron lo que se les ordenaba. Y todo el día permanecieron al fin de la escalera a los cadáveres desnudos del duque de Andría y de doña María. Los viandantes se acercaban á verlos. Y habiendo circulado por la ciudad la noticia

de ambas muertes, un tropel de curiosos se agolpaba ante el palacio. Unos decían: «¡Bien hecho!» Otros, el mayor número, sentíanse movidos de piedad ante espectáculo tan lamentable. Pero no osaban deplorar á las víctimas del príncipe, temiendo ser castigados por los criados que guardaban los cadáveres. Los jóvenes exploraban en el cuerpo de la princesa restos de la belleza que había ocasionado su pérdida y los chiquillos se daban explicaciones sobre lo que veían.

Doña María estaba tendida de espaldas. Los labios se habían contraído, enseñaba los dientes y parecía reír. Sus ojos estaban muy abiertos y blanquísimos. Se le contaban seis heridas: tres en el vientre, muy inflamadas, dos en el pecho, una en el cuello. Ésta sangraba abundantemente y los perros venían á lamerla.

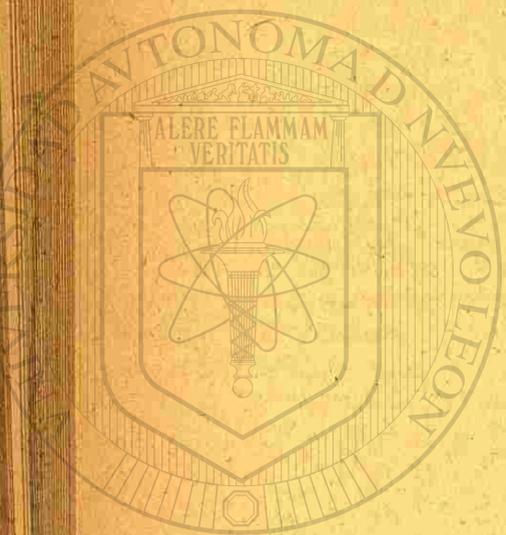
Al caer la noche ordenó el príncipe que, como en los días de fiesta, se colocasen antorchas de resina en los anillos de bronce adheridos á los muros del palacio, y se encendiesen grandes hogueras en el patio para que pudiera verse á los criminales. Una viuda piadosa llevó á media noche algunos lienzos para tapar los cuerpos. Mas, por orden del príncipe, fueron en seguida descubiertos.

Habiendo sabido el embajador de España el indigno trato infligido á una dama de la casa española de Avalos, acudió en persona para rogar

al príncipe de Venosa que cesase inmediatamente en aquel ultraje, que ofendía la memoria del duque de Pescara, tío de doña María, é indignaba en sus tumbas á tantos grandes capitanes de que la dama procedía. Pero tuvo que retirarse sin conseguir nada. Con este motivo escribió á Su Majestad Católica. Los cuerpos persistieron expuestos vergonzosamente. Hacia el remate de la noche, como ya no acudían curiosos, se retiraron los criados.

Un fraile dominico que había esperado ante la puerta todo el día, se deslizó hasta la escalera á la luz humosa de las agonizantes antorchas de resina, subió hasta la grada en que yacía doña María de Avalos, se arrojó sobre el cadáver y lo violó.





A Armando Genest.

XI

BONAPARTE EN SAN MINIATO

Quand, simple citoyen, soldat d'un peuple libre
Aux bords de l'Eridan, de l'Adige et du Tibre,
Foudroyant tour à tour quelques tyrans pervers,
Des nations en pleurs sa main brisait les fers...

MARIE-JOSEPH CHÉNIER (*la Promenade*).

Napoléon, après son expédition de Livourne, se rendant à Florence, coucha à San-Miniato chez un vieil abbé Buonaparte... (*Mémorial de Saint-Hélène*, par le comte de Las Cases, réimpression de 1823-24, t. 1^{er} page 149.)

«Je fus sur le soir à San Miniato. J'y avais un vieux chanoine de parent...» (*Mémoires du docteur F. Antommarchi, sur les derniers moments de Napoléon*, 1825, t. 1^{er}, page 155.)

Luego de haber ocupado á Livornia y de cerrar este puerto á los barcos ingleses, el general Bonaparte visitó en Florencia á Fernando, gran duque de Toscana que, único entre todos los príncipes de Europa, había cumplido de buena fe sus compromisos con la República. En testimonio de estima y de confianza vino sin escolta, con su Estado Mayor. Se le enseñó las armas de los

Bonapartes esculpidas sobre la puerta de una casa antigua. Sabía que una rama de su familia había en otro tiempo fructificado en Florencia y que de ella quedaba un vástago. Era un canónigo de San Miniato, con ochenta años de edad. A pesar de sus muchas preocupaciones y urgencias se había propuesto visitarle. Los sentimientos naturales estaban muy despiertos en Napoleón Bonaparte.

La víspera de su partida, por la tarde, fué con algunos de sus jefes á San Miniato, cuya colina, coronada de torres y murallas, se yergue á una media legua al sur de Florencia.

El viejo canónigo Bonaparte acogió con noble cordialidad á su joven pariente y á los franceses que le acompañaban.

Eran éstos Berthier, Junot, el ordenador en jefe Chauvet y el teniente Thèzard. Les ofreció una comida á la italiana, en la que no faltaron ni las grullas de Peretola ni el lechoncillo perfumado de aromas y especias, ni los mejores vinos de Toscana, de Nápoles y de Sicilia. Él mismo bebió á la salud de las armas. Republicanos como Bruto, bebieron por la patria y por la libertad. Su huésped les dió la razón. Luego, volviéndose hacia el general, que había colocado á su diestra:

—Sobrino—le dijo—, ¿no sientes curiosidad de conocer el árbol genealógico pintado en la pared de esta sala? Verías sin disgusto que descendemos de los Cadolinges, lombardos que del x al xii

siglos se honraron por su fidelidad á los emperadores alemanes, y de los que salieron, antes del año 1100, los Bonaparte de Tréveris y los Bonaparte de Florencia, estos últimos muchísimo más ilustres.

Los jefes comenzaron á cuchichear y reir. El ordenador Chauvet preguntó muy quedo á Berthier si el general republicano se consideraría muy halagado de contar entre sus ascendientes á esclavos sometidos al águila bicéfala. Y el teniente Thèzard estaba presto á jurar que el general debía su existencia á unos buenos *sans-culottes*. Entre tanto, el canónigo Bonaparte seguía ponderando la excelencia de su casa.

—No oividéis, sobrino—dijo por último—que nuestros antepasados florentinos merecieron su nombre. Formaron el *buen partido* y defendieron constantemente á la Iglesia.

Al oír esta frase, que el buen señor había pronunciado con voz alta y clara, el general que, hasta entonces distraído apenas había escuchado, irguió su cabeza pálida y seca, tallada á la antigua, y con una mirada aguda heló la palabra en los labios del anciano.

—Tío—le dijo—, dejemos esas naderías y no les disputemos á las ratas de vuestro granero los pergaminos arrugados.

Y añadió con voz de bronce:

—Mi única nobleza está en mis acciones. Data

del 13 vendimiario, año IV, cuando fulminé durante las marchas de Saint Roche á las secciones reales.

»¡Bebamos por la República! La República es la flecha de Evandro que jamás desciende, y se convierte en estrella.»

Los jefes respondieron con una aclamación entusiástica. Hasta Berthier se sintió en este momento republicano y patriota.

Junot exclamó que Bonaparte no necesitaba de abuelos, y le bastaba con que sus soldados le diesen el mando en Lodi.

Bebieron vinos que tenían el gusto seco de las piedras de chispa y el olor de la pólvora. Bebieron mucho. El teniente Thézard estaba en situación de no poder callar su pensamiento. Orgulloso de las heridas y de los besos que había recibido en esta campaña heroica y alegre, anunció sin circunloquios al buen canónigo, que siguiendo los pasos de Bonaparte, los franceses darían la vuelta al mundo abatiendo tronos y altares, haciendo niños á las muchachas y abriendo el vientre á los fanáticos.

El viejo sacerdote, siempre risueño, respondió que entregaba espontáneamente á su hermosa furia, no las jóvenes con que les recomendaba casarse, sino á los fanáticos, grandes enemigos de la Iglesia.

Junot le prometió tratar favorablemente á las

religiosas, de las que sólo gratos recuerdos conservaba, pues las había hallado de corazón sensible y piel blanca.

El ordenador Chauvet sostuvo que debía de apreciarse la influencia del claustro en el color de las monjas. No le faltaba filosofía.

—De Génova á Milán—dijo—hemos mordido bastante en ese fruto prohibido. Creemos sin prejuicios; por lo mismo, una linda garganta parece más preciosa bajo las tocas. Yo no reconozco los votos monásticos, y declaro que concedo un valor singular á los muslos de una monja. ¡Oh contradicciones del corazón humano!

—¡Vamos á ver!—dijo Berthier—. ¿Puede recibirse placer en perturbar la razón y los sentidos de esas desgraciadas víctimas del fanatismo? ¿Es que no hay en Italia mujeres de la buena sociedad á quienes podáis enamorar en las fiestas, bajo el manto veneciano, tan favorable á las intrigas? ¿Es que no son bellas y galantes Pietra Grua Mariani, la señora Lambert, la señora Monti, la señora Gherardi de Brescia?

Enumerando á estas damas italianas, pensaba en la princesa Visconti, que, no pudiendo seducir á Bonaparte, se rindió á su jefe de Estado Mayor, y le amaba con un entusiasmo muelle, con una astuta sensualidad que había impresionado por siempre al débil Berthier.

—Yo—dijo el teniente Thézard—, yo no olvi-

daré á una pequeña vendedora de sandías que, en las gradas...

El general se levantó impaciente. Apenas le quedaban tres horas para dormir. Tenían que marchar al romper el día.

—Pariente, no os preocupéis de nuestros lechos—dijo al canónigo—. Somos soldados. Nos basta con un montón de paja.

Pero el excelente huésped había dispuesto ya que se preparasen camas. Su casa, desnuda y sin adornos, era grande. Uno tras otro, condujo á los franceses á los cuartos que se les había destinado, y les dió las buenas noches.

Solo en la habitación, Bonaparte se quitó la casaca, la espada, y borrajó con lápiz una esquila para Josefina, veinte líneas ilegibles, en las que gritaba su alma violenta y calculadora. Luego, habiendo plegado el papel, rechazó bruscamente la imagen de la mujer. Extendiendo un plano de Mantua, escogió el punto hacia donde habían de convergir sus fuegos.

Absorto estaba en estos cálculos cuando sintió llamar á la puerta. Creyó que sería Berthier. Era el canónigo, que venía á solicitarle un momento de atención. Bajo el brazo llevaba dos ó tres cuadernos forrados con pergamino. El general miró los papeles con aire un poco malhumorado. No dudaba que fuesen la genealogía de los Bonaparte, y presentía una conversa-

ción interminable. Sin embargo, no afectó impaciencia.

Sólo era violento y colérico cuando expresamente lo quería. Ahora no deseaba displecer á su pariente: al contrario, deseaba agradarle. Y además, no le holgaba conocer la nobleza de su raza, con tal de que no estuviesen presentes sus oficiales jacobinos que pudieran burlársele ó censurarle. Rogó, pues, al canónigo que tomase asiento.

Este cogió una silla; puso sus registros en la mesa, y dijo:

—Sobrino, durante la comida empecé á hablar de los Buonaparte de Florencia; pero comprendí por la mirada que me lanzasteis que no era sitio de hablar sobre este asunto. Me callé, pues, reservando lo esencial para este momento. Os ruego, pariente, que me escuchéis con atención.

La rama toscana de nuestra familia produjo hombres excelentes, entre los cuales merece citarse Jacopo di Buonaparte, que testigo del saqueo de Roma en 1527, escribió un relato de este suceso, y Niccoló, autor de una comedia intitulada la *Vedova*, que se reputó como la obra de un Terencio. Sin embargo, no es de estos dos ilustres antecesores de quien deseo hablaros, sino de un tercero que los eclipsa en gloria como el sol eclipsa á las estrellas. Sabed que nuestra familia cuenta entre sus miembros á un bienaventurado, fra-

Bonaventura, discípulo reformado de San Francisco, que murió en olor de santidad el año 1593.

El anciano se inclinó al pronunciar este nombre. Luego prosiguió con un entusiasmo que no se hubiese esperado de su edad ni de sus costumbres indulgentes:

—¡Fra Bonaventura! ¡Ah, pariente! A él, á este buen padre, debéis el triunfo de vuestras armas. Él estaba á vuestro lado, no lo dudáis, cuando deshicisteis—como habéis dicho durante la comida—á los enemigos de vuestro partido en las marchas de San Rocco. Ese capuchino os ha guiado en las batallas. Estad seguro de que sin él no hubieseis sido tan afortunado en Montenotte, ni en Millesimo, ni en Lodi. Las señales de su protección son harto manifiestas para no verlas, y yo reconozco en vuestros triunfos un milagro del buen fra Bonaventura. Pero lo que os conviene saber, pariente, es que el santo hombre tenía sus designios cuando, adelantándoos al mismo Beau-lieu, os condujo de victoria en victoria hasta esta antigua casa donde esta noche moráis bajo la bendición de un anciano. Y precisamente he venido aquí para revelaros sus intenciones. Fra Bonaventura quería que conocieseis sus méritos, sus ayunos, sus austeridades, los silencios de un año entero á que se condenó. Deseaba que tocaseis su cilicio y su cordel, y sus rodillas tan encallecidas en las gradas del altar, que an-

daba torcido como una Z. Para que supieseis esto os ha traído á Italia, dándoos ocasión de que le volváis favor por favor. Pues no lo dudáis, pariente, si ese capuchino os ha ayudado en extremo, por vuestra parte podéis serle muy útil.

Dicho esto, el canónigo posó la mano sobre el grueso cuaderno que había dejado en la mesa, y respiró ampliamente.

Bonaparte aguardó en silencio la continuación de este discurso que tanto le agradaba. No había hombre más fácil de distraer.

El anciano aspiró y dijo:

—Sí, pariente, podéis ser utilísimo al buen fra Bonaventura, y él os necesita en el estado que se encuentra. Beatificado desde hace muchos años, aún espera figurar en el calendario. El buen fra Bonaventura languidece. ¿Y qué puedo yo, pobre canónigo de San Miniato, para que obtenga el honor merecido? ¡Su inscripción exige gastos que superan á mi fortuna y á las rentas del obispado! ¡Pobre canónigo! ¡Pobre obispado! ¡Pobre ducado de Toscana! ¡Pobre Italia! Pariente, pedid al papa que reconozca á fra Bonaventura. Os lo concederá. Su Santidad no se negará á incluir otro santo en el calendario. Grande honor irradiará sobre vos y sobre vuestra familia, y nunca os faltará la protección del buen capuchino. ¿Desconocéis el honor de tener á un santo en la familia?

É indicando los cuadernos de pergamino, el canónigo exhortó al general para que se los llevase en el maletín. Contenían la Memoria sobre la canonización del bienaventurado hermano Bonaventura, con las pruebas fehacientes.

—Prometedme—añadió—que os ocuparéis de este asunto, el más grande en que podéis interesaros.

Bonaparte contuvo la risa.

—Estoy en muy mal estado—dijo—para acometer un proceso de canonización. No ignoráis que la República francesa persigue cerca de la corte romana las debidas reparaciones por la muerte del embajador Bassville, cobardemente degollado.

El canónigo exclamó:

—¡Corpo di Bacco! La corte de Roma se disculpará, pariente mío, otorgará todo género de reparaciones, y nuestro capuchino figurará en el calendario.

—Las negociaciones no están á punto de concluir—replicó el general republicano—. Aún es preciso que la curia romana reconozca la constitución civil del clero francés y que rompa con sus propias manos la Inquisición, que hiere á la Humanidad y usurpa derechos á los Estados.

El anciano sonrió.

—*Mio caro figliuolo Napoleone*, el papa sabe

que es preciso dar y recibir. Cede á propósito. Os espera. Es viejo y pacífico.

Bonaparte se quedó pensativo, como si nuevas ideas vinieran á ordenarse en su poderosa cabeza. Luego dijo bruscamente:

—No conocéis el espíritu del siglo. Se es muy irreligioso en Francia. La impiedad está profundamente arraigada. Ignoráis el progreso de las ideas de Montesquieu, de Raynal y de Rousseau. El culto está abolido. Se le ha perdido el respeto. Sin duda no os habéis fijado en los conceptos escandalosos pronunciados por mis oficiales en la mesa.

El buen canónigo movió la cabeza.

—¡Oh! ¡Esos amables jóvenes son ligeros, calaveras, aturdidos! Ya les pasará. Dentro de diez años buscarán menos á las chicas é irán á misa. El Carnaval dura pocos días, y aun el de vuestra Revolución francesa no se prolongará mucho. La Iglesia es eterna.

Bonaparte confesó que él mismo era bastante poco religioso para mezclarse en un asunto puramente eclesiástico.

El canónigo le miró entonces á los ojos y le dijo:

—Hijo mío, conozco á los hombres. Os adivino: no sois filósofo. Ocupaos del bienaventurado padre Bonaventura. El os devolverá el bien que le hayáis hecho. Cuanto á mí, soy demasiado vie

jo para presenciar el éxito de este gran asunto. Moriré pronto. Si lo acogéis en vuestras manos, moriré tranquilo. Y, sobre todo, no olvidéis, pariente, que todo poder procede de Dios, sirviendo de intermediarios los sacerdotes.

Se puso de pie, elevó los brazos para bendecir á su joven pariente, y se retiró.

Quedado á solas, Bonaparte hojeó la voluminosa memoria á la claridad humosa de la vela: pensó en el poder de la Iglesia, y se dijo que la institución del papado era más duradera que la constitución del año III.

Llamaron á la puerta. Era Berthier, que venía á advertir al general que todo estaba presto para la marcha.

FIN.



INDICE

	Págs.
PRÓLOGO.—EL R. P. ADONE DONI.....	5
I.—SAN SÁTIRO.....	15
II.—MESSER GUIDO CAVALCANTI.....	45
III.—LUCIFER.....	63
IV.—LOS PANES NEGROS.....	71
V.—EL ALEGRE BUFFALMACCO.....	77
I.—Las cucarachas.....	77
II.—La ascensión del Tafi.....	86
III.—El maestro.....	97
IV.—El pintor.....	102
VI.—LA DAMA DE VERONA.....	109
VII.—LA HUMANA TRAGEDIA.....	115
I.—Fra Giovanni.....	115
II.—La lámpara.....	123
III.—El doctor Seráfico.....	126
IV.—El pan en la piedra.....	129
V.—La mesa bajo la higuera.....	132
VI.—La tentación.....	135
VII.—El doctor Sutil.....	140

jo para presenciar el éxito de este gran asunto. Moriré pronto. Si lo acogéis en vuestras manos, moriré tranquilo. Y, sobre todo, no olvidéis, pariente, que todo poder procede de Dios, sirviendo de intermediarios los sacerdotes.

Se puso de pie, elevó los brazos para bendecir á su joven pariente, y se retiró.

Quedado á solas, Bonaparte hojeó la voluminosa memoria á la claridad humosa de la vela: pensó en el poder de la Iglesia, y se dijo que la institución del papado era más duradera que la constitución del año III.

Llamaron á la puerta. Era Berthier, que venía á advertir al general que todo estaba presto para la marcha.

FIN.



INDICE

	Págs.
PRÓLOGO.—EL R. P. ADONE DONI.....	5
I.—SAN SÁTIRO.....	15
II.—MESSER GUIDO CAVALCANTI.....	45
III.—LUCIFER.....	63
IV.—LOS PANES NEGROS.....	71
V.—EL ALEGRE BUFFALMACCO.....	77
I.—Las cucarachas.....	77
II.—La ascensión del Tafi.....	86
III.—El maestro.....	97
IV.—El pintor.....	102
VI.—LA DAMA DE VERONA.....	109
VII.—LA HUMANA TRAGEDIA.....	115
I.—Fra Giovanni.....	115
II.—La lámpara.....	123
III.—El doctor Seráfico.....	126
IV.—El pan en la piedra.....	129
V.—La mesa bajo la higuera.....	132
VI.—La tentación.....	135
VII.—El doctor Sutil.....	140

	Págs.
VIII.—El carbón encendido.....	148
IX.—La casa de la inocencia.....	150
X.—Los amigos del bien.....	157
XI.—La dulce protesta.....	163
XII.—Palabras de amor.....	168
XIII.—La verdad.....	173
XIV.—El sueño.....	182
XV.—El juicio.....	190
XVI.—El príncipe del mundo.....	197
VIII.—EL MISTERIO DE LA SANGRE.....	205
IX.—LA FIANZA.....	215
X.—HISTORIA DE DOÑA MARÍA DE AVALOS Y DE DON FABRICIO, DUQUE DE ANDRÍA.....	225
XI.—BONAPARTE EN SAN MINIATO.....	239

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESTADO DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARÍA"
1940. 1925 MONTERREY, MEXICO

